

EL BOLETIN SALESIANO



A SAN JUAN BOSCO

CATOLICOS, inscribíos en la Pía Unión de Cooperadores Salesianos

Es un medio práctico y facilísimo de salvar muchas almas, de regenerar la juventud, y enriquecerse de méritos para la otra vida.

La Pía Unión es una libre Asociación de fieles, de cualquier clase y condición, que se obligan, de un modo especial, a hacer bien a la sociedad, por medio de obras de beneficencia, en favor de la juventud pobre y abandonada.

Ingresando en ella, no se contrae ninguna obligación de conciencia, y pueden, por lo mismo, ser cooperadores, familias enteras, Comunidades Religiosas, Colegios, etc.

El número de Cooperadores pasa, actualmente, de 400.000.

Condiciones requeridas.

- 1 — Tener 16 años cumplidos.
- 2 — Gozar de buena reputación religiosa y social.
- 3 — Hallarse en condiciones de poder apoyar y promover, por sí o por otros, con oraciones, donativos, limosnas o trabajos, las Obras de la Pía Sociedad Salesiana o de la Hijas de María Auxiliadora.

Centros de inscripción.

Cualquier Casa Salesiana o Decurión autorizado puede recoger inscripciones de nuevos cooperadores y enviarlas para su registración y aprobación a la Casa Central (Cottolengo, 32, Turín (Italia) a la que podrá cualquiera dirigirse también directamente.

Suscribíos al Bolefín Salesiano, propagadlo, aconsejadlo.

Es una Revista mensual ilustrada, amena, instructiva, muy propia para cultivar en las almas el espíritu de apostolado.

Es el órgano oficial de las Obras de San Juan Bosco y de la Pía Unión de Cooperadores Salesianos.

No tiene fijado precio de suscripción, estando confiado su sostenimiento a la caridad y generosidad de sus lectores, que hasta el presente, no le han dejado faltar su apoyo.

Se publica en 17 lenguas.

Centros de suscripción.

Cualquier Casa Salesiana o Decurión de Cooperadores Salesianos. También directamente a Sr. Rector Mayor de los Salesianos, Cottengo, 32, Turín (109) Italia.

Inscribíos a Juventud Misionera.

Preciosa Revista mensual ilustrada.

Propaga el hermoso ideal misionero.

Instruye, explicando en sus páginas, de modo ameno, los usos y costumbres de países exóticos, los monumentos, leyendas, etc.

Emociona y entretiene con la narración de las más extraordinarias aventuras y con entretenimientos, historietas, etc.

Precio de suscripción anual - 5 ptas o bien 0,50 dolar u otra moneda equivalente.

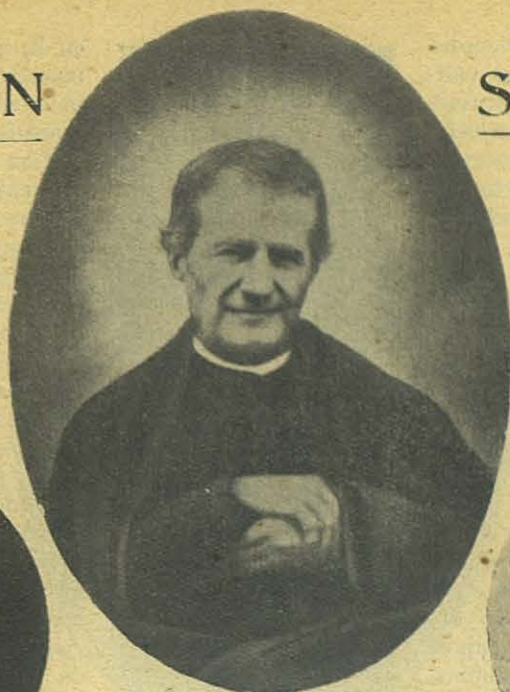
Centros de idem - los mismos del Bolefín.

BOLETÍN

SALESIANO

A SAN JUAN BOSCO
FUNDADOR Y PADRE

AMOR SIN LIMITES.
LOOR, VENERACIÓN



La madre
de Santo

El Santo

Su buen
hermano José



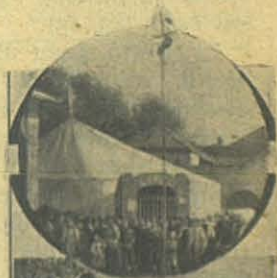
EL DECRETO DE CANONIZACION

Es un magnífico resumen
de la vida y virtudes del
nuevo Santo.

Se propone la duda de « Si estando
ya aprobados los dos milagros, y con-
cedido por la Santa Sede culto público
al Beato, se puede proceder con seguri-
dad (tuto) a su solemne Canonización ».

* * *

En el transcurso del siglo décimo-
nono, a medida que por doquiera ma-
duraban los frutos venenosos, profusa-
mente sembrados por el siglo anterior,
para destruir la sociedad cristiana, la
Iglesia, máxime en Italia, hallóse a
merced de muchas tormentas, levan-
tadas contra ella por lo calamitoso de
aquellos tiempos y por la maldad de
los hombres.



Mas la divina misericordia envíole también entonces válidos campeones que la sostuviesen, que contrarrestasen aquella obra suprema de destrucción, que conservaran intacta en nuestro pueblo la preciada herencia de los apóstoles, la genuina fe de Cristo.

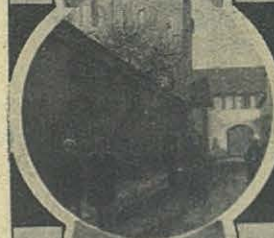
Y en efecto, de entre las dificultades de aquellos tiempos surgieron hombres de una santidad acrisoladísima, cuya prodigiosa actuación evitó que en los muros de Israel hiciesen brecha los asaltos del enemigo.

Descuella entre todos por la elevación de su espíritu y por la magnitud de sus obras, el Beato Juan Bosco, quien, en el siglo pasado y en medio del áspero rodar de los tiempos, apareció como piedra miliar, indicando a los pueblos el camino de la salvación.

Y es que, según palabras de Isafas, Dios lo suscitó para ejercer su justicia, y guió todos sus pasos (45, 13).

El Beato Juan Bosco, en efecto, resplandece ante los ojos de todos, por virtud del Espíritu Santo, como modelo de Sacerdote hecho según el corazón de Dios, como educador incomparable de la juventud, como fundador de nuevas familias religiosas y como propagador de la santa fe.

Procedente de familia humilde, vino Juan al mundo en una casuca campestre del término de Castelnuovo d'Asti, siendo los autores de sus días Francisco y Margarita Occhiena, pobres pero virtuosos cristianos. Huérfano de padre cuando tenía apenas dos años, creció en la piedad bajo la santa y prudente dirección materna. Su fndole excelente, manifestada desde la más tierna edad, estaba valorada por un ingenio penetrante y por una memoria extraordinariamente feliz, gracias a la cual aprendía rápidamente,



en la escuela, todo cuanto sus maestros le enseñaban, y ocupaba sin discusión los primeros puestos.

Tras duros años de terrible pobreza, que contribuyeron a endurecer la fibra de su carácter, haciéndolo apto para las más arduas empresas, mediante recomendación del Beato José Cafasso y previo el consentimiento materno, ingresó en el seminario de Chieri, donde, durante un sexenio, cultivó los estudios con resultados espléndidos, recibiendo, al terminar, la ordenación sacerdotal, en Turín, el 5 de Junio de 1841.

Pocos meses después fué admitido en el Convictorio Eclesiástico de San Francisco de Asís, sito en la misma ciudad de Turín, regentado entonces por el ya citado Beato José Cafasso, y allí ejerció con gran provecho de las almas todos los oficios sacerdotales, en hospitales, cárceles, confesionario y predicación de la palabra de Dios.

Adiestrado de este modo en las prácticas del sagrado ministerio, sintió vibrar con mayor fuerza en su alma la voz de aquella su especial vocación que, siendo todavía niño, Dios le había hecho oír, y que le impulsaba a consagrar sus desvelos al bien de la juventud, especialmente la más abandonada. Su perspicacia habíale hecho intuir la inmensa utilidad de este apostolado para la salvación de la sociedad, amenazada de una total ruina, y todos los esfuerzos de su noble corazón dirigieronse a convertir en realidad aquel designio, con resultados tan magníficos, que, entre los educadores cristianos de nuestros tiempos, ocupa sin disputa el primer lugar.

El nombre mismo de *Oratorio* dado a su Institución, revela la robusta solidez de la base que sostiene íntegramente el edificio

por él construído, base hecha de piedad y doctrina cristiana, sin las cuales resultará siempre vano todo cuanto se haga por apartar el corazón de los jóvenes de las pasiones viciosas y elevarlo a nobles ideales.

Al glorioso Papa de la Canonización

En esto empleaba él tanta dulzura, que casi espontáneamente se acercaban los niños a la piedad y la amaban, movidos, no por la imposición, sino por el sentimiento, bastando que él se adueñase de su afecto, para llevarlos al bien sin dificultad ninguna.

A fin de perpetuar la existencia de su obra y poder de este modo, con mayor eficacia, atender a la educación de la juventud, alentado siempre por el Beato José Cafasso y por el Papa Pío IX, de santa memoria, fundó la *Pia Sociedad de San Francisco de Sales*, y poco después, *el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora*.

Hoy estas dos familias tienen, en conjunto, unas mil quinientas casas, y sus miembros alcanzan el número de veinte mil, esparcidos por todo el mundo. Miles y miles de jóvenes, de ambos sexos, reciben de ellos su formación literaria y profesional, y como si esto no fuera bastante, hijos e hijas ofréncense, generosamente, a la asistencia de los enfermos y de los leprosos, no faltando algunos que, infectados por el terrible morbo, hayan muerto víctimas de su caridad. ¡Dígnos hijos, en verdad, de tan gran Padre!

No podemos pasar en silencio



la Institución de los *Cooperadores*, que consiste en una Pfa Unión de fieles, laicos en su mayor parte, que animados del espíritu de la Sociedad Salesiana, y dispuestos como ella, a promover toda clase de obras de caridad,

**obediencia filial,
gratitud eterna**

propónense como fin ayudar eficazmente, según las circunstancias, a párrocos y Obispos, y al mismo Sumo Pontífice. ¡He aquí un primer y singular esbozo de *Acción Católica!*

Esta Asociación fué aprobada por Pío IX y, en vida aún del Beato, llegaban ya los

Cooperadores a ochenta mil.

Pero el celo por las almas que inflamaba su pecho no se resignó a vivir encerrado en los límites de las Naciones Católicas y, dilatando los horizontes de su caridad, envió también misioneros de su religiosa familia a conquistar para Cristo las naciones bárbaras.

En pos de los primeros que, bajo la obediencia de Don Juan Cagliero, de santa y gloriosa memoria, lanzáronse a la evangelización de las extremas regiones de América del Sur, siguieron muchos y muchos otros Salesianos, y hoy, en todos los lugares del mundo, véseles llevar animosamente el Evangelio a los infieles.

Sería tarea difícil querer enumerar todas las grandes gestas realizadas, y todos los sufrimientos soportados por la causa de la Iglesia, y en defensa de los derechos del Romano Pontífice. Sin vacilación podemos aplicar al Beato aquellas palabras

de Salomón: *Dióle Dios una sabiduría y prudencia incomparables, y una magnanimidad inmensa como la arena que está en las playas del mar* (3 Reg., 4, 29).

Le dió sabiduría, pues que, habiendo renunciado a todas las cosas terrenas, aspiró únicamente a promover la gloria de Dios y la salvación de las almas. Su lema era éste: *Dame almas; lo demás quédatele par-ti*. Le dió prudencia, porque supo hallar los medios adecuados para el desarrollo de tan grande obra.

Cultivó la humildad en grado sumo; en el espíritu de oración fué tan insigne, que su mente estaba unida continuamente con Dios, aun cuando vagaba, distraída al parecer, en medio de un sinnúmero de quehaceres.

Tenía singular devoción a María Sma Auxiliadora, y su mayor alegría fué haber podido levantar en honor suyo su célebre templo de Turín, donde, desde lo alto de la cúpula, la Virgen Auxiliadora extiende su protección de Madre y de Reina sobre toda la casa salesiana de Valdocco.

Murió santamente en el Señor, en esta misma ciudad, el día 31 de Enero de 1888. Como la fama de su santidad iba extendiéndose de día en día, se instruyeron procesos por la Autoridad Ordinaria; y Su Santidad Pío X de f. m. introdujo la Causa de Beatificación en 1907. Esta celebróse solemnemente, con el aplauso de toda la Iglesia, el día 2 de Junio de 1929, en la Basílica Vaticana.

Reanudada la Causa, el año siguiente, fueron instruídos procesos sobre curaciones que parecían deber atribuírse a milagro divino, y con decreto de 19 de Noviembre del presente año, aprobáronse dos milagros hechos



por Dios por mediación del Beato.

Faltaba aún resolver esta duda: *Si, estando ya aprobados los dos milagros, y concedido por la Santa Sede culto público al Beato, se puede proceder, con seguridad, a su solemne Canonización.*

Esta duda fué propuesta por el Emmo Cardenal Alejandro Verde, Ponente o Relator de la Causa, en la Congregación General de la Sgda Congregación de Ritos, en presencia del Santo Padre, el día 28 de Noviembre. Todos los Eminentísimos Cardenales presentes, y también los Oficiales, Prelados y Padres Consultores, unánimemente, contestaron de modo afirmativo, contestación que fué por el Santo Padre benignamente aceptada, difiriendo no obstante pronunciar su juicio hasta el 3 de Diciembre, dominica primera de Adviento, día consagrado a San Francisco Javier, celestial Patrono de la Obra de la Propagación de la Fe y de todas las Misiones.

Por ende, y después de haber celebrado fervorosamente el Santo Sacrificio de la Misa, llamados a su presencia los Cardenales Camilo Laurenti, Prefecto de la Sgda Congregación de Ritos, Alejandro Verde, Relator de la Causa, Mons. Salvador Natucci, Promotor General de la Fe, y el infrascrito, Secretario, declaró que: *Se puede proceder con seguridad a la Canonización del Beato Juan Bosco.*

C. CARD. LAURENTI,
Prefecto de la Sgda
Congregación de Ritos.

A. CARINCI,
Secretario de la misma Congregación.

DON BOSCO SANTO

¡Don Bosco Santo! — Nuestro Santo Padre Pío XI acaba de proclamarlo, entre los aplausos y exultaciones del mundo entero.

La Iglesia y la Sociedad Salesiana registran esta fecha en sus Anales con letras de oro.

Los contemporáneos del Santo presintieron ya las alegrías de esta fiesta y las generaciones venideras nos envidiarán a nosotros la inmensa fortuna de haberlas vivido.

¡Gaudeamus omnes in Domino diem festum celebrantes sub honore Sancti Ioannis! — Esta nuestra alegría no puede ser ni más razonable ni más santa.

Y mientras la exteriorizamos con fiestas triunfales, al ver solemnemente reconocida por la Iglesia la santidad del Padre, y los ojos contemplan su blanca figura marmórea inmortalizada por el arte ocupando ya de hecho su puesto de honor en el templo más grande de la cristiandad, entre los demás varones suscitados por Dios, como un gigante que se lanza a correr su carrera, el espíritu vuela hacia las alturas del firmamento y entra en la celestial Jerusalén para recrearse en la visión sublime de San Juan Bosco, refulgiendo como un sol en el océano de la eterna luz; *sicut sol... in perpetuas aeternitates.*

Allí donde todos los astros tienen fisonomía propia y es fácil distinguir a uno de otro, *omnis*

stella differt a stella, podremos estudiar con exacto discernimiento las características de su santidad, apreciar sus frutos, admirar el premio especialísimo con que Dios los ha remunerado.

* * *

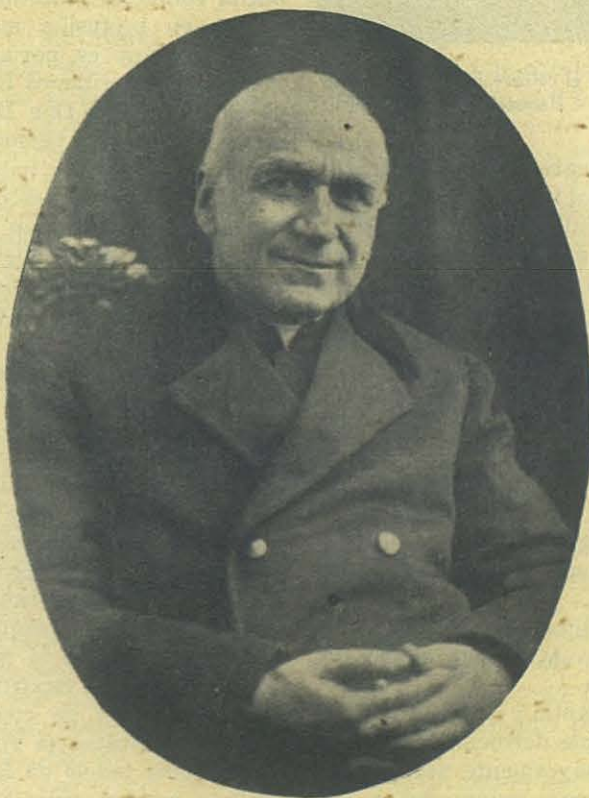
La esencia de la santidad no puede ser otra que la que el Santo de los Santos ha establecido, o sea, el amor a Dios y al prójimo; dos amores distintos pero que prácticamente constituyen uno solo. En estos dos preceptos básicos tiene sus apoyos el edificio de la perfección cristiana, sea la que sea, así la más ordinaria como la más sublime y heroica.

Cada santo, sin embargo, ajusta la observancia estricta de este doble mandato de la

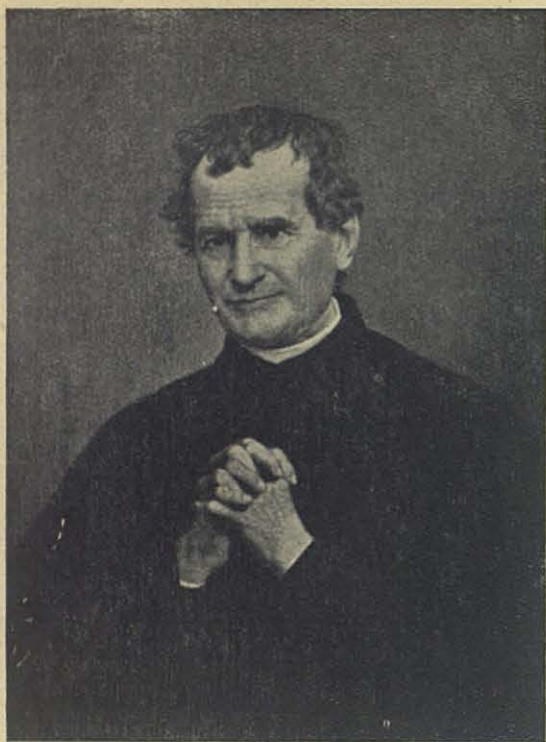
caridad a la misión especial que ha recibido de Dios. Para San Juan Bosco el *diligis Dominum Deum tuum* y el *diligis proximum*, cristalizaron en esta fórmula o consigna: «trabajar para la gloria de Dios y el bien de las almas» y es admirable ver de qué modo trabajó en su vivir intenso, saturado de celo y de fe.

La fe, que constituye el fundamento de toda santidad, fué la luz que alumbró sus pasos, según expresión del Salmista.

Su espíritu hallábase siempre tan esclarecido por la verdad divina, que, sea que ha-



El actual Rector Mayor Don Pedro Ricaldone
IV sucesor de San J. Bosco.



Hermoso retrato hecho por el célebre pintor Reffo, ante al cual "posó" el Santo. - Hállase en la casa-madre.

blase o escribiese o trabajase, nunca sentía la menor perplejidad, al tener que elegir entre Dios y su propio yo, entre el cielo y la tierra, entre lo eterno y lo caduco, entre el deber y el placer, cayendo invariablemente de parte de Dios, Padre y Señor absoluto de quien recibía la norma segura para regular su conducta, en los asuntos meramente humanos.

Quiero decir con esto que él jamás se buscó a sí mismo, que no se preocupó jamás de sus comodidades, ni de sus satisfacciones, ni de sus personales conveniencias, sino que todo lo empleó en servir a Dios, del mejor modo posible; tiempo, energías, sacrificios, dentro del campo que la Divina Providencia le había señalado.

Y ese campo suyo propio y específico, fué la salvación de la juventud, por medio de la educación cristiana.

Sólo Dios sabe la cuantía y magnitud de los sacrificios que tuvo que derrochar yendo en busca de los niños mayormente necesitados del celo sacerdotal, para sustraerlos a los innumerables peligros que acechan su virtud o confiarlos a la válida y eficaz tutela de los

innumerables auxiliares ganados por él a la causa de aquella obra providencial, de proporciones tan vastas. El sueño, la salud, la vida, todo lo sacrificó con gusto a este soberano empeño de lograr a todo trance el bien de la juventud.

Todos los rasgos y virtudes más salientes y que más suelen caracterizar la santidad de Don Bosco, su habitual unión con Dios, su calma imperturbable en la contradicción, su paternidad sin límites, su capacidad de trabajo a prueba de las más variadas y febriles actividades, vivían de la substancia de esa caridad de fuego que, alimentada constantemente por la fe, hacía preferir a Dios y los intereses de Dios a todo y a todos, cosas y personas.

Santidad tan castiza y tan extraordinariamente elevada, no podía menos de producir frutos dignos de ella, y este es otro de los hechos importantes que merecen nuestra atención.

Cuando en el cristiano llegan a coincidir de un modo perfecto la gracia de Dios y la buena voluntad, todas las acciones virtuosas brotan en profusión maravillosa, máxime si ese cristiano es, por añadidura, un santo.

Uno de los primeros frutos de la santidad de Don Bosco es Don Bosco mismo, o para mejor decirlo, la personificación en él de todas las virtudes, y todas en grado excelso.

«Viendo a Don Bosco nos parecía ver a Nuestro Señor» decían de él personas de las más diversas edades y condiciones, lo mismo niños sencillos e ingenuos, que hombres maduros, hechos al raciocinio y a la observación.

Si no temiéramos que el amor filial influyese en la ecuanimidad de nuestro juicio, diríamos que Don Bosco, en cada una de las etapas de su vida y dentro de los límites compatibles con la humana fragilidad, alcanzó el grado máximo de la perfección.

Otro extremo interesante de la santidad de Don Bosco es ese prodigioso sobrevivir a que estamos nosotros asistiendo, con renovado asombro; el conjunto de todas esas obras que ha dado al mundo y en las que dejó encarnado su espíritu, trasmitiéndoles el mandato divino de crecer y multiplicarse como toda substancia viviente, adaptándose a la diversa fadole de los tiempos y de los pueblos, y a las varias condiciones de lugar.

Y ¿cuáles fueron las recompensas más inmediatas de esta santidad eximia?



El Beato Cafasso
maestro de santidad de Don Bosco.

La primera es la virtud misma, pues es cosa sabida que cuanto más grande es la virtud, tanto mayor es el goce de los que la practican. Esta es una verdad que no se les ocultó ni a los filósofos paganos.

El testimonio de una buena conciencia es en efecto fuente de las más íntimas y suaves satisfacciones, viniendo a compensar con usura los sinsabores que provienen del contacto forzoso con la materia y de la mala voluntad de los hombres. Don Bosco no sólo gozó este premio otorgado a la santidad sino que hasta saboreó la singular alegría que experimentaron los Apóstoles, *ibant gaudentes*, cuando se reputaban dignos de sufrir desprecios *pro nomine Iesu*. Para los santos, sufrir es gozar y la verdadera piedra de toque del amor, es el sacrificio.

Pero Dios, justo remunerador hasta de un vaso de agua dado por amor suyo, no se contenta con esos premios otorgados a la santidad; ni siquiera con el puesto de honor que le tiene reservado en el cielo. Va aún más allá.

Los Santos, que para aumentar la gloria accidental de Dios tanto sufrieron y trabajaron aquí en la tierra, reciben también en ella como premio esa espléndida diadema que les cautiva la admiración, veneración e imitación de toda la humanidad. La Iglesia, al decretar su culto, les eleva sobre un

trono que es el más alto que imaginarse pueda, les erige un altar en el templo santo de Dios, ante el cual la piedad de los fieles viene a inclinarse, la elocuencia a tejer sus elogios, la historia a pregonar sus virtudes y grandezas, el arte a embellecer su figura.

Vedlo, sino, al pobre, al humilde, al atribulado Don Bosco, glorificado hoy ante la faz del mundo, por mérito de la bondad divina, por diligencia solícita de la Madre Iglesia, sin que nunca ni por nadie le pueda esta gloria ser arrebatada y ni siquiera discutida, como con harta frecuencia les ocurre a las mayores y más apoteósicas glorias humanas.

* * *

Todo lo dicho debe llevarnos a una reflexión de orden práctico.

Cierto que esta glorificación de la santidad de Don Bosco, en sus aspectos más característicos, en sus frutos y en sus recompensas es, antes que el homenaje debido de nuestra gratitud, una necesidad imperiosa de nuestro corazón de hijos, pero esto no basta. Debemos preguntarnos: ¿Cual es el secreto de esta santidad tan excelsa? Yo no vacilo en afirmar que hay que buscarlo en su constante correspondencia a la gracia.

Ya desde pequeño reveló Don Bosco su exquisita sensibilidad a los estímulos sobrenaturales que le llevaban a la oración, a los sacramentos, a la fuga del pecado, al socorro material y espiritual del prójimo. Después, durante su largo periodo formativo, como estudiante, como seminarista, conservó cuidadosamente el corazón desasido de las cosas terrenas y atento siempre a secundar inspiraciones que no le venían de la carne, ni de la sangre. Finalmente, en las azarosas contingencias de su vida sacerdotal, en sus multiformes empresas al servicio de Dios, de la Iglesia y de las almas, jamás apartó su mirada del Padre de las luces, Causa y Dador de todo bien, sin que existiera para él en la tierra otro deseo que obedecer dócilmente los impulsos de lo alto.

Su preocupación de todos los días y de todas las horas fué que no se perdiera inútilmente ni una mínima parte de la gracia divina.

Este es un detalle que merece toda nuestra atención, tratándose de la santidad de Don Bosco glorificada.

Es una gracia muy grande del Señor

que nos haya llamado a la vida cristiana, gracia a la que van unidas otras muchas que se nos darán, en mayor o menor proporción, según el grado de fidelidad de nuestra correspondencia personal.

Que ni una sola de estas gracias se pierda

por culpa nuestra. *Ne in vacuum gratiam Dei recipiamus.*

Este será el fruto más precioso de las solemnísimas fiestas que celebramos.

PEDRO RICALDONE

Rector Mayor de la Sociedad Salesiana.

SANTIDAD FECUNDA

Brillante corona de Siervos de Dios



Derecha y de arriba abajo - Andrés Bellami - Luis Martens - Teresa Valsé - Dorotea de Chopitea
Izquierda - Miguel Rua - Augusto Czartoryski - Maria Mazzarello - Ven. Domingo Savio.

UNA OBRA MAGNIFICA DE EDUCACION CRISTIANA

Así ha sido definido el apostolado de Don Bosco, en pro de la humana sociedad, por el Decreto de 19 de Noviembre de 1933, sobre la aprobación de los dos milagros de nuestro Santo.

Y evocando el Evangelio de aquella Dominica, o sea la parábola del grano de mostaza, notaba que este apostolado en sus orígenes, se presentó con el sello de la humildad, característico de las obras de Dios, y que en breve espacio de tiempo la obra de Don Bosco se ha extendido por toda la tierra, añadiendo que, entre los demás hombres Santos, aparece éste como un gigante que se lanza a correr su carrera.

Nada más cierto. El apostolado de Don Bosco, como quiera que se le estudie, manifiéstase como una espléndida obra de arte, cristianamente educativa.

Su vocación fué en extremo precoz. Al frisar en los nueve años, tuvo un sueño con todas las características de una revelación divina, siempre recordado por él durante toda su vida, y comenzó su apostolado, como suele comenzar sus obras la naturaleza, desde lo más ínfimo; sin recursos, sin locales, sin libros, sin material escolar, sin cultura y hasta sin el apoyo de los suyos, ya que su hermanastro le hizo una oposición sistemática y casi brutal, compensada, únicamente, por el amor incomparable y siempre vigilante y solícito de su madre.

Estudiada a fondo esta primera etapa de su vida, descríbese ya desde luego el pequeño grano de mostaza, de que habla el Decreto, en aquellos surcos agrios de tantas y tan graves dificultades, con las raicillas metidas en tierra y mostrando en sus tiernos brotes, lo que habría de ser el futuro árbol; un asombro de corpulencia y de robustez, una espléndida gloria de flores y frutos de santidad.

La aptitud y capacidad de saber disciplinar, sin el empleo de medios disciplinares, aquellas masas de niños y mozalbetes, que a los prados arrabaleros de la ciudad acudían atraídos por él; el arte de saber conservar los mandos sin hacer sentir la mano que comi-

prime; el sentido de la medida en saber sofrenar, en el límite preciso de lo prudente, a seres inquietos y carentes del necesario discernimiento; los recursos que en toda ocasión sabía sacar de su gran inteligencia y de sus bellas cualidades físicas; la sobriedad, variedad y novedad de las invenciones con que cautivaba la atención de los niños y los atraía a su persona, despertando en ellos sentimientos de admiración fervorosa, a los que debía aquella rara autoridad moral que le permitía



El Santo en medio de sus "biricchini".
Grupo tomado en 1861.

poder elegir el momento oportuno de imponerse sin la menor sombra de violencia, son cosas y aspectos todos ellos que invitan a la reflexión y dejan ver, a través de lo meramente superficial, la riqueza extraordinaria de un subsuelo bien provisto de humores fertilizantes, capaces de darle vida y crecimiento a aquella planta tiernísima.

Cuantas veces hemos oído referir aquellas divertidas anécdotas de sus juegos de manos y de sus curiosos funambulismos, nos hemos sentido llenos de edificación y de asombro al ver las santas industrias que sabía excogitar, a costa muchas veces de grandes sacrificios, para atraer y ganarse el afecto de aquellos amiguitos suyos. Pero tal vez no hemos pensado nunca que aquellas originales invenciones de su ingenio no eran simples recursos vulgares, para llamar la atención, sino que formaban ya parte de un plan preconcebido, de un método educativo que ha hecho del recreo un eficiente medio de educación moral.

Y cuando, después de dieciséis años de lucha en aquella difícil carrera de dificultades y de repudios, cuando, al cabo de sucesivos trasplantes, aquella pequeña semilla ya germinada tuvo al fin tierra propia en que poder crecer, y Don Bosco, adulto también en la virtud y en la instrucción y enriquecido con la gracia del estado sacerdotal, pudo dedicarse de lleno a cultivarla y desarrollarla, ésta se vió en poco tiempo convertida en árbol, y extendió y fortificó sus ramas brindando refugio a las aves del cielo.

Y en medio de los prados de Valdocco, surgió la obra estable del Oratorio, con sus pabellones y aulas escolares, con sus talleres y refectorios, con sus galerías y amplios patios de recreo y con su iglesia. Eran las ramificaciones naturales del tronco ya formado y rico de savia.

El método educativo de Don Bosco no ha venido, por consiguiente, después de los Oratorios Festivos y demás actividades propias de la vida salesiana, a manera de condensación de experiencias recogidas en tales obras, sino que todas y cada una de estas varias actividades vinieron del método ya existente, perfecto, maduro y científicamente articulado.

Antes de que madurasen, pues, las primeras células del grandioso organismo creado por Don Bosco, existía ya la norma a la que los órganos debían ajustar su actividad fun-

cional, existía ya un sistema educativo personal y propio, cuajado por su fundador a través de prolijas observaciones y a costa de verdaderos prodigios de fe humilde y briosa, de piedad, de estudio, de voluntad, en absoluto sometida a la voluntad divina.

Y esta y no otra es la razón de la seguridad y rapidez verdaderamente pasmosas con que surgieron sus Institutos y se multiplicaron por el mundo, con elegante desembarazo, sin necesidad de rectificaciones ni de retoques, con una fisonomía nítida y bien acusada, con una fuerte unidad constructiva, con un irresistible agrado en los modos, con una eficacia que se imponía a la atención del público, el cual como por instinto, dábase en seguida cuenta de que se hallaba ante «una obra magnífica de educación cristiana».

Y esta obra adquiere aún mayor relieve, cuando se piensa que Don Bosco no se contentó con dar forma a un método educativo que, abandonado al escarpelo de la crítica, pudiese luego ser objeto de disección y comentario, sino que a la vez instituyó y organizó dos familias religiosas, los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora, para que de aquella obra educativa fuesen siempre los intérpretes auténticos y los continuadores fieles.

La fecundidad espiritual que la gracia de Dios infunde a los Santos (ya que es la obra de un Santo la que estamos aquí estudiando) resplandece con luminosidad sorprendente en ambas Instituciones, cuya obra educativa se ve progresar, a la vista de todos, no con la frialdad protocolaria de la palabra escrita, sino con el ritmo cálido de una realidad viviente y vivida.

Mediante estas Instituciones, la obra educativa, no sólo se viene realizando y perpetuando, sino que el instrumento propio y adecuado para realizarla y asegurarle la perennidad, se afina y pulimenta de día en día, poniendo de manifiesto otro aspecto nuevo de su capacidad productiva, porque aquí no se trata ya de educar a los alumnos sino de plasmar a los educadores, de modo que vengan a resultar *facti forma gregis ex animo*, reproduciendo y renovando en sí mismos el espíritu de Don Bosco, haciendo que se conserve constantemente vivo y vital eso que, con feliz expresión, calificaba Habrich de un admirable ejemplo de amor educativo.

El Decreto hace luego destacar que, en un breve lapso de tiempo, se vió esta obra

difundida y próspera en todos las regiones de la tierra.

Esto es una demostración de hecho que nos dice hasta qué punto esta obra ha sabido anular las barreras naturales que separan a países, razas y civilizaciones; hasta qué punto ha sabido adaptarse al medio, conservando intacto su carácter y sin crear dificultades, sin levantar prevenciones ni sospechas; adueñándose del alma de los jóvenes, costase lo que costase, tratando de conocer sus gustos y tendencias, consiguiendo hacerse comprender y amar de ellos, creando en torno de la obra salesiana una zona afectiva de interés y simpatía, conforme al programa del Apóstol: *omnibus omnia factus*.

Pero el Decreto no se contenta con decir que estas obras se han difundido, sino que afirma, además, su estado próspero, lo cual quiere decir que no se trata aquí de una difusión puramente mecánica sino de un progreso vivo, y mejor intensivo, porque no afecta sólo a una forma determinada de educación, sino a todos y cada uno de los aspectos de la vida educativa, desde el Oratorio Festivo que, en gérmen, las contiene todas, hasta la escuela propiamente dicha, las escuelas profesionales y agrícolas, las obras misioneras etc.

Son cosas todas estas en las que se echa de ver en seguida la enorme abundancia de dotes naturales, de ilustraciones de la divina gracia, de perfectas correspondencias de la voluntad, que debieron enriquecer el espíritu del Santo que, con ímpetu y perseverancia

invencibles, se propuso dar forma y vida a una obra tan gigantesca.

«Yo he sido enviado para la juventud», exclamaba Don Bosco, y este pensamiento fué el que, siempre y en todas las cosas, informó su vida dentro de una magnífica unidad de líneas, matizada por una inmensa variedad de tonos, que le dan todo el interés y atractivo de una maravillosa obra de arte.

Las palabras y acciones del Santo, todas sus providencias y actitudes, los mismos libros que escribió, de argumentos y estilos tan varios, fueron hechos y publicados en función y al servicio de su método educativo, para explicarlo, facilitar su actuación, y sólo bajo esta luz y con este criterio deben ser leídos estos libros, si se quiere formar de ellos una idea exacta.

Los reglamentos de las casas, que de todo se preocupan y todo lo ordenan, no tienen más objeto que delinear y precisar la manera de desenvolverse de la jornada educativa ordinaria; son, como quien dice, la trama que da unidad, solidez, y trabazón a toda esta "obra magnífica de educación cristiana", dentro de la cual pueden moverse holgadamente las actividades más variadas, las aptitudes e iniciativas tanto de alumnos como de educadores, con un absoluto y cristiano respeto a su dignidad y libertad personales.

Por esto, ha podido decir, con razón, el Decreto, que Don Bosco, en su obra educativa, se lanzó como gigante a correr su carrera.

Dr. BARTOLOMÉ FASCIE

La base de su sistema educativo

era la frecuencia de los Santos Sacramentos.





La humilde casita de *I Bechis*, donde nació el Santo.

LA CARIDAD Y HUMILDAD GLORIFICADAS

Nuestra Santa Madre la Iglesia acaba de levantar al sublime honor de los altares al Beato Don Bosco, al preclaro varón dechado de todas las virtudes, al apóstol infatigable de las clases populares y humildes.

Una vez más se cumplen las palabras proféticas del *Magnificat*: *deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*: una vez más Cristo paga con creces, no sólo en los esplendores de su gloria eterna, sino aun en la estima y veneración social y pública de la Iglesia, el vaso de agua dado en su nombre al sediento, el pan alargado al hambriento, el vestido proporcionado al desnudo, la visita hecha al enfermo, el consuelo prestado al afligido, el cuidado, en una palabra, de los pobres!... Don Bosco realizó en su vida el pensamiento

central del Evangelio, la esencia misma de la vida cristiana, el amor de Dios fundido con el amor a los necesitados del pan material y del pan espiritual; Don Bosco supo ver, hallar y amar a Cristo bajo los harapos del mendigo, bajo la debilidad abandonada de los niños y de los desvalidos, y Cristo le recompensa con el supremo honor de la Santidad canonizada por su Iglesia, Cristo nos le propone ahora como ejemplo que imitar, como intercesor en quien confiar, como Santo, en una palabra, es decir, como reflejo de la santidad divina, a quien podamos rendir culto de veneración en los altares.

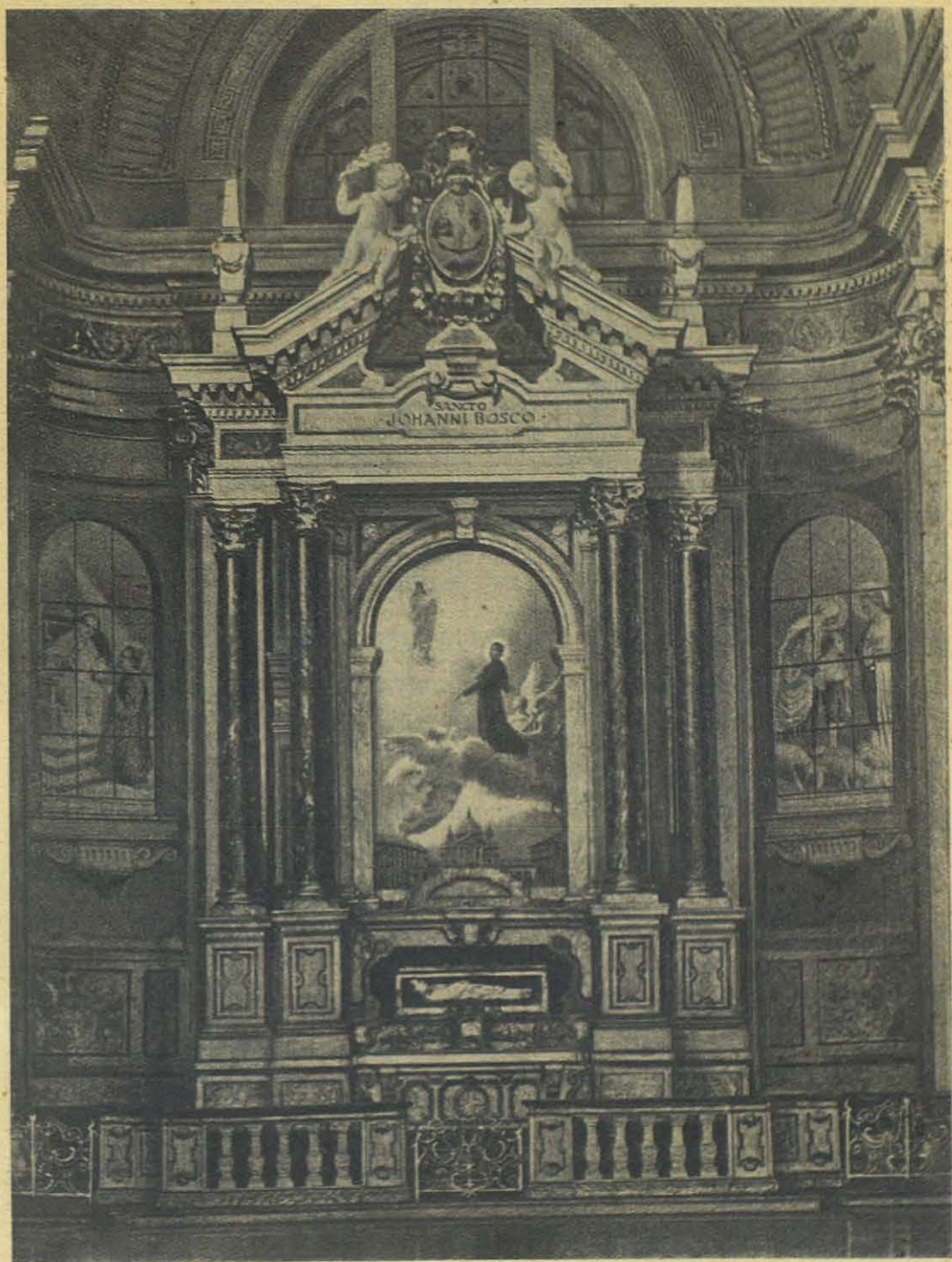


I Bechis
en la actualidad.

Madrid.

FEDERICO,
A. de Lepanto,
Nuncio Apostólico.

Los santos lugares
de la Familia Salesiana.



El nuevo altar de San Juan Bosco que se va a erigir.

EL ALTAR DE SAN JUAN BOSCO

El Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana ha lanzado una ardiente invitación para que el homenaje que se le ha de tributar a San Juan Bosco se vea lo más pronto posible convertido, por obra del arte y el óbolo generoso de sus innumerables devotos, en monumento grandioso de fe, reconocimiento y piedad.

Haciéndonos eco de este su deseo paterno, precisamos, en estas páginas, la forma concreta que afectará el homenaje, publicando el proyecto del nuevo altar y la planta de las obras de ampliación de la Basílica.

El altar quiere ser un magnífico trono, digno del amor que todos sentimos por Don Bosco. Se colocará en el brazo derecho del templo y se le destacará del muro, como monumento con individualidad propia, destinado a conservar para nosotros y para las venideras generaciones el cuerpo glorioso de nuestro Santo, que quedará instalado en forma perfectamente visible, tanto para el celebrante como para el pueblo. En medio

del altar y entre las columnas que sostendrán el rico frontón rematado por el escudo de la Sociedad Salesiana, campeará un gran cuadro del Santo representado de rodillas, entre resplandores de gloria, delante de la Virgen Auxiliadora.

Un pequeño camarín, abierto detrás del altar y coronado por una cupulita oval, ofrecerá ambiente propicio a los Hijos para orar a su sabor ante la reliquia del Padre, o desfilar, con los millares de devotos que en las grandes solemnidades vendrán a visitarle.

Se ha procurado que todas las líneas del monumento guarden perfecta armonía con el estilo del templo, y en lo fastuoso de su arquitectura hallarán puesto adecuado todos los mármoles y metales preciosos que la piedad de los fieles quiera ofrecer, para mayor gloria del Santo.

El proyecto es obra del Sr. Ceradini, Director de la R. Escuela Superior de Arquitectura de Turín.

LA AMPLIACION DEL SANTUARIO DE M. AUXILIADORA

Era una imperiosa necesidad, y constituía, al mismo tiempo, un problema grave y delicado, porque todos convenían en que la obra debía realizarse, pero respetando amorosamente el templo que hizo Don Bosco, y que nosotros consideramos como uno de los legados más preciosos que el buen Padre nos ha dejado.

A vuelta de largos y meditados estudios, el arquitecto salesiano D. Julio Valotti ha tenido el acierto de resolver el problema, sin salirse de estos criterios:

- 1 - Que en la forma actual del templo no se introduzca apenas ninguna variante.
- 2 - Que las obras que se le habrán de adicionar formen con él un conjunto orgánico.
- 3 - Que se respeten las construcciones a él adosadas.
- 4 - Que no se toque la actual vía de tráfico que, en línea recta, atraviesa el Oratorio.

Resuelta pues la dificultad de subordinar las obras a estos cuatro puntos, lo único que habrá que demoler será el coro que hay detrás del altar mayor y las pequeñas sacristías, cuyas demoliciones suministrarán espacio para construir dos vastas capillas, a uno y otro lado del presbiterio, en torno de

la cuales correrá una galería para dar acceso a la sacristía nueva, que será cómoda, amplia y espaciosa.

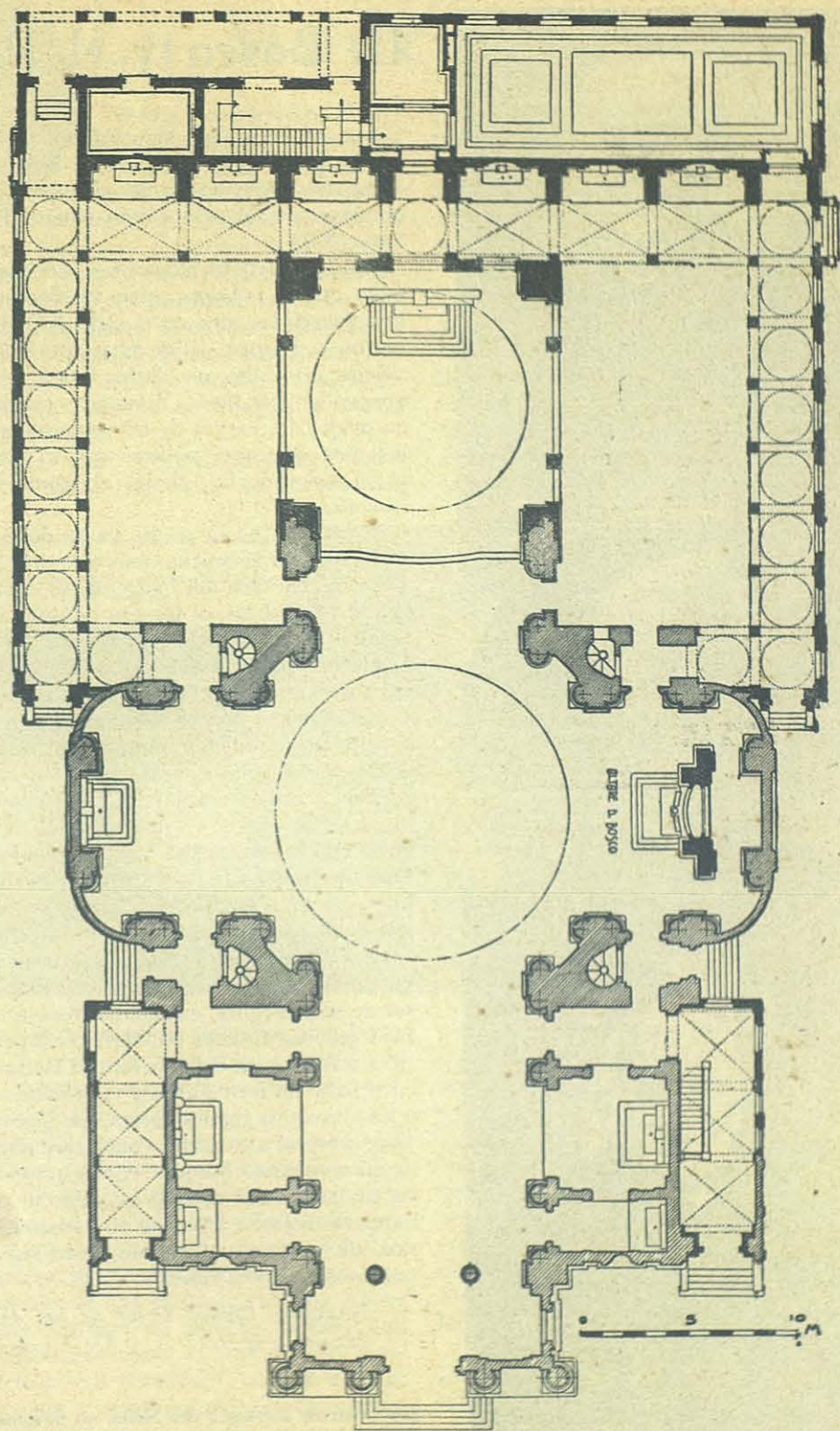
Sobre las dos capillas se construirán dos grandes tribunas que puedan absorber el exceso de público, en las grandes solemnidades. Y en la fachada del Santuario se abrirán dos nuevas puertas, para que en estas ocasiones excepcionales el sagrado recinto pueda ser más fácilmente evacuado.

En los números sucesivos del *Boletín* seguiremos ilustrando estos proyectos.

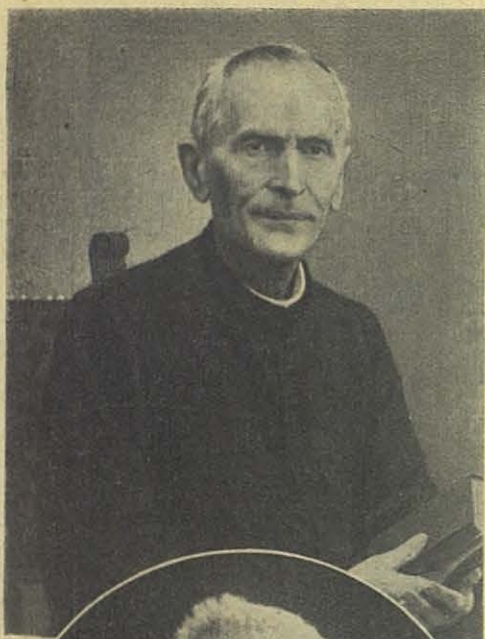
* * *

Don Bosco meditaba muy mucho las obras que quería emprender pero, una vez convenido de que la mayor gloria de Dios las exigía, ponía mano en ellas, sin reparar en dificultades, aunque humanamente pareciesen irrealizables.

Nosotros queremos seguir las huellas del Padre, y después de asegurarnos bien de que estas obras son del beneplácito divino, creemos que, tanto la ampliación del Santuario, como la erección del altar, señalarán el comienzo de una nueva era de gracias en la historia de la milagrosa «Virgen de Don Bosco».



Proyecto de las obras de ampliación del Santuario de María Auxiliadora.



D. Bosco y el Papa

Ser, no ya amigo, sino íntimo confidente, fué la honra que mereció Don Bosco de los Soberanos Pontífices que alcanzara, cuyos nombres son el más cálido elogio: Pío IX, León XIII.

Aquel sacerdote piemontés, sin otra compañía que la pobreza, entre las convulsiones más horribles, que en el siglo XIX transformaron a Europa, sobre el mismo cráter del volcán, en Italia, en Turín, funda una Congregación Religiosa, dinámica, meritísima, en medio del hervor de las sectas secretas, a los ojos de aquel político sagaz y terrible perseguidor de la Iglesia, el Conde Camilo Cavour.

Y cuando, en la noche triste del Pontificado, abierta la brecha, más que en la Puerta Pía en el corazón del Padre de los cristianos; cuando temblaba, al ímpetu del huracán desatado, la brújula siempre serena, que desde la eterna Roma señala el camino de la Humanidad, que al renovarse sin descanso traza y escribe su propia historia; cuando recordaron los pusilánimes y aún los fuertes las páginas de los anales eclesiásticos escritos en Aviñón a orillas del impetuoso Ródano, casi olvidado el solemne Tíber, Pío IX aguarda, en la cumbre de su calvario, las palabras del humilde confidente de Turín, que ni duerme, ni vacila: *La sentinella d'Israele si fermi al suo posto e stia in guardia della Rocca di Dio.*

¡Paladín de la Infalibilidad Pontificia, divulgador de la historia de la Iglesia y defensor de su jerarquía, en tus inacabables *Lecturas Católicas*, folletos populares casi periodísticos y Biblioteca de la Juventud Italiana que en tí halló un formador! Al ver elevada ahora a los altares tu gigante figura, me place depositar sobre el ara santa, como encendida flor de mi reverente obsequio, el pensamiento que en tus labios fué consejo repetido a los bienamados hijos: « Amemos al Romano Pontífice: un consejo, un simple deseo suyo, sea para nosotros una orden ».

NARCISO, Obispo Prior de las Ordenes Militares de S. C. A. y M. - Ciudad Real.

Los primeros sucesores del Santo, ya difuntos:
El Siervo de Dios D. Miguel Rua,
D. Pablo Albera, D. Felipe Rinaldi.



La Madre del Santo

Vemos y admiramos el árbol en majestad de florescencia y casi nada sabemos del oculto misterio que latió en sus raíces, donde llegaba el agua para asociarse al germen de la vida.

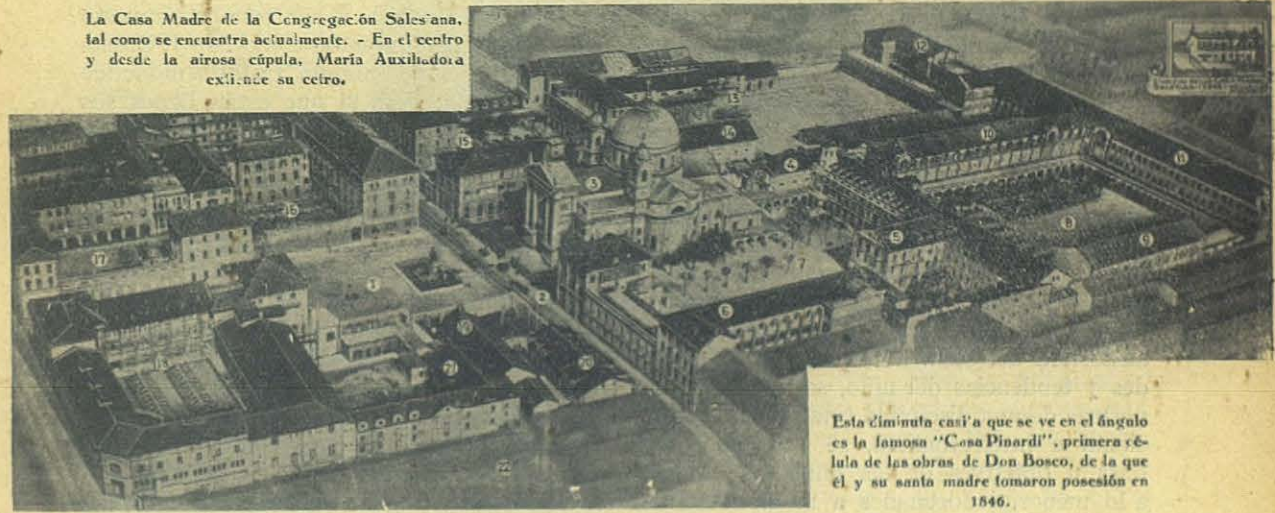
Desde la primera edad de Don Bosco, llenando después su juventud, aparece una figura que despierta arrobadora simpatía y es la de su bendita madre, Margarita Occhiena, que, hoy más que nunca, merece nuestro recuerdo porque es integrante de la gloria de su hijo.

¿Quién es ella? pregunta la vulgar lógica ante todo lance trágico de las locuras hu-

ómo lo acoge, junto con Don Bosco, y le proporciona parte del alimento del pobre hogar, cómo le abriga privándose de los cobertores del propio lecho; pues fué siempre generosa, no sólo secundando, sino impulsando las generosidades del hijo!

Empero, más grande aún se nos muestra en la formación moral, durante los primeros años de Don Bosco, donde las más delicadas ternuras de la madre se hermanan con su firmeza de carácter. Y, por fin, después, se nos revela con las proporciones de una singular grandeza, cuando, requerida por Don Bosco para que le diera su opinión sobre un importante cargo de Capellán de una

La Casa Madre de la Congregación Salesiana, tal como se encuentra actualmente. - En el centro y desde la airosa cúpula, María Auxiliadora extiende su cetro.



Esta diminuta casita que se ve en el ángulo es la famosa "Casa Pinardi", primera celda de las obras de Don Bosco, de la que él y su santa madre tomaron posesión en 1846.

manas. ¿Quién es ella?, debemos preguntar siempre, y con mayor razón todavía, en nuestra admiración por todo hombre verdaderamente extraordinario.

Aunque Margarita Occhiena fué una modesta señora del campo, sería un error pensar que era sólo una devota y piadosa campesina y nada más, si bien creo que vivió disfrazada de tal; porque, en verdad, dió muestras de una nobleza propia de gran señora y, más exactamente, de una princesa católica. ¡Cuán admirable aparece en aquella noche, que puede calificarse como la primera del *Ora-torio* de los niños desvalidos, cuando atiende solícitamente a aquel pequeñuelo campesino que llegaba errante, en absoluto desamparo!

noble casa de Génova, ella, sin vacilar, declaró a Don Bosco — coincidiendo con la oculta resolución de éste — que no lo vería más si él resuelve habitar en un palacio. Tan ajustada a los designios divinos se mostró Margarita Occhiena al apreciar la vocación sacerdotal de Don Bosco, aceptándola sólo como dirigida estrictamente al bien de los pobres, que era la gloria de Dios, y sin mezcla alguna de la escoria de los intereses humanos. No hubieran procedido de distinto modo Mónica la santa, ni Blanca de Castilla.

Para la obra salesiana, fué la Madre de Don Bosco algo así como la humana mensajera de María Auxiliadora.

Chile. ROBERTO PERAGALLO.

*

SAN JUAN BOSCO PEDAGOGO

Se nos pide un pensamiento y una bendición para el número extraordinario del *Boletín Salesiano* de lengua española.

Va con estas líneas nuestra bendición efusiva, que quisiéramos fuera gaje de fecundas bendiciones celestiales para los redactores y lectores de la Revista, y prenda, para esta simpática publicación, de largos años de vida próspera y bienhechora.

Y un pensamiento, o unas sencillas consideraciones al rededor de un pensamiento; el que encabeza estas líneas.

La canonización de un pedagogo, la primera tal vez que en forma tan solemne tiene lugar en la Iglesia, es la consagración definitiva de la pedagogía más alta, de la única verdadera pedagogía, que es la cristiana. Que no se escandalicen los pedagogos del positivismo y del laicismo.

Porque la pedagogía, que ha entrado a formar parte de la filosofía moral y ha adquirido el rango de ciencia en nuestros tiempos, o es cosa vana o es ciencia y arte del bien vivir. Es lamentable el desvío de la ciencia pedagógica moderna en este punto: se reduce a la formación fragmentaria y unilateral del pensamiento, no a una gimnasia concertada de toda la vida dentro de la atmósfera del bien. Se analizan las facultades y tendencias del niño, se establecen las normas de una disciplina totalmente convencional e intelectualista, se proponen unos fines u objetivos de las humanas acciones, a lo menos, inadecuados a la grandeza del hombre, casi siempre raquíticos, muchas veces francamente detestables. Y el niño queda «ineducado» las más de las veces, sino queda decididamente «mal educado» para todos los días de su vida.

La pedagogía no es gimnasia mental, y si lo es, debe serlo para someter a su ritmo toda la vida. Jesucristo reducía a dos palabras la vana e hipócrita formación de los escribas y fariseos: «Dicen, y no hacen»; y condensaba en estas otras toda la esencia de la pedagogía cristiana: «No los que dicen: Señor, Señor... sino los que cumplen la ley...». Ya Séneca se quejaba de la inutilidad de la formación puramente intelectualista: «Cuando han venido los sabios, dice donosamente, han desaparecido los buenos».

San Juan Bosco es el pedagogo tipo: es bueno, enseña el bien y enseña a hacerlo. Se ejercita a sí mismo en el bien, como quiere el Apóstol, porque la vida cristiana es campeonato de atletismo espiritual. Traza ante sus discípulos las líneas de la verdadera pedagogía, que es la doctrina cristiana, porque si las normas del bien no se puede vivir bien. Y luego, como el calígrafo toma la mano del aprendiz y la guía sobre el cartapacio, se esfuerza en aplicar la vida entera de sus educandos a la ley que les ha enseñado. Si la pedagogía consiste en mejorar las almas, *ánimas meliores reddere*, según la teoría de San Clemente, ¿quién mejor que un santo puede ser educador?

Sobre todo cuando el santo se ha impuesto una misión de educación como San J. Bosco. No dejó el Santo ningún tratado didáctico de pedagogía; pero sí que están llenos sus escritos de la ciencia práctica del magisterio difícil de enseñar a vivir bien. Así pasó la vida Don Bosco, haciendo el bien en su más alta forma, que es la santidad, y enseñándolo a otros por medio de la doctrina más fecunda, que es la del Evangelio.

La canonización de Don Bosco es una solemne consagración de su pedagogía: vivir bien y enseñar a hacerlo; remontarse a las alturas de la santidad y levantar a ellas, como el águila a sus polluelos, a sus educandos; sostenerse él, con el dominio sobre sí mismo y con la práctica de las virtudes, en la serena atmósfera de una vida justísima, y sostener con su esfuerzo a toda una generación que se confió a sus cuidados de pedagogo. *Fácere et docere*.

Muerto, habla todavía. Desde los altares a que acaba de encumbrarle Su Santidad Pío XI, seguirá siendo pedagogo autorizadísimo que adoctrinará a las generaciones futuras con su ejemplo y con su doctrina.

Pío XI, al canonizar a Don Bosco, nos ha dado un modelo y un maestro como lo señalaba en su Encíclica sobre la educación: *Divini Illius Magistri...*

Toledo, Febrero de 1934.

El Arzobispo de Toledo
Primado de España.

EL INSTITUTO DE LAS HIJAS DE MARIA AUXILIADORA

Es la segunda familia religiosa del Santo. Su nacimiento data de 1872, cuando la Pía Sociedad Salesiana estaba saliendo de la infancia y empezaba a extender su obra por el mundo.

Parecía natural que junto al apostolado que con tan buenos auspicios había surgido en favor de los niños, viniese otro paralelo y semejante, en pro de las niñas, que procurase conservar y difundir, cada día más, en los medios sociales, el precioso y bendito aroma del *devoti femineci sexus*.

Pero Don Bosco que, en cuestiones de celo sacerdotal y cuando se trataba del bien de la juventud jamás había necesitado de estímulos, en esto parecía hacerse el distraído, hasta que la Sma Virgen se le apareció, *en sueños*, como de costumbre, y mostrándole una muchedumbre grande de jovencitas, le dijo: «Cuida de ellas, son hijas mías».

Y se da el hecho singular de que, mientras la Madre celeste le manifestaba ese deseo, en el pequeño pueblo de Mornese de la diócesis de Acqui, un humilde y piadoso sacer-

dote que luego murió salesiano, Don Domingo Pestarino, ocupábase en pulir, sin él saberlo, las primeras piedras del nuevo Instituto de María, cultivaba una Asociación parroquial titulada de Hijas de la Inmaculada que, el 5 de Agosto del citado año de 1872, después de oportuna preparación y de suce-

sivas inteligencias con Don Bosco, recibieron de manos de éste el hábito religioso para llamarse, en lo sucesivo, *Hijas de María Auxiliadora*.

El ejército destinado a salvar a la juventud femenina, bajo las banderas de nuestro Santo, se había puesto en marcha, capitaneado por una heroína, a la que, según todas las probabilidades humanas, espera también la gloria de los altares, Sor María Mazzarello.

No le faltaron al naciente Instituto dificultades que superar, que por algo era gemelo del que había nacido en Valdocco, pero la misma dulce y poderosa Señora que lo había traído al mundo, triunfó de ellas, despejándoles a sus Hijas de un modo admirable los caminos del apostolado, para que fuesen dondequiera



Don Pestarino.



La Casa Madre de Mornese.



La actual Casa Generalicia de Turin.

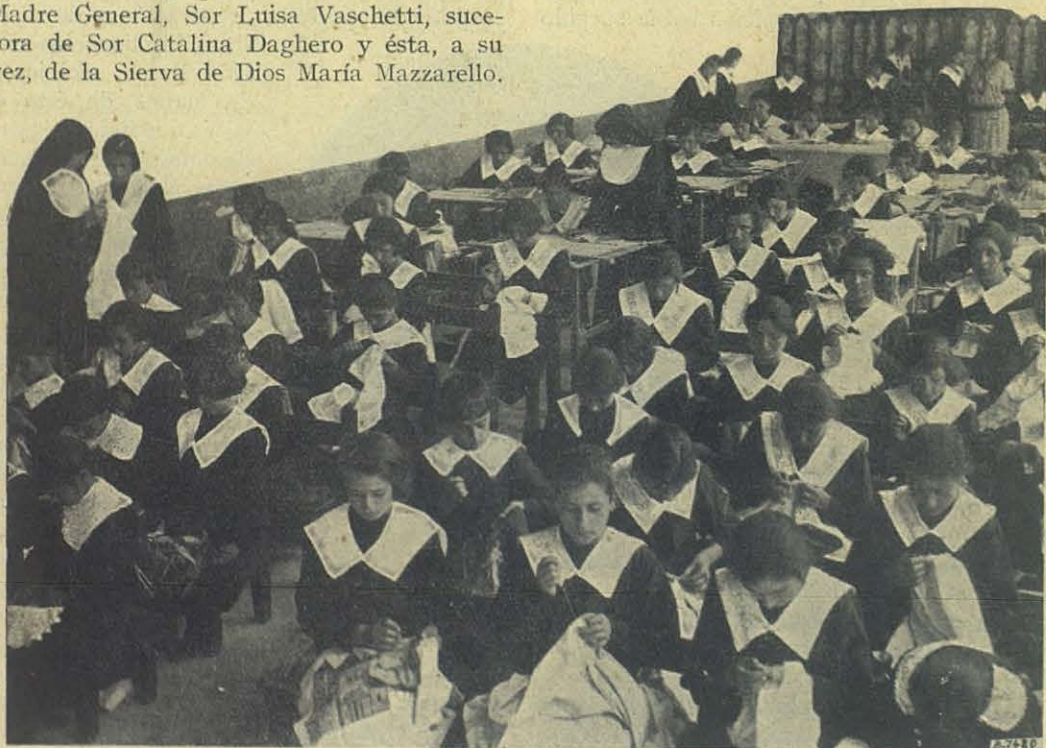
a llevar su nombre y su amor, que es la divina flor purpúrea de los rosales de Jesús.

Con el incesante crecer de este ejército, el Cuartel General de Mornese tuvo que pensar en lugares más estratégicos y, trasladado primero a Niza Nonferrato donde estuvo seis años, instalóse últimamente en Turín, junto a la Casa Madre de los Salesianos y los restos gloriosos del Fundador.

Esta es ahora la sede definitiva de la Casa Generalicia de las Hijas de María Auxiliadora, bajo la sabia y prudente dirección de la Madre General, Sor Luisa Vaschetti, sucesora de Sor Catalina Daghero y ésta, a su vez, de la Sierva de Dios María Mazzarello.

¡Qué espléndidos triunfos los de ese ejército de María, surgido por expresa voluntad del Fundador, como un monumento viviente de su gratitud a la Reina del cielo!

La estructuración de ese ejército es análoga a la del otro, o sea el de los Salesianos. Su lema es también *Da mihi animas, cetera tolle*; su gerarquía centraliza todo el Instituto en una sola cabeza, la Superiora General, asistida de su Consejo, y representada por las diversas Inspectoras que, a su vez, lo son



Taller de costura, una de las mil actividades a que se dedican las Hermanas.

El progreso realizado por las buenas Hermanas, en el breve lapso de 60 años, es enorme y verdaderamente prodigioso.

El Santo Fundador, antes de morir en 1888, cuando el Instituto no contaba más que 16 años de vida, pudo ya bendecir a 489 religiosas, repartidas en 50 casas por Europa y América, con dos Misiones. Hoy, desde la gloria de los altares, el corazón del Padre debe saltar de gozo, viendo que la bendición paterna alcanza ya a 7.768, dedicadas a cultivar su espíritu en 710 casas, entre las cuales se cuentan nada menos que 67 Misiones.

por las Directoras de las casas. Su método educativo es el del Fundador, el «sistema preventivo»; sus tradiciones familiares la piedad, el trabajo, el amor a la juventud, la santa alegría, la devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora, la sujeción y afecto filiales a la Iglesia, al Papa; su programa de acción es extensísimo y aparece dotado de una elasticidad prodigiosa.

Citaremos algunas obras: Oratorios Festivos, Internados de todas las categorías, Escuelas diurnas y nocturnas, Jardines de infancia, Asilos, Escuelas parroquiales, Escuelas de Maternidad, Enseñanza profesional,



Sor Catalina Daghero.



La Sierva de Dios Maria Mazzarello.



Sor Luisa Vaschetti.

Magisterio, Talleres, Orfanatos, Hospitales, Patronatos, Internados para obreras, Obras post-escolares, Asistencia en las Colonias alpinas, marítimas, etc.

¿Y cómo cumplen las Hijas de María Auxiliadora este vasto y magnífico programa de su Instituto? Las estadísticas lo dicen, su creciente popularidad lo pregona, el mismo Fundador complacióse en manifestarlo de un modo categórico antes de ir al cielo.

En 1876, cuando el Instituto no había hecho más que empezar, escribía él a uno de los salesianos de América: «Las Hijas de María Auxiliadora lo están haciendo muy bien dondequiera que van».

Más tarde, próximo

ya al fin de sus días, visitando por última vez la Casa Generalicia de Niza, conmovióse hasta derramar lágrimas y, como si tuviese los ojos enagenados en una visión celeste, exclamó: «¿No la véis? la Virgen está aquí, se pasea por la casa, se muestra muy contenta de vosotras...».

¿Qué diría ahora el buen Padre, a la vuelta de 50 años de fecundas actividades y de triunfos?

¡Quiera él, desde la gloria, seguir bendiciendo las obras de su Instituto de Hijas de María Auxiliadora, para que reflejen, mejor cada día, las santas delicadezas de su espíritu, tiernamente enamorado del bien de las almas.



Don Bosco

Santo Eucarístico.

Muy conocido y celebrado es Don Bosco, como Santo Mariano. ¿Será también Santo eucarístico?

Así como después de la Redención, quedó en el mundo instituída la Eucaristía, como memorial de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, así también después del Centenario de la Redención convenía que quedase, como recuerdo y fruto precioso y muy principal, un mayor acrecentamiento de devoción eucarística.

Tal parece haber sido el designio del Santo Padre, al disponer que, en todo el Orbe católico, se conmemore la Institución de la Eucaristía con actos extraordinarios, en las postrimerías del Año Santo; durante el cual, además, han sido elevados a los honores de los altares varios Siervos de Dios, que se señalaron en vida por su amor ardentísimo a Jesús Sacramentado.

Por tanto, si Don Bosco fuera uno de ellos, si pudiera ofrecerse como modelo de almas eucarísticas, su canonización, la postrera del Año Santo, sería su más oportuno y hermoso coronamiento, contribuyendo poderosamente a orientar las almas hacia el Sagrario, fuente in exhausta de la verdadera piedad.

Ahora bien; Don Bosco es un Santo eucarístico de relieve extraordinario. ¿Cómo negarlo? Desde la más temprana edad siente la atracción misteriosa del Sagrario. Hace su primera Comunión a los diez años, esto es, antes de lo acostumbrado en aquellos tiempos; y la hace con preparación tan exquisita, que desde aquel día feliz, se opera en su vida espiritual notable mejoramiento, como él mismo confesó. Toma la costumbre de comulgar todos los domingos, y la observa fielmente, a pesar de que tiene que madrugar mucho para ello y salvar largas distancias. Pasados algunos años, se le ve comulgar todos los días en el Seminario, contra la costumbre de entonces, yendo a escondidas a la contigua iglesia de San Felipe. Y si queremos saber la razón de tanta fidelidad en esa práctica eucarística, oigamos su hermosa frase: «la comunión diaria es el alimento más eficaz de mi vocación».



Contemplémosle ahora en el altar. Parece un serafín; recogido, devoto, fidelísimo en la observancia de las ceremonias; a veces su rostro se transfigura y se baña en lágrimas; y al elevar en sus manos la Hostia Santa, se eleva él también, y permanece extático por algún tiempo, como si contemplara a Jesús cara a cara.

¡Oh, la Misa de Don Bosco! Todos quieren asistir a ella; en Italia y fuera de Italia, a donde quiera que va, preguntan por la hora y lugar en que ha de celebrar; y terminada la Misa, se retiran, exclamando emocionados: «Es un santo, es un santo». Así aconteció el día 1º de Mayo del año 1886 en esta ciudad de Barcelona, cuando celebró el Santo Sacrificio en la Iglesia de Belén. Acabada la Santa Misa, la multitud de fieles que llenaban el templo, a rebosar, se decían unos a otros, llenos de admiración y de fe: «Ha dicho Misa un Santo».

Nunca omitía la celebración de la Santa Misa, ni siquiera en sus frecuentes viajes, anticipándola o retrasándola, según los casos, a costa de cualquier sacrificio. Y exhorta a

todos a que la oigan cada día, recordando las palabras de San Agustín, « que no perecerá de mala muerte quien oiga devotamente y con asiduidad la Santa Misa ».

Pues ¿qué decir de sus visitas a Jesús Sacramentado? Fácil nos sería deducir la importancia que a ellas daba, de la exhortación que continuamente dirigía a los suyos: « ¿Queréis, les decía, que el Señor os conceda muchas gracias? Visitadlo con frecuencia. ¿Queréis que os conceda pocas? Visitadlo raramente. ¿Queréis que el demonio os asalte? Visitad poco a Jesús Sacramentado. ¿Queréis vencer al demonio? Acudid con frecuencia a los pies de Jesús. ¡Queridos míos, la visita al SS. Sacramento es un medio eficazísimo para vencer al demonio! Id, pues, con frecuencia a visitar a Jesús, y el demonio se retirará vencido ».

Con palabras no menos expresivas que estas exhortaba también a la comunión frecuente y cotidiana. Y quería que los niños, apenas supieran distinguir entre Pan y pan y revelasen suficiente instrucción, fuesen admitidos al celestial banquete, sin mirar la edad, a fin de que Jesús tomara posesión de sus corazones antes que el pecado los corrompiera.

¿Quién no ha oído ponderar los admirables resultados de su sistema pedagógico? Pres todo él se fundamentaba en la Eucaristía. El ministro inglés Lord Palmerston visita su Oratorio, y al notar el orden que en él resplandece y particularmente la compostura de los niños en el inmenso salón de estudios, le pregunta: « ¿Qué medios emplea V. para conseguir tanto silencio y tanta disciplina? ». Y Don Bosco le contesta: « La frecuente confesión y comunión y la Misa cotidiana bien oída. Estos son los medios educativos más eficaces, estas las columnas que deben sostener un edificio educativo, del cual se quieren alejar la amenaza y el látigo ». El cielo, por su parte, parece que quiso sellar esta pedagogía eucarística con un estupendo prodigio; pues al dar Don Bosco la comunión a unos seiscientos cincuenta jóvenes, con un copón casi vacío, de tal suerte se multiplicaron las sagradas formas en sus manos, que sin necesidad de fraccionarlas, pudieron comulgar todos.

La Eucaristía es para Don Bosco el remedio de todas las necesidades, la solución de todos los problemas. Si los enfermos le piden la salud, les ordena como la mejor medicina

la recepción del Santo Sacramento, juntamente con la devoción a la Virgen María Auxiliadora. Si la peste del cólera hace estragos en el país, declara de viva voz y por cartas y por su Boletín, que es preservativo infalible frecuentar la sagrada comunión con las debidas disposiciones; y recomienda, además, que en todas las iglesias se dé la bendición con el Santísimo. Al enviar sus primeros misioneros a la Patagonia les da este consejo: « Confiadlo todo a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora, y veréis lo que son milagros ».

En fin, poco antes de morir, deja a sus hijos, como en testamento, el encargo de propagar la comunión frecuente. Y acordándose de sí mismo, les dice, en su humildad: « Rezad, recibid a Jesús Sacramentado en sufragio de mi alma, a fin de que me abrevie el tiempo del purgatorio ».

Bastan estos datos para afirmar que Don Bosco es un Santo eucarístico. ¿Podría no serlo ese sacerdote santo, siendo así que el sacerdote es el hombre de la Eucaristía? ¿Podría no serlo ese sacerdote mariano, siendo así que la Virgen María no tiene otra misión que llevarnos a Jesús, y con tanta mayor eficacia nos lleva, cuanto más nos acercamos a Ella?

La canonización de Don Bosco será, por tanto, oportuno y muy hermoso coronamiento del Año Santo, centenario de la Institución de la Eucaristía. Las enseñanzas y ejemplos de su vida eucarística, ejercerán, sin duda, sobre las almas poderosa influencia, llevándolas al sagrario, donde está su Esposo celestial. Y contribuirán a desterrar del mundo las tinieblas de su ignorancia.

¡Oh, Jesús Sacramentado, el Dios escondido, es también el Dios desconocido y desamado! El día en que el mundo se dé cuenta de lo que es la Eucaristía, el día en que los hombres conozcan y gusten los suavísimos misterios de amor que en ella se encierran, volarán todos al Sagrario; desaparecerá ese gran escándalo de tantas iglesias vacías, de tantos sagrarios solitarios, de tantas mesas eucarísticas sin comensales. En ese horno divino se derretirán los hielos de los egoísmos; gustadas las dulzuras de ese festín, ya no habrá paladar para los deleites del mundo; nuestros males tendrán remedio y nuestras penas lenitivo. Jesús será el amado de los hombres; la tierra el paraíso anticipado.

MANUEL, Obispo de Barcelona.

¡DON BOSCO!

Nombre más que mundial, nombre universal, católico como su fe, sus virtudes, su santidad, sus obras. Este nombre se repite con júbilo, admiración y respeto en todas las poblaciones del mundo civilizado, en las selvas y desiertos, donde los indígenas, por él y sus hijos han recibido la Buena Nueva, germen y vida de la civilización. Niños abandonados, obreros, hombres de ciencia, la nobleza y los ricos, que saben serlo según el Evangelio; todos le aclaman, le bendicen, y alaban en él una grandiosa obra de Dios, reveladora de sus magníficos atributos.

Don Bosco está grabado en el fondo de innumerables corazones y jamás se borrará.

Sus talleres, sus escuelas, en su hermosa variedad; sus libros, sus revistas, lo llenan todo, lo invaden todo, a manera de onda luminosa, que destierra errores, arranca vicios, mata las malas inclinaciones, transforma las almas, llevándolas a Cristo Redentor.

Don Bosco, en su vida y en sus obras, es Cristo presente en nuestra generación, que pasa por el mundo haciendo bien, como en los memorables días de su Vida Pública. Ni han faltado tampoco los prodigios y milagros que por medio de Don Bosco hizo el Señor.

¡Don Bosco! nombre glorioso, magnífica apología de nuestra santa Religión; pues sólo ella puede formar hombres como Don Bosco; sólo ella puede darles una elevación sobrenatural, fuerte, constante, fecunda, en asombrosas obras de caridad, hasta el último momento de su vida.

¡Don Bosco! hombre del pueblo, pobre, sin empleo ni autoridad en la vida social, sacerdote humilde, sin puesto alguno en la gerarquía, ejerce toda su vida una influencia decisiva y bienhechora, que en todas partes se deja sentir.

¡Cuántos le deben el ser hombres, más aún, el ser honrados y buenos cristianos!

¡Cuántos buenos ciudadanos le deben las Naciones, pues sin la obra de Don Bosco hubieran sido seguramente perversos, y muchos de ellos carne de cañón!

Mucho le deben la ciencia, el arte; mucho el bienestar de las Naciones; mucho la paz y tranquilidad de las familias; mucho la afirmación de la fe, que sembrada en el corazón se traduce en valiente confesión de la doctrina católica, y en obras de eximia piedad.

Obra de Don Bosco es la creación de los Cooperadores Salesianos, que, además de sostener materialmente las obras por él creadas, son un excelente recurso para evangelizar las clases altas, haciéndoles tomar parte, con su actividad y dinero, en las obras de caridad, prestando así importantes servicios a las clases necesitadas, a la religión y a la patria, matando el vil egoísmo y el desordenado afecto a lo temporal.

De este modo la Obra de Don Bosco abarca, para santificarlas, a todas las clases de la sociedad.

Por esto el mundo católico le ha canonizado, por aclamación: en vida y después de su muerte siempre le ha mirado como santo, no tanto por sus milagros, que bien puede ser llamado taumaturgo, como por las admirables virtudes que resplandecían en él y los beneficios que dispensaba, particularmente a las clases más necesitadas.

La Iglesia, tras de maduro examen, lo declaró Beato y últimamente Santo, para que todos los fieles, no sólo puedan invocarle y derramar sus plegarias ante su bendita imagen, sino celebrar con solemnidad su fiesta en el día por la Iglesia señalado. Dondequiera pues será glorificado y se celebrarán sus virtudes y sus obras de utilidad universal.

¡Bendito sea Don Bosco! Que cielo y tierra bendigan su nombre.

Nombre más que mundial, universal, católico, como su santidad y sus obras.

El glorificó a Cristo y Cristo le glorifica a él. El mundo entero cae postrado a los pies de este Varón verdaderamente singular, gloria de la Iglesia, honra del linaje humano y Bienhechor de la humanidad.

EL MAGISTRAL DE SEVILLA.

**GARDENALES-ARZOBISPOS
OBISPOS - PRELADOS
SALESIANOS**



ORDEN (Ordens): 1. Card. Cagliero - 2. Mons. Malin - 3. Mons. Marroca - 4. Mons. Castellano
5. Mons. Aguirre - 6. Mons. Lopez - 7. Mons. Vergara - 8. Mons. Gortázar
9. Mons. Fagnano - 10. Mons. Cordero
ORDEN (Ordens): 1. Card. Huet - 2. Mons. Gortázar - 3. Mons. E. Olvera - 4. Mons. Pini -
5. Mons. Latorre - 6. Mons. B. Olvera - 7. Mons. Uquiza - 8. Mons. Méndez - 9. Mons. Corio

10. Mons. Concesi - 11. Mons. Capota - 12. Mons. Capin - 13. Mons. Emanuel - 14. Mons. Jara
15. Mons. Navarro - 16. Mons. Murrero - 17. Mons. Olvera - 18. Mons. Oñiz - 19. Mons. Sosa
20. Mons. Prieto - 21. Mons. De Ferrari - 22. Mons. Cordero - 23. Mons. Bera
24. Mons. Sol - 25. Mons. Mathias - 26. Mons. Herra



El héroe educador

Carlyle no conoció a Don Bosco.

Si lo hubiese conocido, los héroes exaltados por el gran pensador inglés, habrían sido seis en vez de cinco.

Al héroe como Profeta, como Poeta, como Sacerdote, como Escritor, como Caudillo, hubiera, — es mi convicción, — agregado el héroe como Educador. El héroe es un enfermo intuitivo en sus propósitos vocacionales. El héroe es un tenaz realizador de esos propósitos, que constituyen la razón de ser de su vida operante, infatigable y temeraria.

El héroe suscita a su paso la admiración y el recelo, el amor y el odio, pero define ante la muchedumbre la jerarquía de su excepcional personalidad, y, benéfico o funesto, convierte sus propósitos en una soberanía de profundas y vastas proyecciones.

De ese modo, el héroe es un conductor de hombres o de espíritus.

He ahí porque Carlyle, lo mismo que Emerson, si hubiesen conocido la admirable vida y la obra del fundador de Valdocco, ante la evidencia de sus prerogativas personales y ante la magnitud de sus realizaciones pedagógicas, habrían reconocido y proclamado al « Héroe Educador ».

La Iglesia, al proclamar ahora « Santo » a Don Bosco cumple una misión más alta, más severa, más útil a la humanidad que la misión voluntaria con que inmortalizaron su nombre el autor del « Culto de los Héroes », y el autor de « Los hombres simbólicos ».

* * *

Don Bosco es substancialmente un hombre simbólico y un héroe. Su gesta es una, como fué una la gesta de Parsifal, la de Godofredo de Bouillon... Pero, en vez del Santo Grial o de Jerusalén, decid: Educación del pueblo.

¿Que los elementos de leyenda, elevados hasta lo sobrenatural, penetran en la gesta de los héroes poematizados en la Epopeya? Ni la leyenda ni lo sobrenatural están ausentes de la gesta de Don Bosco.

Pero, es que Don Bosco es un héroe contemporáneo, casi podríamos decir de nues-



Primer y último retratos. = Uno debió hacerse a los pocos años de haber cantado misa el Santo, y el otro fué hecho en Barcelona, cuando tenía él 70 años.

tros días, de nuestro ambiente, tan extraño o tan adverso a todo viso de leyenda y a todo asomo de lo sobrenatural.

No importa. Carlyle y Emerson lo habrían juzgado desde todos los puntos de la crítica humana, de tejas abajo. Y habrían exaltado al genio en el despliegue real y palmario de su heroísmo, señalando a la admiración del mundo la perfecta concurrencia de sus extraordinarias facultades en la acción educacional. La Iglesia analizó más hondamente aún; ponderadamente disecó la Psicología del héroe hasta las más íntimas reconditeces de su vida, tan dinámica en sus actividades exteriores y tan místicamente activa en su cristalina espiritualidad.

Y el Santo, o si os place la denominación profana, el Héroe, aparece en todo el esplendor de sus virtudes individuales, en toda la potencia de su acción vocacional, hasta en la incontrovertible realidad de su bondadosa taumaturgia: virtudes, potencia y taumaturgia que, centripetamente dirigidas desde

la infancia hasta los días supremos de su apostolado, plasmaron la personalidad antonomástica del « Educador del pueblo ».

* * *

En Don Bosco el educador inicia al Santo y el Santo resultaría inexplicable sin el educador. Agreguemos: el providencial educador del siglo XIX.

Las fuerzas coligadas anticristianas emprendieron a mediados del siglo pasado la campaña menos efectista y aparatosa, pero, en cambio, la más efectiva y eficaz contra Cristo y su Iglesia. Concentraron su acción en los sectores educacionales.

¿Por qué medios? Con el virus naturalista, disfrazado con denominaciones varias, pero con doctrina y tendencia idénticas.

La « Naturaleza » es la suprema realidad. Sus leyes, las biológicas, son soberanas tanto en la vida del hombre, « un producto sin diferencia con los demás », como en la sociedad humana.

Concepción naturalista del Universo, es concepción naturalista de la vida. Ni Dios ni creación; ni alma ni principios religiosos. La materia reemplaza al alma; la razón expulsa a la Fe; el instinto ahoga la moral religiosa; el determinismo arroja por la borda al libre albedrío.

Podemos calcular, a la luz de la historia contemporánea cuál debía ser el paradero de las nuevas generaciones, formadas en la escuela naturalista, bajo la influencia de doctrinas que sólo estudian al hombre animal y al hombre económico, desde Spender a Lenine, pasando por Dewey, Natorp, Kerchensteiner, W. James, etc. « Cuando el alma humana se oscurece — sólo prospera y crece — la

fuerza audaz de crímenes cargada » escribió el poeta.

* * *

Frente a ese peligro, surge por la voluntad divina, el Educador, el hombre símbolo que había menester la causa de Dios: Don Bosco.

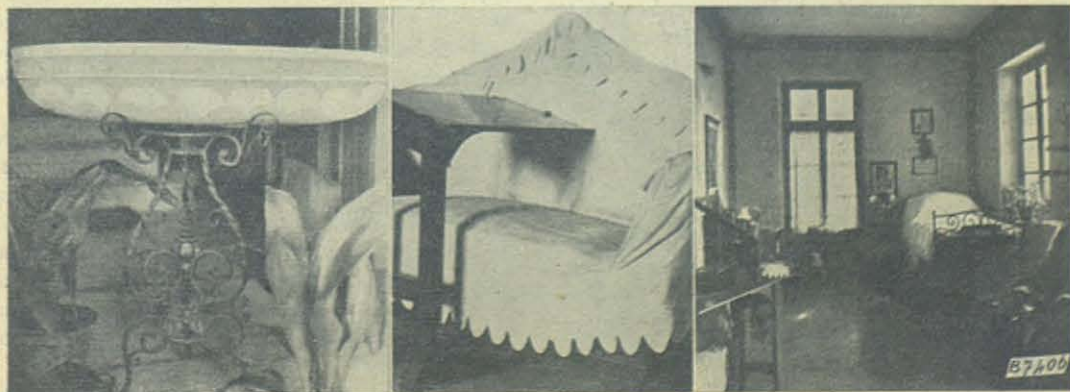
Su obra educacional se adelanta a la de los innovadores, la rectifica y la completa. Responde al más amplio concepto humano, pero le da su luminoso contenido espiritual. « La Religión y, sobre todo, el amor de Dios y del prójimo es lo que da un sentido a la vida. La ciencia es incapaz de ello », — escribió Harnack. « En el origen de todo progreso social encontramos la fe, la esperanza y la caridad », — afirmó Boutroux.

Don Bosco puso la ciencia y las artes, las industrias de la tierra y el trabajo manual en su obra pedagógica, pero puso sobre el hervor de su escuela activa la santa energía de un espiritualismo que, trasfundido en cientos de miles de obreros y de profesionales, de conductores de niños y conductores de hombres, constituye hoy la más firme y bendecida reacción contra el avance del naturalismo, fuente de las grandes catástrofes sufridas por la civilización en nuestros tiempos.

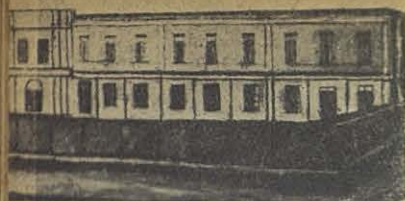
Lo que nunca había de obtener fuera del principio católico el « Humanismo » de Sciller de Oxford, ni el « Pragmatismo » de W. James, ni el « Activismo » de R. Eucken, ni el « Personalismo » de Scheller, ni el « Impulso vital » de Bergson, quiso Dios, siempre admirable en sus santos, que lo realizara este Sacerdote, este Educador, este Héroe... este Santo!

Montevideo, 31 de enero de 1934.

JERONIMO ZOLESÍ.



La pila en que fué bautizado, el pupitre en que trabajó los últimos años y la cama en que murió.



San Nicolás de los Arroyos (Argentina).

La primera casa de América, tal como hoy se halla y tal como fué al principio (ángulo sup. izq.). ¡Este sí que es el grano del mostaza! ¡Qué fecundidad! El progreso de la Obra de Don Bosco en América es realmente fabuloso. De norte a sur, hay una vasta red de fundaciones que, sumadas las de los Salesianos y las de las Hijas de María A., alcanzan ya a 471.

Pensamientos sobre Don Bosco

La Canonización de Don Bosco no es sólo motivo de júbilo para sus hijos en religión, para la Iglesia Católica; para Italia y para la niñez de las clases populares del mundo, sino también para la República Argentina.

Nuestra Patria fué, para Don Bosco, como la suya propia, y un motivo de su especial predilección.

La vió en sus visiones proféticas. Le envió la falange escogida de sus primeros religiosos. Llevó la civilización hasta sus más apartados rincones. Penetró hasta el Centro de sus tribus salvajes. Desparramó sus colegios, desde Jujuy hasta la Patagonia, y hoy educa sus hijos; evangeliza sus pueblos; cultiva sus campos; hace prosperar sus industrias; difunde la enseñanza de las artes y de los oficios; forma sus juventudes; orienta el apostolado social de sus exalumnos y desarrolla, en la República, una acción fecunda de cultura superior y de progreso.

Al asociarme a la fiesta solemne de su canonización cumplo con un grato deber de católico y con afirmar el reconocimiento que como argentinos debemos, al que fuera nuestro bienhechor y nuestro amigo y que

en adelante, desde la eminencia del altar, sumará a esos títulos, el de nuestro generoso protector.

CAFFERATA,
*Presidente de la Cámara de Diputados
de la República Argentina.*

Una de las manifestaciones de la maravillosa diversidad en la unidad divina del Catholicismo, está en la variedad de caminos que han abierto los discípulos de Cristo para llegar hasta El. ¡Cuánta diferencia entre la contemplación extática de un monje medioeval y el dinamismo apasionado de Don Bosco!

Con el corazón encendido en Caridad, se dió a servir las necesidades de su siglo deschristianizado, se identificó con ellas, por obra de humildad y apostolado, y mostró como todos los problemas encuentran la solución en el repertorio inmenso de la doctrina de Cristo.

Y por su mano enseñó cómo es la doctrina de bendición, para el obrero y para el niño.

JUAN B. TERAN,
*Ex-Rector de la Universidad de Tucumán
y Ex-Presidente del Consejo Nacional de
Educación de la República Argentina.*

La Pía Unión de los Cooperadores Salesianos

Organizar fuerzas que le ayudasen a la actuación práctica de sus ideales fué, desde un principio, la obsesionante preocupación de nuestro Santo; fué un pensamiento que llegó a constituir en él una fijación, mientras acariciaba y planeaba su gran obra de regeneración social.

De aquí nació, en 1876, la tercera familia salesiana, llamada «Pía Unión de Cooperadores» y su fecha natalicia hállase tan próxima a la de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, que ello parece indicar, que la idea del Fundador ha sido la de que estas dos organizaciones deben desenvolverse paralelamente, a fin de poder siempre prestarse ayuda mutua y fraternal.

La Pía Unión no podía sino ser cosa de Dios, por cuanto surgió en un momento en que el liberalismo relajaba todos los vínculos que unían, entre sí, a los individuos, y el estado liberal dispersaba a los religiosos ligados por compromisos sagrados.

Llama desde luego la atención el nombre con que bautizó Don Bosco a la nueva familia: *Cooperadores*, que quiere decir obreros, obreros del bien, concepto que sabe todo él a

humildad, tanto más extraño, en este caso, cuanto que, en los designios del Fundador, la Pía Unión estaba destinada a tener grandes repercusiones mundiales, y es que, ene-

Los Cooperadores están destinados a hacer un bien inmenso a la Iglesia y a la sociedad civil. **Pío IX.**

Siempre que habléis a vuestros cooperadores decidles que les amo de corazón. **León XIII.**

Nos amamos con extraordinario fervor a los cooperadores salesianos. **Pío X.**

Deseamos vivamente que los Cooperadores salesianos se apresten, todos unidos, a remediar las necesidades de estos nuevos tiempos. **Ben. XV.**

¡Ah, los cooperadores salesianos, cómo los amo! Yo lo soy también y hace mucho tiempo. **Pío XI.**

migo él de rótulos pomposos, quiso que en el mismo nombre estuviese como condensado el espíritu de la obra, la fecunda laboriosidad de unos hombres que deberían colaborar privadamente y en el silencio, a las grandes realizaciones de su apostolado.

Poseemos el fragmento de una cuartilla del Santo, en la que aparece expuesto, de



El primero y gran Congreso Internacional de Cooperadores Salesianos de Bolonia, que se celebró en 1895.

D. Bosco es, como hoy se dice, un altruista "ciento por ciento" - Jørgensen.



Tres grandes Cooperadores que personalmente conocieron y ayudaron el Santo. El Sr. Benítez que recibió en América a los primeros Salesianos. La Sierva de Dios doña Dorotea de Chopitea que con el Excmo Sr. Marqués de Casa Ulloa apadrinó la Obra Salesiana en España, y el Sr. Conde Colli de Francia, gran amigo de D. Bosco.

su propio puño, *el fin* que había de perseguir aquella Pía Unión, entonces llamada Unión Cristiana. Helo aquí: «El fin de esta Unión, dice, es lograr que algunos individuos laicos, o eclesiásticos, se asocien para ocuparse de las cosas más convenientes a la gloria de Dios y bien de las almas.

Es sencillamente una breve glosa del lema salesiano: *Da mihi ánimas*, que él quisiera ver adoptado por todos los hombres de buena voluntad.

En aquellos renglones sigue precisando la organización: *Miembros*: Puede serlo cualquier cristiano con tal que se halle dispuesto a trabajar por los expresados fines. *Medios*: El celo por la gloria de Dios, y una caridad eficaz y operativa en el empleo de todos los arbitrios, así temporales como espirituales, que puedan contribuir a la consecución de esos fines, sin buscar jamás el interés material ni la gloria mundana.

Hea qué concretado el verdadero núcleo formativo de la vastísima organización, vista con ojo práctico y corazón de Santo. A buen seguro que ningún Gobierno hubiese autorizado jamás la constitución, en ente moral, de Una Obra Pía, por pequeña que fuese, con una semejante base económica.

De ese primer esbozo de Asociación pasamos al programa o reglamento formal, apa-

recido en 1874, retocado después, ligeramente, y aprobado por Pío IX, el 9 de Mayo de 1876.

Una vez obtenida esta aprobación, y a fin de que el expresado paralelismo de la Pía Unión con la Pía Sociedad fuese mantenido, de un modo constante, pidió Don Bosco, al Capítulo General Salesiano de 1877, que aquella fuese agregada a ésta, quedando desde entonces incorporados sus estatutos al Código fundamental de la Pía Sociedad, y creado el vínculo afectivo que, un poco audazmente, podría ser llamado de consanguineidad.

He aquí como surgió la obra de los Cooperadores. En cuanto tuvo la fórmula precisa para subsistir, sintióse, en el acto, asistida y estimulada por las más altas aprobaciones, adquirió fecunda vitalidad y alcanzó, en breves años, una difusión que tiene algo de milagrosa. Al morir Don Bosco los Cooperadores eran ya unos 80.000; hoy, recientes estadísticas los hacen pasar de 400.000.

La predicción, pues, del Santo se va cumpliendo. Estando en 1886 conversando con algunos sacerdotes exalumnos, les decía: «Día vendrá en que el nombre de cooperador será sinónimo de *verdadero cristiano*.

Es necesario que este carácter de universalidad quede bien destacado, pues se

engañarían quienes creyesen que la Pía Unión viene a ser un ente moral puesto al servicio exclusivo de los Salesianos.

Esto sería empequeñecerla y desfigurarla. Cuando el Siervo de Dios Don Miguel Rua, fué llamado a declarar en la Causa de Beatificación de Don Bosco dijo, al tocar el punto de la Pía Unión, que una de las aspiraciones del Fundador era que, con el tiempo, llegasen los Cooperadores a ser cuerpos disciplinados de acción, de los que pudiesen servirse como auxiliares los Sres Obispos y que, consecuente con esta idea, deseaba que los cargos de Decuriones los ejerciesen, de ser posible, los Párrocos, cosa que se viene consiguiendo, con resultados bien consoladores, para las obras salesianas y para las propias parroquias, en Italia y América especialmente.



Sres Párrocos Decuriones reunidos en asamblea.

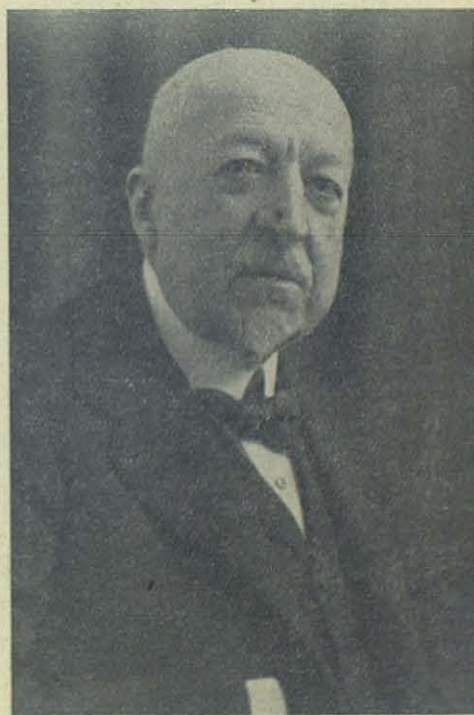
¿No se ve ya en este propósito de Don Bosco un atisbo feliz de esa cruzada universal que, con el nombre de *Acción Católica*, promueve el Santo Padre en el mundo, para incorporar los elementos laicos al apostolado gerárquico de la Iglesia?

Claro que esa universalidad de miras no se opone a que las atenciones preferentes de la Pía Unión sean siempre para las obras de Don Bosco, pues por algo esos seculares y eclesiásticos beneméritos que a ella pertenecen llevan el nombre de Cooperadores *Salesianos*, y por algo también existe, entre ellos y los religiosos de las dos Congregaciones homónimas, un magnífico intercambio de actividades y de beneficios, recibiendo los Salesianos de sus Cooperadores ayuda material

y moral, y lucrándose éstos con los méritos del apostolado salesiano y con un opulento tesoro de oraciones e indulgencias.

Por esto dijo, con frase feliz, Don Felipe Rinaldi que los Cooperadores son, a la Congregación Salesiana, lo que los pulmones al cuerpo, órganos indispensables para la respiración y la vida, y por esto afirmaba Don Bosco, constantemente, que sin ellos no hubiera él podido hacer nada o casi nada, y en la famosa Carta-testamento que poco antes de morir les dirigió, subrayaba esta afirmación, en términos de gratitud tiernamente conmevedores.

Hay que pensar que, ahora que está en el cielo, donde tan grande es su poder de intercesión cerca de Dios, la gratitud del glorioso Santo, aumentada y sublimada casi hasta lo infinito, habrá de resolverse en gracias y favores de todo género, de los que participarán generosamente cuantos figuran en el número de sus amigos y cooperadores, y es de esperar también que ante los éxitos y triunfos del amable Fundador, estos redoblarán su entusiasmo y renovarán y fortalecerán sus nobles propósitos de cooperación.



El Excmo Sr. Conde Rebaudengo, actual Presidente de la Asociación de Cooperadores Salesianos.

OREMUS PRO PONTIFICE



S. Pío V - Nació en Bosco y era de la prov. de Alejandría, como D. Bosco. Al conceder a María el título de "Auxilium Christianorum", puso el primer sillar de la devoción que llevaba en su seno el germen de la Obra Salesiana



Pío VII - Instituyó la Fiesta de María Auxiliadora, el 24 de Mayo, dando vida litúrgica a la "devoción salesiana", como si previese que, pocos meses después, nacería su Apóstol. Si Pío V puso la primera piedra, Pío VII hizo los cimientos.



EN HONOR DE LA
DECRETAMOS Y DE
AL BEATO JU
PIO PAPA XI

Esto parece indicar que los hechos determinantes de la apoteosis con que hoy celebramos a

PAPA NOSTRO PIO



Pío IX - A este otro Pío estaba reservada la gloria de apadrinar a la Congregación Salesiana, que nació en su pontificado, y defender su infancia, tan llena de dificultades. El aconsejó su fundación y él aprobó sus Constituciones.



Pío X - Destinado por Dios a "canonizar" ideales de vida cristiana que D. Bosco había propugnado, referentes a la catequesis, comunión, música religiosa, etc. fué además el que introdujo el Proceso Apostólico del nuevo Santo, y lo declaró "Venerable".

SANTA TRINIDAD
FINIMOS SANTO
SAN BOSCO

1º JULIO 1934

San Bosco Santo, han sido puestos por Dios bajo el signo de la Dinastía Papal de LOS PIOS.

MUSICA ☆ SPORT ☆ TEATRO

EN EL CONCEPTO Y DENTRO DEL PLAN EDUCATIVO DE DON BOSCO



El Santo, en sus mejores tiempos, presidiendo la banda de música del Oratorio.

Si algún día llega a escribirse una historia verídica y completa de los grandes inventores de la humanidad, seguramente no faltará en ella el nombre de San Juan Bosco.

Claro está que a la palabra inventor no habría que atribuirle un sentido demasiado absoluto, pues de lo contrario esa historia hipotética quedaría reducida a muy pocas páginas.

Inventar no es sinónimo de crear, y en el lenguaje corriente, quiere decir, ver, hallar, aplicar, utilizar, cosas o propiedades, antes ocultas.

Nadie pretendería negar a Marconi su carácter de inventor de la técnica radiotelegráfica porque hayan existido antes que él esas ondas maravillosas que obran sometidas a la verita mágica de su genio, y ni siquiera porque se le anticiparan en el descubrimiento de las mismas, Hertz, Faraday, Maxwell, Branly.

En el campo de la educación, y desde el mismo punto de vista, nadie podría tampoco despojar a Don Bosco de su carácter de in-

ventor del llamado «Sistema Preventivo» porque sus elementos existían ya en el mundo, desde que Dios infundió en el corazón humano una parte de su amor y de su bondad, y porque algún que otro educador, esporádicamente, lo hubiese aplicado antes que él.

Contrayéndonos nosotros a la materia propia de este artículo, es cosa archisabida que música, sport y teatro se conocían y practicaban en los viejos tiempos, pero ¿quién los incorporó a la educación, en los Colegios? y sobre todo ¿por quién y dónde fueron empleados estos recursos pedagógicos, de un modo sistemático, y con los fines elevados, con los métodos y la eficacia con que los empleó Don Bosco?

Puesta la cuestión en este terreno, no hay duda que la exclusiva de haber incorporado sólidamente a la educación el empleo inestimable de estos recursos, debe concedérsele a él.

Veamos si podemos hacer el milagro de resumir, en muy pocas páginas, lo que en este punto le debe la pedagogía moderna.

LA MÚSICA

es considerada por todos los filósofos como la más espiritual de las bellas artes, hasta el extremo de llamarla *divina*, como queriendo indicar que nos viene de Dios y tiene virtud para elevarnos hasta Dios.

No podía pues Don Bosco dejar de utilizarla, como recurso educativo, él que lo utilizó todo, hasta cosas que a muchos parecían poco serias y profanas, habiendo llegado a constituir una de las características más simpáticas de su vida y de sus obras. Sin la música, las Casas Salesianas tendrían una fisonomía borrosa y se sentirían como privadas de una parte del oxígeno respirable.

¿Quién se la enseñó a Don Bosco? Nadie; su bondad nativa, su inocencia angelical, la fina textura de su espíritu, su instinto de lo divino; todo en colaboración con el ambiente musical de sus colinas hogareñas, llenas de flautas de pastores y de esquilas de ganados y de dulces campaniles y de pájaros.

Con toda esa preparación espontánea, al sastre de Castelnuovo, Roberto, con quien trabajó el Santo en sus mocedades, debió serle más fácil transferir a *Boschetto* su ciencia del canto llano, como sochantre que era, además, de la parroquia, que enseñarle a hilar una aguja. Con él empezó también al Santo a descifrar el secreto de las teclas, gracias a un desmembrado clavicordio que el honrado menestral tenía en su casa.

Y tras del piano aprendió el violín, sirviéndose de un pobre instrumento caricaturesco que debía finir bien pronto debajo de los zapatonos claveteados de su joven amo, en un momento de alarma y sobresalto por lo que éste más amaba en el mundo, su vocación de Santo.

Digamos, desde ahora, que la cultura musical de Don Bosco nunca pasó de modesta, porque tanto esta habilidad como otros mil conocimientos secundarios que hubo de adquirir, tenían el exclusivo objeto de facilitar, en su día, el cumplimiento de su misión divina, y estaban muy lejos, por consiguiente, no sólo de orientarse hacia ningún género de virtuosismo artístico, pero ni siquiera de ocupar en serio su atención, absorbida por estudios y proyectos trascendentales. Tratóbase, sencillamente, de ir reuniendo el mayor número posible de armas y de medios con que ganar las batallas del Señor.

Pero aunque no era maestro, vióse obligado a tener que actuar muchas veces como tal, y fué un gran formador de maestros, que han dado días de gloria a la Iglesia y al arte, y no pocos han alcanzado renombre envidiable.

Aquellas primeras academias de « bel canto » del Oratorio, sobre cuya puerta campeaba el mandato de la Escritura *non impediatis musicam*, eran, en lo material, una birria, ya que el pobre Don Bosco estaba hecho un retablo doliente de agobios y contrariedades. Una pieza reducidísima que tenía que servir, a la vez, de comedor, o de cocina, o sabe Dios de cuantas cosas más; un pizarrón grotesco, una silla de enea puesta de atril, y un instrumento, que empezó siendo acordeón, adquirido en el rastro por diez

Ah si cantí.

SOPR. e CONTR. Beato Gio. Bosco,
Arm. da A. Ch.

Ah, se can - tíu suon di glu - bi - lo, ah si can - tíu suon d'a - mor, O te - de - li, a na - tois ta - no - ro no - e - stre, U - o Sai - va - ior

liras, y después de penosas y largas metamorfosis, llegó a convertirse en armonium.

El benemérito acordeón transformóse primero en organillo de manubrio, verdadero costal de gatos que importó 35 liras, cuyos rollos religiosos *amenizaban* las funciones de la pequeña capilla Pinardi, y que ésta debía temer más que un terremoto, cuando aquellos fuguillas oratorianos, a mataballo, hacían girar el manubrio. Después ascendió a la categoría de clave, otro armatoste ajustado en 30 liras, viejo, asmático, harto de ejecutar minués.

Nuestro Santo no se apuraba nunca. A pesar de su inmensa ambición de almas, de sus impacencias febriles de apostolado, sabía esperar; poseía, a la perfección, el equilibrio propio de la santidad. No olvidaba que lo mejor es, a veces, enemigo de lo bueno y,

con sabio oportunismo, llegaba indefectiblemente adonde quería, si no de una volada, a saltos, o como fuese.

La pícaro necesidad le obligó, no sólo a pulsar instrumentos, sino también a emborrinar pentagramas.

Enamorado de todo lo que es sencillo y espontáneo, le encantaba la música popular, y más de una vez viéronle, en plena calle, lápiz en ristre, anotando en un carnet de bolsillo las tonadas con que los obreros suelen amenizar su trabajo.

Con una de esas melodías de matiz popular armonizó, en 1842, unos versitos hechos por él, y destinados a celebrar aquel año las fiestas de Noche Buena. Otras veces los versos se los hacía el célebre Silvio Péllico, excelente amigo suyo.

Como entonces aún no tenía casa, sus «biricchini» tuvieron que aprender aquella letrilla en pleno campo.

Su «debut» tuvo lugar en la iglesia de los P. Dominicos, y la «reprise» en el famoso Santuario de la Consolata, donde el mismo Don Bosco les acompañó al órgano.

Aquella ingenua coplita, entonada por voces frescas y alegres, que antes sólo se habían oído en los barrios más infectos de la capital para afrentar la civilidad y las buenas costumbres, conmovió a los turineses y a muchos les hizo llorar.

Tan impresa quedó aquella melodía, que, 44 años más tarde, un aficionado pudo aún reproducirla con notación musical *ad perpetuam memoriam*, y últimamente sirvió de tema a uno de sus hijos para componer



la grandiosa misa con que, en 1929, celebró Turín la beatificación del Padre.

Los que oyeron a aquella obra maestra de la polifonía religiosa del ilustre Paggella, podrán decir

El Cardenal Cagliero, Apóstol de corazón de fuego y genio musical que alegró la infancia de la Congregación Salesiana.

si el primer ensayo musical de nuestro Don Bosco ha tenido, o no, la brillante diadema que merecía, no ciertamente por su valor intrínseco, que como el de otras obras suyas, un Gloria, un Magnificat, unas Letanías, unos Tantum ergo, era muy poco y casi nulo, sino por el espíritu, por el impulso, por ser aquellas sencillas composiciones las primeras larvas de oro de un ideal que, sembrado con profusión, debía producir cosechas espléndidas de sana alegría, de be-



lleza moral, de fervor religioso y de progreso artístico.

De sana alegría, porque música y alegría son inseparables. En las casas salesianas no puede anidar el microbio de la tristeza, ya que todos los días, a horas determinadas, un sonoro aleteo de voces o de instrumentos barre y purifica el ambiente.

De belleza moral, porque la moralidad se beneficia grandemente con la alegría, creadora y fomentadora de optimismos, desmaterializadora de sensaciones, disipadora de esas nieblas oscuras y perniciosas que a veces oprimen las alas del corazón y le invitan a volar a ras del fango.

De fervor religioso. El canto y la religión han ido siempre juntos; la Iglesia nació cantando, en el Portal de Belén, en las catacumbas. ¿Quién podría enumerar las almas ganadas a la religión y a la piedad por la música salesiana y los centenares de escolanías o «scholae cantorum» fundadas en sus iglesias?

Este, este fué el afán primario, contínuo, ardiente de Don Bosco, que sus iglesias se mejasen pequeños cielos, que todas las parroquias tuviesen organistas y cantores, para lo cual ninguno de sus niños dejaba de aprender el canto eclesiástico, que las fies-

tas religiosas del Oratorio (¡oh gran, Cagliariero, cómo te recuerda aún su incomparable Basílica!) se celebrasen con toda la magestad y belleza posibles.

De *progreso artístico*, en fin, porque es natural, esos millares de bandas de música, de orquestas, de orfeones que Don Bosco ha regalado al mundo, tienen forzosamente que estimular la afición, producir inquietud artística, propagar la cultura musical. Esa profusión de fiestas, de academias, de audiciones, de conciertos, organizados por los Colegios Salesianos no puede a menos de hacer vibrar el entusiasmo en su cuerda más noble; esos ejércitos de instrumentistas y de cantantes salidos de la clase obrera que deben a nuestro Santo, además de un arte u oficio, el recurso de la música como medio de ascensión económica, es indiscutible que contribuyen a serenar, con su arte, el ambiente familiar, y a llevar a la sociedad en que viven elementos de amenidad y cultura.



¡Y con qué dulce nostalgia las recuerdan esos hombres aquellas inefables fiestas musicales del Colegio Salesiano!

«Hace más de 25 años — dice el exalumno Don L. Alpino, miembro de la directiva de uno de los primeros teatros de Italia — hace más de 25 años que frecuento los teatros, como «amateur» y como crítico de arte lírico, pero el recuerdo de aquellos tiempos y de aquellos cantos de



La Obra de Don Bosco es extraordinaria y excede las fuerzas humanas : León XIII.

¡Dogliani! — ¿quién no le conoce? Discipulo de Cagliariero, maestro de varias generaciones de músicos, estudio 24 años al lado del Santo, hace 70 que mora en el Oratorio, y ha alcanzado una cándida vejez de 85, con inteligencia ágil y espíritu encantador.

Cuando se pone a referir cosas de Don Bosco, no acaba.



mi niñez pasada con Don Bosco no se borra ni se esfuma, antes bien se renueva con sensaciones *gratísimas*, no superadas ni siquiera por los más grandes acontecimientos artísticos. Y eso que he conocido a Verdi, Puccini, Mascagni, Giordano, Perosi; que con ellos he hablado de arte y de otras cosas... La querida fisonomía de Cagliariero la llevo siempre en el corazón aureolada de cariño y de respeto.

Aquella música ingenua, aquellas sencillas melodías y romanzas que oí y canté en el Colegio Salesiano, no han podido ser ahogadas por las magníficas sonoridades de la ópera, y cada día me inspiran mayor simpatía».

EL SPORT

Don Bosco solía decir: «El niño que no es vivo de carácter, que no es alegre y bullanguero, está enfermo, física o moralmente; las

excepciones son raras. Dadles pues a los niños libertad de correr, gritar y saltar, a *piacimento*; la gimnasia, la música, el teatro infantil, las excursiones al campo son medios eficacísimos para obtener la obediencia y fomentar la salud y la moralidad». ¡Qué sabias lecciones de experiencial



Grupo de alpinistas salesianos adorando a Dios ante la blancura inmaculada de los ventisqueros.

La educación física, no cabe duda que es el específico insustituible para preparar generaciones robustas.

También en esto fué Don Bosco heraldo magnífico de los tiempos modernos, que han venido a caracterizarse por la furia de los deportes, y decimos furia porque este es el vocablo que suele emplearse ahora y porque expresa, además, muy bien lo que estos tienen ya de excesivo y violento.

Adivinó Don Bosco que los ejercicios al aire libre son excelentes derivados de otras actividades malsanas, y deseó ver a sus juventudes como las ven los que frecuentan las sociedades deportivas dignas de este nombre: anchas espaldas, tórax dilatado, color saludable, ojos vivaces y llenos de espíritu de empresa.

Al comienzo de su obras, todas las formas de sport entonces conocidas tomaron carta de naturaleza en el Oratorio; todas, ya se entiende, las que no ofrecían peligro para la moralidad, vigilada por él y defendida más que la niña de sus ojos.

Antes de ordenarse de sacerdote, le vemos a él mismo haciendo de saltimbanqui, y dedicándose, con miras sublimes de apostolado, a juegos de agilidad física. Una vez estabilizada su obra, vémosle organizando en los patios de recreo verdaderos *match* de

carreras y de saltos, corriendo él al frente de sus niños, hasta cuando ya los años ponían en sus pies calzado de plomo y martirizaban sus piernas, cubriéndolas de llagas varicosas.

¡Oh, las clásicas partidas salesianas, a bandera, a carabineros, a papel y trapo, cómo se recuerdan!

Con el progresar de los tiempos, vino la gimnasia escolar, y los colegios salesianos, fieles siempre a su tradición, apresuráronse a adoptarla; vinieron el ciclismo, el foot-ball, etc. y por doquiera viéronse surgir, entre alumnos y exalumnos de Don Bosco, equipos de aficionados y campos de deporte; todo sin olvidar los juegos tradicionales, todo bien reglado y disciplinado, para que lo que ha de ser provechoso no se convierta en dañino.

Don Bosco enseñó también a las juventudes a salir de las ciudades y pasar sus ocios en plena campiña; a ponerse en contacto directo con la naturaleza, fuente inagotable de sinceridad y de fuerza.

Aún hoy, lo que más se les hace apetecer a los niños, en los Colegios de Don Bosco, dentro de su plan de distracciones, son los días llamados de «paseo largo», verdaderos baños de salud y derroches de júbilo.

En setiembre de 1850, dueño ya el Santo de la casa Pinardi, le vemos con todos sus «biricchini» camino de «I Bechis» su país natal. Era una excursión de 35 kilómetros, por caminos de herradura, a través de barrancos y bordeando colinas.

Nada de coches ni cabalgaduras; el cronista tiene buen cuidado de decirnos que iban en el caballo de San Francisco, *pédibus calcántibus*.

Don Bosco marchaba, en medio de sus niños, alegre, animador, enredado en continuas conversaciones llenas de *sprit*, que eran una excelente morfina contra el cansancio muscular.

En aquella tan original caravana llevaban, unos, a la espalda, la guardarropía de los cómicos que debían actuar en los pueblos (¡pobre novedad la del moderno *Carro de Tespis!*) otros cargaban con los instrumentos musicales, indispensables en los pequeños regimientos de Don Bosco, y todos iban provistos de un panecillo y una manzana, para ir mordisqueando durante el camino.

El paseo se hacía por etapas. La primera era Chieri, en la que resonaban aún el nombre y las hazañas de *Boschetto*, el fundador de la Sociedad de la alegría, el debelador de char-

latanes y payasos. Después venían Riva y Buttigliera, que recordaban también su infancia.

En Becchis ya su hermano José esperaba con ansia, después de haber preparado lo necesario para los excursionistas; un gran vaso de lata en el brocal de la fuente, una regular provisión de frutas y de fiambres, y unas apetitosas hogazas de pan moreno, que los rapaces devoraban con hambre de músicos, aunque muchos de ellos no lo eran.

No había allí, es verdad, camas donde pasar la noche, pero ni uno solo de aquellos cientos de niños dormía expuesto al relente. El granero, el establo, el henil, ofrecían a todos cómodas yacijas de fresca y crugiente paja y otras blandas y olorosas hierbas.

Antes de tumbarse, alegraba la murga a los buenos campesinos, cuando no los cómicos en su ventilado escenario, que formaban con carretas trabadas entre sí, y terminada la fiesta, una letrilla a la Virgen, las oraciones rodilla en tierra, y las « buenas noches » de Don Bosco, delante del prado famoso, donde él había visto en sueños su misión divina.

En este plan pasábanse algunos días, allí o en otros pueblos del Piamonte, (que todos por turno los recorrían) propagando la santa obra del Oratorio, criando buena sangre, y haciendo el aprendizaje de la virtud alegre.

EL TEATRO

Cuando en Junio de 1911 y en la Casa Madre de Turín, celebróse el V Congreso de Oratorios Festivos, uno de los concurrentes se levantó proponiendo la abolición absoluta del teatro, por creerlo responsable de tales y cuales peligros de orden moral. La propuesta fué unánimemente rechazada por el buen sentido de los congresistas, que se pronunciaron por *dirigir* al bien, por elevar y ennoblecer, antes que por suprimir y destruir.

Era aquel un eco del buen sentido del Fundador que, 64 años antes, y anticipándose una vez más a su tiempo, había concebido, como un resorte genial para dirigir las almas al bien, el teatro de los niños (*teatrino*).

Su primera aparición en el Oratorio fué curiosísima.

Todos los sabados, por la tarde, sentábase el Santo a confesar a los pequeños, además de hacerlo diariamente por la mañana, pero como sus obligadas peregrinaciones por la ciudad, en busca de amigos y de recursos, le ocupaban tanto tiempo, llegaba a casa, de ordinario, bastante tarde, teniéndose que prolongar las confesiones a veces hasta las once de la noche, y más.

¿Cómo entretener a los niños que ya se habían confesado? porque ninguno se resignaba a ir a dormir sin haberle besado la mano a D. Bosco! (amor es este que tiene algo de incomprensible) El Santo llamó al joven Carlos Tomatis, habló con él unas palabras y el remedio contra el aburrimiento comenzó a aplicarse, aquella noche misma.



La Obra de Don Bosco es la tradición de los monjes, modernizada, para remediar la desorganización de la clase obrera - Sardá y Salvany.

Tomatis reunió a sus compañeros en una habitación, anudó en el dedo índice de cada mano la punta de un pañuelo de bolsillo, de modo que simularan dos cabecitas, cubrióse el cuerpo con una pizarra, e improvisó un diálogo de polichinelas.

Fué aquella la primera impresión crepuscular del teatro salesiano, que debía lanzarse, en seguida, a una carrera loca de evolución y de progreso.

Bien pronto el flamante Maese Pedro de Valdocco se hizo con una cabezota de Cristobita auténtico, y las sabrosas veladas nocturnas adquirieron nuevos relieves de amenidad, centuplicados cuando un gran amigo del Santo Fundador, el Marqués Frassati, regaló a sus « biricchini » un guñol completo, un teatro de fantoques. ¡Gran fiesta!

¿Quién había de decir entonces que aquellos dos pañuelos de bolsillo, que aquellos muñecos de madera, habían de convertirse, andando el tiempo, en miles de escenarios, sabiamente utilizados por los hijos de Don Bosco, como púlpitos, para inculcar a la juventud, de un modo intuitivo y placentero, las verdades de nuestro Credo, escenarios que se levantan ya hasta en las selvas vírgenes, para la evangelización del salvaje?

Porque es este el objeto preciso del teatro infantil salesiano, servir de instrumento para el esparcimiento honesto, para la formación social, para la moralización y la catequesis.

En el Reglamento que escribió Don Bosco se dice expresamente que el teatrillo ha de *divertir, educar e instruir*, en la medida de lo posible, y dentro de la moral más estricta.

No quería el buen Padre que se turbase el alma serena de los niños con obras truculentas y ni siquiera excesivamente dramáticas; aconsejaba que no se estimulase la vanidad de los pequeños actores con refinamientos del *atrezzo* escénico, cuidaba de que nadie osase levantar ni una punta siquiera del velo que cubre y debe cubrir los vicios y perversidades humanas; proscribía de su teatro las frases de doble sentido, las palabras mazorrales, las demostraciones chabacanas y poco cultas.

Los que, aferrados tal vez a viejas rutinas, no admiten este precioso recurso educativo de Don Bosco, porque no han tenido ocasión de ahondar en su verdadero espíritu, ni conocer sus magníficos resultados, recuerden aquellas palabras que una vez hubo de pronunciar el Santo: « Para salvar las almas,

sería yo capaz hasta de quitarme el sombrero delante del diablo ».

Hay que conocer las nutridísimas bibliotecas de Lecturas Dramáticas que han salido y salen de las prensas salesianas, para darse cuenta del alto valor de apostolado que tiene el teatro infantil de Don Bosco, y de la calidad moral de su contenido, que él quería fuese limpio y espontáneo, como agua de manantial.

Hay que leer esa deliciosa obrita escénica salida de su pluma que se titula « *La casa de la fortuna* » y ha venido a ser el exponente de su criterio, de su delicadeza de sentimientos, y de su refinado gusto moral y artístico.

No transigía, repetimos, con que se iniciara a los niños en el conocimiento de los misterios del mal. Invitado en cierta ocasión a presenciar una comedia en un internado aristocrático, mostró su desagrado apenas se dió cuenta del tema de la obra, que trataba de los conflictos sentimentales de un padre, inclinado a preferir a un hijo suyo, fruto de amores incautos, postergando a otro hijo legítimo. El Santo estaba violento y, sin esperar a que terminase el primer acto, entabló con uno de los superiores que tenía al lado, este breve diálogo: — ¿Pero Vdes representan estas cosas? — ¿Por qué no?; sería preciso huir del mundo para ignorar del todo ciertas desgracias. — Bueno, pues que Vdes lo pasen bien. Pero... ¿se marcha Vd? — Precisamente — y levantándose, abandonó el salón.

Con repulsas como esta, con actuaciones personales, con reglamentos y consejos, y con producciones suyas originales, por el estilo de la ya citada « Casa de la fortuna », en las que son admirables la sencillez de la concepción, la naturalidad del diálogo, la gracia y vivacidad de la acción, sin complicaciones metafísicas, sin sobreestructuras inútiles, de modo que hasta los niños de mediocre inteligencia entiendan el argumento y penetren el alto significado moral, Don Bosco venía a decir, prácticamente, a sus Hijos: « He aquí cómo yo entiendo el pequeño teatro; no lo olvidéis ».

Y sus Hijos, dóciles a las enseñanzas del Padre, pusieron manos a la obra, y surgió la legión de los Salesianos comediógrafos, al lado de la de los músicos y de los profesores de cultura física. Sus obras, si tuvieran que ser aquí reseñadas, ocuparían muchas páginas.

Como cariñoso homenaje a los que be-

bieron directamente las enseñanzas del Fundador citaremos a un Bongiovanni, especialista en el manejo del folklore piemontés; a un Guidazio, un Conelli; un Pioton, que en 1887 hizo llorar de alegría al Santo — fué aquella la última representación a que asistió! — viendo reproducida en la escena la figura de su alumno predilecto, el Venerable Domingo Savio; a un Andrés Beltrami, hoy propuesto para el honor de los altares; y para no fatigar más al lector, a un Francesia, el atildado humanista autor de magníficas comedias latinas, y a un Lemoyne, simpática figura de escritor

en América, siendo autor el primero de Romanzas bellísimas, tan celebradas como «Lo Spazza camino» (El Limpiachimeneas) cuya rápida popularidad hizo decir al mismo Verdi que había eclipsado otra Romanza suya del mismo nombre.

Recordaremos también con el más caluroso elogio, las mil y una producciones, así dramáticas como musicales, de exalumnos salesianos que se glorían de seguir fielmente las huellas de sus educadores, y diremos, para terminar, que, de todo este admirable florecer de actividades, encaminadas

→
El escenario de
la Casa-Madre.



←
El "carro de Tespis"
del misionero.

y estilista, que no contento con la formidable empresa de escribir la Vida grande de Don Bosco, próxima ya a completarse por su continuador el P. Ceria, con un número de volúmenes que no bajará de 20, daba a la escena dramas y más dramas, históricos unos, alegóricos otros, y todos tan bien escritos y tan interesantes, que aún hoy se dejan ver y aplaudir con gusto.

No queremos terminar, sin decir algo del teatro lírico, en el que tanto han descollado, por ceñirnos sólo a algunos de los nombres más representativos, Cagliari en Italia, Alcántara en España, Costamagna y Pedrolini

a excitar en las almas el estímulo de la santidad, de toda esta maravillosa profusión de iniciativas y de obras, la gloria recae íntegra sobre Don Bosco, el amable Santo de la juventud, el adivinador de tiempos nuevos, el intrépido, el incansable, el optimista, que supo utilizar todos los medios, aún los que aparentemente eran menos adecuados, para perseguir el mal en todos los terrenos y sembrar el bien, siempre y dondequiera.

A él pues nuestra gratitud eterna, en estos momentos sobre todo en que la humanidad lo aclama de rodillas, en los altares, en un triunfo de luz y de gloria.

MARIA AUXILIADORA, EL SANTO Y LAS OBRAS SALESIANAS

Puede decirse, en cierto modo, que Don Bosco y la Auxiliadora nacieron juntos, pues como recordamos en otro lugar de esta Revista, en 1815 instituyó Pío VII la Fiesta de María Auxiliadora, y aquel mismo año vió la primera luz el que debía ser su Apóstol.

¿Casualidad? Sea, pero sabemos que la divina Providencia no confía las cosas al acaso, y nada nos impide creer que, con esta rara coincidencia, Dios quiso significar que Don Bosco era el hombre destinado a propagar en la tierra la nueva devoción de su Madre y a regentar las obras que Ella deseaba regalar a los hombres.



El célebre cuadro de Lorenzone que el Santo mandó pintar y se venera en el altar mayor de la Basílica.

¡Y con qué filial y heroico entusiasmo correspondió Don Bosco a su mandato! Bien puede decirse que no vivió más que para María Auxiliadora. No pasaba día sin que, bien en las cartas, bien en las estampitas

que solía dar de regalo, escribiese algún piadoso pensamiento sobre su Virgen. Le dedicó libros, le hizo acuñar medallas por millones; «con mucha frecuencia — decía — hemos de mandar hacer medallas de María Auxiliadora, y de ordinario los encargos son de cien mil cada vez».

Publicó y quiso se publicasen siempre, en el Boletín Salesiano, los favores recibidos de esta buena Madre, a fin de aumentar más y más la confianza y gratitud de los fieles, y no hay más que repasar las páginas de alguno de los 17 Boletines que, escritos en otras tantas lenguas, se lanzan a recorrer el mundo, mes a mes, año a año, para darse cuenta de los progresos formidables que esta devoción ha hecho. Antes de Don Bosco nadie la conocía, hoy es tan universal como otra cualquiera.

La primera iglesia digna de este nombre que él levantara, la grandiosa Basílica de Valdocco, construida con un capital inicial de 40 céntimos, y hecha, no con piedras, sino con milagros — al decir del Santo — la quiso él dedicada a María Auxiliadora, a pesar de las dificultades y prevenciones oficiales que se le oponían.

«La Virgen lo quiere — decía Don Bosco — los tiempos que corremos son tan calamitosos, que es urgente la necesidad de que María Auxiliadora nos ayude a conservar y defender la fe cristiana».

¿No te parece, lector, que estas palabras, arrancadas de las frías entrañas de un siglo ya sepulto, conservan aún, para nosotros, una palpación viva y candente, a nosotros, hombres del siglo veinte, que al oírlas nos sentimos presa de indecibles alarmas, y como forzados a caer de rodillas?

Esta Basílica del milagro es hoy el punto de partida de todas las obras y de todas las santas ambiciones salesianas, donde se mantiene siempre vivo el fuego sagrado de un culto efusivo y espléndido, oficiado por 70 sacerdotes, alegrado por los cantos y oraciones de 800 niños, que a su sombra aprenden a ser buenos, y por una célebre capilla musical de más de 300 voces; convertido en meta de continuas peregrinaciones que

movilizan decenas de miles de devotos, especialmente durante las fiestas de la titular, en las que llegan a distribuirse hasta 50.000 comuniones...

De este palacio de la Virgen de Don Bosco han partido ya 3.000 misioneros y otras tantas misioneras Hijas de María Auxiliadora, para llevar el Evangelio civilizador a las regiones más apartadas de la tierra, donde reinan la esclavitud y el embrutecimiento.

Pensad en todo lo que esto es y representa, y pensad que todo lo ha hecho Don Bosco por amor a su Virgen, a María Auxiliadora.

Y Ella ¿qué es lo que ha hecho a su vez por amor a su Siervo Don Bosco? Veámoslo:

Cuando él empezó a dar sus primeros pasos en el Apostolado, eran tales las dificultades, que el espíritu más resuelto se hubiese vuelto atrás. El Santo, seguía su camino con serenidad, y decía a los que le rodeaban: « Estad tranquilos, todo pasará ». Y todo pasó, en efecto, gracias a la mano irresistible de María Auxiliadora.

Según el sacerdote Borel, gran amigo de Don Bosco, éste para muchas cosas era de carácter tímido y encogido, y no obstante de ello se estableció en Turín, completamente solo y desvalido, y fundó sus geniales catequesis y luchó a brazo partido con todo el que quiso poner obstáculos a sus nobles ideales, y llenó de niños su Oratorio, de niños que eran de lo más avieso, de lo más ineducado, de lo peor de la ciudad; los raspas de la calle, los golfillos y vagabundos, tanto que llegaron a preocupar seriamente a las autoridades políticas.

Ahora bien ¿cómo un hombre de carácter tímido pudo hacer todo esto sin contar con alguna fuerza sobrehumana?

Hay más todavía. El, que carecía de los medios de vida más indispensables para sí y para su madre, dedicábase a recoger y mantener niños abandonados. Al principio fueron diez, luego ciento y en seguida mil en la sola ciudad de Turín. No contento con haber multiplicado su Instituto por Italia, Francia, España, Inglaterra, Polonia, surcó los océanos y plantó sus tiendas en los más remotos continentes. « Esto es un fuego de paja — decían los escépticos — y muy pronto se apagará. Don Bosco es un pobre loco que se ha metido en un callejón sin salida ».

Pero el callejón convirtiéndose en carretera real, y el loco se salió con la suya, blan-



El Santo retratado orando ante "su Virgen".

queando hoy sus tiendas nada menos que en 51 naciones.

Todo con el apoyo indefectible de su Auxiliadora.

Las estrecheces económicas de la fundación son a veces dolorosísimas y las deudas van creciendo hasta formar montañas, pero el Santo no se apura « Tengo un banco — dice — que no falla nunca ».

Limosnas imprevistas que a veces corresponden matemáticamente a la necesidad del momento, donativos, milagros, todo lo que sea preciso hará la Virgen para equilibrar las finanzas de su Apóstol.

Así es Ella. Don Bosco pudo decir que, en cuarenta años, no le había faltado jamás el pan a sus niños, y entonces sólo tenía algunos miles de ellos. Ahora que los tiene por centenares de miles, sigue ocurriendo lo mismo.

La prensa perversa, herética, era en aquellos tiempos, dueña del campo y ponía tanta provocación y cinismo en sus propagandas que nadie osaba hacerle frente.

Don Bosco, desconocido como escritor, baja a la arena y se hace periodista, escribe folletos, funda las *Lecturas Católicas*, cuyos opúsculos mensuales hubo de prepararse él personalmente durante los diez primeros años.

Preocupado por limpiar las obras clásicas del veneno que contenían, a fin de que los niños pudieran estudiarlas sin peligro para su alma, funda la «Biblioteca de la juventud italiana» y lanza a la palestra centenares de publicaciones de todo género, historias, geografías, matemáticas, libros de devoción, todas escritas en un solo lenguaje, el del fervor cristiano...

Si es siempre costoso tener que acudir a una imprenta para tales publicaciones, es mucho más costoso montar una imprenta propia, y a los que le ponderaban la imposibilidad de conseguirlo, él les decía: «Ya lo

veréis; tendremos una imprenta, después una grande imprenta, después muchas imprentas».

La previsión se ha confirmado. Hoy las que tiene Don Bosco son 127, que, calculadas solamente a razón de dos máquinas cada una, arrojan un total de 250 máquinas de imprimir, 250 catapultas enfiladas contra las murallas de la inmoralidad y de la irreligión, 250 empresas encargadas de cubrir el mundo de centenares de millones de hojas, portadoras de palabras y de ideas santas.

¿A quién atribuir todo esto, si prescindieramos del poder de María?

Lo habríamos de decir mil veces y siempre nos parecería poco. Todas estas obras gigantescas que hemos enumerado y otras muchas que podríamos enumerar, son imposibles de comprender ni explicar sin La Virgen de Don Bosco. Desde un punto de vista puramente humano, él era un hombre grande, esto hoy nadie lo duda, pero aun siéndolo, no podía acometer él solo empresas tan extraordinarias y conseguir éxitos tan asombrosos.

¿Quién es Don Bosco? — decía, consternado, después del recibimiento apoteósico que se le había hecho en París — ¡Ah, si todos esos Señores supieran quien es Don Bosco, se maravillarían y tal vez hasta se avergonzarían de haberlo distinguido tanto!

Los que en 1825, transitando por la carretera que de Castelnuovo conduce a Buttigliera, se hubiesen fijado, a mano izquierda, en una pequeña colina que allí se levanta, habrían visto sobre ella una miserable casuca, y un prado en la mediación de la colina, donde pastaban dos vacas al cuidado de un zagalillo desgreñado, pobre, ignorante, sin valimientos ni ayuda de nadie... Este, Señores, este es Don Bosco. Ni más, ni menos; un pobre y rudo campesino... y su voz se deshacía en el silencio; un temblor de emoción sacudía ligeramente sus labios y, con la cabeza inclinada para que no se le notaran dos lágrimas que caían por sus mejillas, exclamaba: ¡Oh qué buena es María Auxiliadora!

Restituyamos al cuadro todos los valores reales y toda la brillantez que la profunda humildad del Santo le quitaba y aun así tendríamos que exclamar con él:

¡Qué buena es María Auxiliadora!



Gráfico comparativo de los 17 Bolefines Salesianos, desde su fundación respectiva. Formando una pila doble, con todos los ejemplares salidos de las máquinas, el Italiano alcanzaría hoy 17.000 metros de altura, igual a dos veces la del Himalaya. Este monte aparece en un extremo, y en el otro aparece diminuta la torre Eiffel.

¡Buena Misa la de Don Bosco!

Siempre que miro a Don Bosco y su Obra, me ocurre lo mismo; lo admiro, me emociono y acabo sintiéndome mareado.

Quizás en nada se fatigue tanto el espíritu como en dar con el origen, la razón de ser y la síntesis de lo que le despierta o le excita admiración. ¿Qué es esto? y ¿por qué es? ¡Cómo le hace trabajar, le inquieta y atormenta dar con las respuestas a esas dos preguntas!

¿Qué es Don Bosco?

¡Don Bosco y su Obra!, qué interrogación tan abrumadora para ese gran curioso que se llama el espíritu humano!

Y cuando la mente comienza con afán su oficio de investigación, se ve forzada a pasar por una carrera de obstáculos, con que parece se gozan en impedir su oficio los peregrinos contrastes de que está rebosante la vida y la obra de ese gran hombre: pobreza de portal de Belén en su nacimiento en el establo de *I Becchis* y en tantos comienzos o nacimientos de sus oratorios, escuelas, iglesias y misiones, y abundancias y colmos de medios insospechados para el sostenimiento y la ampliación; burlas, desprecios, calumnias, persecuciones, amenazas, agobios de deudas y de trabajos y, a la par, florecimientos, fecundidades y expansiones inverosímiles...

¿Qué es Don Bosco? ¿por qué, por qué?, se pregunta inquieto, atenzado y fatigado al fin el espíritu...

El mfo, después de cansarse hartas veces buscando las adecuadas respuestas, cree haber llegado a la suspirada síntesis y al misterioso *porqué* de tanta grandeza.

El Sacerdote cabal

Don Bosco es ni más ni menos que un *Sacerdote cabal*, es decir, un Sacerdote del que Dios y las almas sacaron *todo* lo que se puede y se debe esperar de un Sacerdote.

¡Qué descanso produce a mi mente mirar a Don Bosco al través de esa sola palabra: Sacerdote!, en todos sus significados y con todas sus consecuencias.

No sé si lo he dicho o escrito alguna vez,



Celebrando la Santa Misa, una mañana de Enero de 1879, el Santo fué visto elevado en éxtasis.

pero hace mucho que lo vengo pensando y sintiendo: cada vez creo más en el Sacerdote, en el bueno, para quererlo y agradecerlo más, en el malo para temerlo más.

No creo que haya hombre, entre todos los revestidos de poderes y dignidades y prestigios en la tierra, que ejerza en ella más poder que el Sacerdote, para edificación, si es fiel, para destrucción y ruina, si por desgracia no lo es.

Si por institución del divino Fundador del Sacerdocio, es luz y sal del mundo, no le queda opción a serlo o no serlo: o es luz que alumbra y calienta, o es luz que ofusca, ciega, quema y achicharra; o sal que preserva de la corrupción, o sal que inutiliza y esteriliza toda siembra del bien; ¡siempre luz! ¡siempre sal! Porque Jesús lo quiso, lo mandó y lo sostiene.

Ahora, al través de estas dos palabras, miremos a Don Bosco y su Obra, y volvamos a preguntar: ¿Qué es?

Y respondamos: Un hombre y una obra todo luz y todo sal; pero luz, no fría, sino que a la vez que alumbraba inteligencias, calienta, sin quemar, corazones; derrite nieves; ablanda y funde almas de piedra y de hielo; y sal que preserva e inmuniza de corrupciones a las almas inocentes e indefensas, despierta y estimula hambres de inapetentes y hastiadas.

Todo luz y todo sal.

Esa palabra, Sacerdote todo luz y todo sal, ¡qué bien abarca toda la vida y toda la obra, antes y después de muerto, con las incontables y variadísimas actividades de Don Bosco!

Observadlo, perseguidlo con vuestra investigación a cualquier hora, en cualquiera conversación u ocupación... ¿qué dice? ¿qué hace? ¿qué proyecta?... Siempre el mismo oficio y la misma respuesta: un Sacerdote espaciando luz y derramando sal.

Ahí está todo Don Bosco y toda su Obra...

Un Sacerdote! No un pedagogo, un escritor, un organizador, un fundador, un taumaturgo, que también fué Sacerdote: No, no *!Un Sacerdote cabal!*

Y ¿por qué fan grande?

La otra respuesta: ¿que por qué? ¿por qué ese Sacerdote difundió tanta luz y tanta sal?

Aparte de que no conocemos la medida de lo que Dios da y pide a cada uno de sus Sacerdotes y la forma bajo la que cada cual puede y debe ejercer sus oficios sacerdotales, mirando a este Sacerdote, verdaderamente *Sacerdos magnus*, completo mi investigación condensando todos los *porque* de su grandeza en esta sola razón:

Por su Misa.

Aseguro, — y lamento no tener aquí tiempo ni lugar para probarlo, — que el misterio de toda la grandeza del Sacerdote Juan Bosco estuvo en su Misa, esto es, en que, no sólo acertó a celebrar bien su Misa desde el día de su ordenación sacerdotal, sino en que en toda su vida de Sacerdote no hizo otra cosa que celebrar Misa, una Misa que tuvo su

Introito en el de la primera que celebró en la Iglesia de San Francisco de Asís, de Turín, y cuyo *Ite Missa est* fué el último aliento que exhaló y la última bendición que dió en su rinconcito del Oratorio de Turín, el 31 de Enero de 1888.

Si la vida de Don Bosco, como la de su Maestro Jesús, fué esto, una Misa en la que constantemente estaba ofreciéndose, inmolado con su Jesús inmolado, para alabar y agradecer y aplacar e impetrar a Dios, en su Ofertorio, ¡con cuánta verdad podría decir cada mañana: *Suscipiamur a Te, Domine, et sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hodie, ut placeat Tibi, Domine Deus!* Un hombre en perpetuo sacrificio en honor de Dios, una inteligencia vigorosa, un corazón vehemente, unas fuerzas robustas constantemente inmoladas, están en las mejores condiciones para pasar por la tierra siendo sólo luz y sal de Jesús y sombra viva de Jesús, y ¡no titubeo en decirlo! Jesús descaradamente obrando maravillas, en su perpetuo identificado y cosacrificado.

* * *

He visto, pintadas y esculpidas, muchas imágenes del Santo Juan Bosco, ¿cuál me ha gustado más?

Muy bien que se le represente rodeado de niños, de obreros, de indios, ¡de sus redimidos! o de Angeles y nimbos de gloria, ¡sus compañeros eternos!, pero en donde mis ojos y mi corazón y mi alma de Sacerdote se recrean y descansan es en la estatua yacente de Don Bosco de la urna de cristal de su Sepulcro, en la Basílica de María Auxiliadora de Turín...

¿Por qué? ¡Mé dice tanto verlo revestido de los ornamentos sacerdotales en medio de tantos altares! ¡Como si estuviera celebrando Misa en cada uno de ellos! ¡Como respondiendo a Prelados y Príncipes, a Salesianos y Salesianas, a niños, a obreros, a los fieles todos, al inmenso ejército de sus agradecidos, que por ante él pasan y por él preguntan:

¡Es el Sacerdote Don Bosco, diciendo su Misal!

MANUEL GONZALEZ,

Obispo de Málaga.



UN POCO DE ESTADÍSTICA

La Pía Sociedad de San Francisco de Sales nació en el Oratorio de Turín, el 18 de Diciembre de 1854, con 18 profesos. Sus Constituciones fueron aprobadas en 1874.

En 1888, al morir el Fundador, los religiosos eran 1.224 y sus casas, en Europa y América, 62.

Actualmente los religiosos son 10.406, y las casas 693, dependientes de 45 Inspectorías o Provincias canónicas. De estas casas, 127 son Escuelas de Artes y Oficios, y 56 Granjas agrícolas, para la formación de obreros cristianos.

Tienen además a su cargo los Salesianos 47 centros de misiones y 410 iglesias públicas, la mitad de las cuales son parroquias.

La Hijas de María Auxiliadora = Con este nombre recibieron el hábito, de manos de San Juan Bosco, las 15 primeras religiosas, el 5 de Agosto de 1872.

En 1888, al morir el Santo Fundador, las religiosas eran 489 y sus casas 50.

Actualmente las religiosas son 7.768 y las casas 710, con un total de 343.754 alumnas, según la última estadística de 1932.

Cómo están repartidas en el mundo las Casas Salesianas.

		Salesianos Hijos de M. A.		Salesianos Hijos de M. A.			
		Casas	Casas	Casas	Casas		
EUROPA.	1. Italia	174	381	29. Honduras	1	3	
	2. Austria	10	4	30. Méjico	5	11	
	3. Bélgica	11	14	31. Nicaragua	2	3	
	4. Checoeslovaquia	4	0	32. Panamá	1	1	
	5. Francia	25	30	33. Paraguay	6	4	
	6. Alemania	15	4	34. Perú	10	12	
	7. Inglaterra	12	8	35. Estados Unidos	22	9	
	8. Yugoslavia	9	0	36. Uruguay	14	11	
	9. Holanda	1	0	37. Venezuela	7	4	
	10. Polonia	31	6		<i>Total</i>	258	213
	11. Portugal	5	0				
	12. España	50	17	ASIA.	38. China	15	4
	13. Suecia	1	0	39. Japón	9	2	
	14. Suiza	4	3	40. India	34	7	
	15. Turquía Europ.	1	0	41. Palestina	6	3	
	16. Hungría	9	0	42. Siam	8	1	
	17. Albania	0	1	43. Turquía Asiát.	1	0	
	<i>Total</i>	362	469	44. Siria	0	1	
AMERICA.	18. Argentina	76	43	AFRICA.	45. Argelia	4	2
	19. Bolivia	2	1	46. Congo Belga	8	3	
	20. Brasil	53	49	47. Egipto	5	4	
	21. Canadá	1	0	48. Marruecos	1	0	
	22. Chile	17	18	49. Suráfrica	2	0	
	23. Colombia	14	22	50. Túnez	4	3	
	24. Costa Rica	1	6	OCEANIA.	51. Australia	1	0
	25. Cuba	4	3		<i>Total</i>	98	30
	26. El Salvador	5	3				
	27. Ecuador	16	10	TOTAL de fundaciones de la			
	28. Guatemala	1	0	Obra Salesiana			1.430

LA VISITA DEL SANTO A ESPAÑA

Un mes en Barcelona.

Es este un tema tan sugestivo para el Boletín de lengua española, que no debe ser tratado a la ligera, ni ofrecido a nuestros lectores en *comprimidos*.

Mientras preparamos pues el opúsculo en que particularizadamente se describa la memorable visita que nuestro Santo hizo a España, recogiendo, antes de que se pierdan para siempre, testimonios de personas vivientes que, en aquella fausta ocasión, le conocieron y trataron, y documentos acaso interesantes que sabemos axisten dispersos en archivos y familias, ponemos aquí esta breve reseña, que quizás no tendrá otro mérito que el de llenar un vacío que por fuerza habría de parecer inexplicable.

A fines de 1885, Don Bosco recibió, entre varios pliegos certificados procedentes del extranjero, uno de España. Lo abre y se encuentra con un dibujo escolar, una máquina de ferrocarril en la que está escrito *Turin-Barcelona*.

Está visto — diría el buen Padre — esos buenos españoles quieren a todo trance que yo vaya a visitarles. A las cartas apremiantes de cooperadores y personalidades, uníase ahora esta invitación de los pobrecitos niños del colegio de Sarriá que, con el de Utrera, constituya entonces toda la obra salesiana en España.

El grito amoroso de aquellos inocentes que, para conseguir su deseo, estaban haciendo novenas e imponiéndose mortificaciones, fué lo que tal vez acabo de decidirle y, apenas asomó la primavera inmediata de 1886, se puso en camino, a pesar de sus achaques y de sus 70 años cumplidos. Acompañábanle Don Rua y el joven clérigo Carlos Viglietti.

Todo el viaje fué un prolongado y ferviente homenaje popular: Génova, Alassio, Niza, Marsella, Montpellier, Cete, que ya le conocían de otras veces, acogieron su paso con las más delirantes demostraciones.

Y el que el 8 de abril, de 1934 había de ser recibido triunfalmente como Santo en Turín, el 8 de abril de 1886, o sea 48 años antes, era ya recibido triunfalmente como santo en Barcelona.

Porque, entre las impresiones magníficas

que aquel grandioso acontecimiento dejó en el ambiente, ésta debe y merece ser destacada sobre todas, que el pueblo barcelonés hallábase plenamente convencido de que recibía y veía a un santo auténtico, como los de la *Edad Media*, según afirma, en otro lugar de esta Revista, uno de los testigos más calificados, que aún vive, el prestigioso Director de «la Hormiga de Oro», Sr. Viaday Lluch.

Y es en esto en lo que queremos hacer hincapié.

El continuo desplazamiento de grandes muchedumbres, en que veíanse confundidos el aristócrata encopetado con el hombre de ciencia y con la humilde mujercita del pueblo; el ir y venir, un día y otro, de miles de personas, a la distante casa de Sarriá, donde Don Bosco se hospedaba, sólo para verlo y recibir su bendición, ambicionada como una gran fortuna; las exclamaciones colectivas; los testimonios particulares; y sobre todo, los prodigios manifiestos, incontestables, que surgían a la luz del sol, llenando de estupefacción y produciendo fervoroso revuelo, eran señales más que evidentes de que el hombre que pasaba por Barcelona, era, en efecto un gran Santo.

No hay una sola página de la preciosa Crónica que nos dejó escrita el Sr. Viglietti, en que no se destaque el religioso afán de las gentes por acercarse a Don Bosco.

Espiguemos, a vuela pluma:

Día 11 de abril — hoy han venido varios miles de personas.

Día 13 — hoy las visitas han sido numerosísimas; tan sólo de tres a seis de la tarde, han desfilado más de 2.000 personas.

Día 20 — El pobre Don Bosco se halla sin aliento y sin fuerzas, únicamente por tener que dar la bendición a tantísimas gentes como vienen y decirles «¡Dios os bendiga!». El ferrocarril Barcelona-Sarriá ha tenido que aumentar las salidas de trenes, y dicen sus empleados que nunca habían visto tanto movimiento.

Día 29 — Son ya riadas los que acuden, a pesar de que estamos a tres millas de Barcelona. Llegan a Sarriá y, al ver que todo el colegio está ya ocupado, se sientan a lo

largo de la carretera y de las calles, y allí comen y esperan todo el día, hasta que les llega el turno de ver a Don Bosco, y digo de verlo, porque una vez que han conseguido entrar en su habitación, por grupos de 50 o 60, ya no hay quien los arranque de allí. Después de recibida su bendición y la medalla de María Auxiliadora, yo les exhorto a dejar el puesto a otros, y me desgañito gritando — ¿Pero qué hacen Vdes aquí?... — Mirarlo, me responden. ¡Es un santo, es un santo! — y se quedan contemplándolo y llorando, y reciben muchos favores.

Día 30 — Ha tenido lugar la conferencia en Belén. El grandioso templo era un océano

sando en sus autores. Esta tarde se han recogido de 6 a 7 mil.

Y basta. Como se ve, estas anotaciones, más bien que hojas de Crónica, semejan hojas clínicas, en las que, a medida que van progresando los días, va subiendo la curva del entusiasmo popular.

Ultimamente Don Bosco tenía que subir a una de las galerías del nuevo edificio y desde allí daba su bendición al pueblo apiñado en el patio, que la recibía de rodillas y vitoreando al buen Padre. Era un espectáculo imponente. Muchos sollozaban.

Bastarían estas escenas de emoción colectiva, verdaderamente inexplicable, para juz-



de cabezas y, si hubiese sido tres o cuatro veces mayor, se habría llenado lo mismo, tanta era la gente que había quedado fuera... calculo que habría unas 15.000 personas. Don Bosco asegura que jamás, ni en Italia, ni en Francia, ni en la misma París, ha visto nada semejante.

Día 2 de mayo — La muchedumbre ha sido hoy imponente. Desde las 4 de la madrugada hasta las 8 de la noche, patios, corredores y habitaciones han estado siempre llenos, de bote en bote, Don Bosco no sabía esta mañana cómo salir de la iglesia.

Día 3 — Hemos tenido que poner p.i gos en la portería para que firmen los que no pueden lograr ver a Don Bosco, el cual ha hecho saber que bendecirá las firmas, pen-

gar de lo que sentía el pueblo con respecto a Don Bosco, pero citaremos, además, algún que otro testimonio de particulares.

Cuando el día 1 de mayo fué a decir misa en la parroquia de Belén, atestada de público como el día anterior, en que tuvo lugar la célebre conferencia, el párroco se adelantó a la balaustrada con ánimo de hablar a la muchedumbre, pero vencido por la emoción del momento, sólo pudo exclamar, a grandes voces, y llorando: ¡Hijos míos, tenemos entre nosotros a un santo!

Decir esto y abalanzarse el público al presbiterio, poseído de un verdadero furor religioso, fué un abrir y cerrar de ojos. Brazos robustos tuvieron que defender al humilde anciano.

Lo empujaban, lo arañaban, lo levantaban en vilo — dice el cronista — pero él seguía tan tranquilo; esos entusiasmos populares más bien le hacen reír y a veces dice, con su habitual buen humor: « me hacen daño, pero esto no importa; el pedazo más gordo no se lo llevan, está bien agarrado ».

Había ya visitado personalmente en su casa a algunos de los principales cooperadores de Barcelona — ¡cuántos, en España, envidiarán ahora la suerte de aquellos buenos catalanes! — al Sr. Obispo, Padres Jesuitas, Religiosas del Sgdo Corazón, familia Pascual, familia López, la incomparable Dña Dorotea, hoy Sierva de Dios, de quien dice Viglietti, lleno de admiración: *¡Quella signora Dorotea é davvero una mamma!*; y hacía muchos días que estaba invitado a comer en casa de la patriarcal y salesianísima familia Martí Codolar, que le tenía preparado a nuestro Padre un agasajo propio de reyes.

Fué a su villa, entonces la más famosa de Barcelona, el día 3 de mayo, y no es pertinente a nuestro argumento describir las fiestas, las alegrías y los extremos de afecto con que fué allí recibido por toda la casa y su gran número de invitados.

Los dueños, Don Luis y Dña Consuelo, obtuvieron del amable invitado una entrevista privada. Fué larga, y sólo Dios sabe lo que hablarían entre ellos; lo cierto es que ambos salieron con los ojos hinchados de llorar y que, abstraídos en ideas trascendentales, iban repitiendo: *¡Es un santo, es un santo!*

Aquella tarde se hizo un grupo en el jardín, la magnífica y tan conocida fotografía que aquí reproducimos una vez más. Por rara coincidencia vense reunidos en este grupo un santo y dos siervos de Dios, Miguel Rua y Dorotea de Chopitea, probables santos de un mañana que deseamos no muy remoto.

Al lado de Don Bosco sentóse un distinguido huésped de la familia, un abad mitrado de la Trapa.

Apenas tirada la placa, que ha tenido el privilegio de dar varias veces la vuelta al mundo, el virtuoso abad habló a los presentes, ponderando, con conmovedora elocuencia, quién era Don Bosco y, en seguida, se le vió caer de rodillas a sus pies para pedir su bendición, no sin haberse antes despojado de su anillo y de su cruz pastoral, mientras decía estas palabras: « Ante este varón de Dios no hay autoridad que valga! ».

Todos estos testimonios podrían bastar para dejar bien confirmada la opinión que allí se tenía de Don Bosco, pero Dios quiso hacerla resplandecer más y más por medio de la que podríamos llamar prueba específica de la santidad, el milagro.

Fueron muchos, en efecto, los que obró en Barcelona.

Un día era una niña, con todo el lado izquierdo paralizado, a la cual hace moverse y juntar las manos, sólo con hacerle decir: « María, curadme ».

Otro día ocurre lo propio con un niño que, desde su primera infancia, no había podido mover un brazo.

Ahora es una endemoniada que espera la curación del Santo, al pie de la escalera del Colegio, retorciéndose y echando espumarajos, y luego se marcha a su casa tranquila, besando la medalla de María Auxiliadora.

Ahora es la pobre mujer llamada Rosa Tarragona que, recibida la bendición, en medio de otras 40 personas, se pone a gritar como loca al sentirse instantáneamente libre de un mal declarado incurable...

El día 14 de abril recibe Don Bosco una carta de Marsella, en la que se le anuncia que el 3 del mismo mes, Dña Elisa Blanch, enferma de enagenación mental, habíase curado al recibir la bendición del Santo, cuando pasaba de viaje para España.

El 20 recibe un telegrama de París concebido en estos términos: *Vicomtesse de Cèssac très malade - Vicomte de Cèssac.*

Tratábase de dos buenos cooperadores, y el Santo oró en el acto por la enferma, no sin encargar a Don Rua que contestase por carta. Pero antes de que ésta fué entregada al correo, recibíase este nuevo telegrama de la capital de Francia: *Hier, instantanément dans la soirée j'ai été guérie, je mange et je bois. Merci pour vos prières. - Vicomtesse de Cèssac.*

Averiguóse luego que el momento de la curación había coincidido con el de la oración del Santo.

El día siguiente va Don Bosco al convento de Religiosas de Loreto y la comunidad en pleno le recibe, presentándole a una monjita que antes no podía andar ni moverse y, que el día anterior habíase curado, aplicando en las piernas una medalla de María Auxiliadora. « Delante de nosotros — dice el cronista — se puso la monja a correr y saltar, llena de alegría.

Y referidos nuevos hechos semejantes, se cree el cronista en el deber de disculparse por haber omitido otros: «Son muchas las maravillas que presenciamos todos los días y las que nos vienen a referir, pero, en medio de tanta confusión de cosas, no es posible llevar cuenta de todo».

Terminaremos con un curioso episodio también de marcado sabor milagroso:

Presentóse en el colegio de Sarriá un sacerdote, pidiendo ver a Don Bosco. Una vez en su presencia, expresó en estos términos: «Vea, Padre, esta noche morirá el párroco de Santa María del Pino; ya está en las últi-

No era aquél el único aspirante a la pingüe parroquia, pues otros habían ya también echado sus cuentas contando con la inmediata muerte del titular, pero María Auxiliadora escuchó la oración de su Siervo y dejó burlados aquellos planes. Con gran asombro de todos, el cáncer que padecía el enfermo detuvo su terrible actividad apenas se sintió tocado por la medalla bendita, y comenzó la mejoría.

Después de todo lo expuesto, se nos ocurre aún una pregunta, con la que ponemos punto final.

¿A ese fervor admirativo de que rodeó a

LOS PRIMEROS CONSTRUCTORES DE LA OBRA SALESIANA EN ESPAÑA



Don Felipe Rinaldi.



Don Juan Branda.



Don Juan Cagliero.

mas. La parroquia que va a quedar vacante es por muchos conceptos, la mejor de Barcelona y yo quisiera una bendición especial de Vd. que me asegure el éxito en el concurso que se habrá de celebrar.

El Santo fijó en él sus dulces ojos y le dijo: — No niego lo que Vd me manifiesta, pero es el caso que yo he rogado por ese párroco, que me consta es un excelente sacerdote, de esos que tanta falta hacen hoy en la Iglesia de Dios; tan es así que hace poco le he hecho llevar una medalla de María Auxiliadora. Vd. lo que debe hacer es unir sus oraciones a las mías, para obtener que, tanto en Vd. como en el enfermo, se cumpla la voluntad de Dios.

Don Bosco la fina sensibilidad barcelonesa, cómo correspondió nuestro Santo, a parte de los favores sin cuento que le hemos visto derramar?

Barcelona era, como ahora, ciudad monumental por excelencia, de variada y señorial arquitectura, sembrada toda ella de maravillas de arte, que entonces hervía ya en preparativos para aquella su primera exposición universal con que reveló al mundo su potencialidad y grandeza.

En nada de esto, sin embargo, se fijó Don Bosco, ya que los santos no visitan las ciudades con ojos de turista o de sabio, pero sí le pasó desapercibida la arquitectura de los palacios, dióse perfecta cuenta de la más

sutil y constructiva arquitectura de las almas y, pública y privadamente, no se cansaba el buen Padre de ponderar la ejemplar religiosidad de aquel pueblo y su espíritu caritativo.

Sentíase santamente orgulloso de ostentár en su pecho un medallón de oro con la efigie de San Jorge, patrono de Cataluña, y, al serle impuesto solemnemente por el presidente de la Sociedad Católica, ante dos mil señores reunidos en su nueva sede social, exclamaba con el más efusivo agradecimiento: « ¡Bendita y feliz Barcelona! yo hablaré en Italia de tí y de tus virtudes ¡feliz Barcelona que vives tan aferrada a la religión de tus mayores! ».

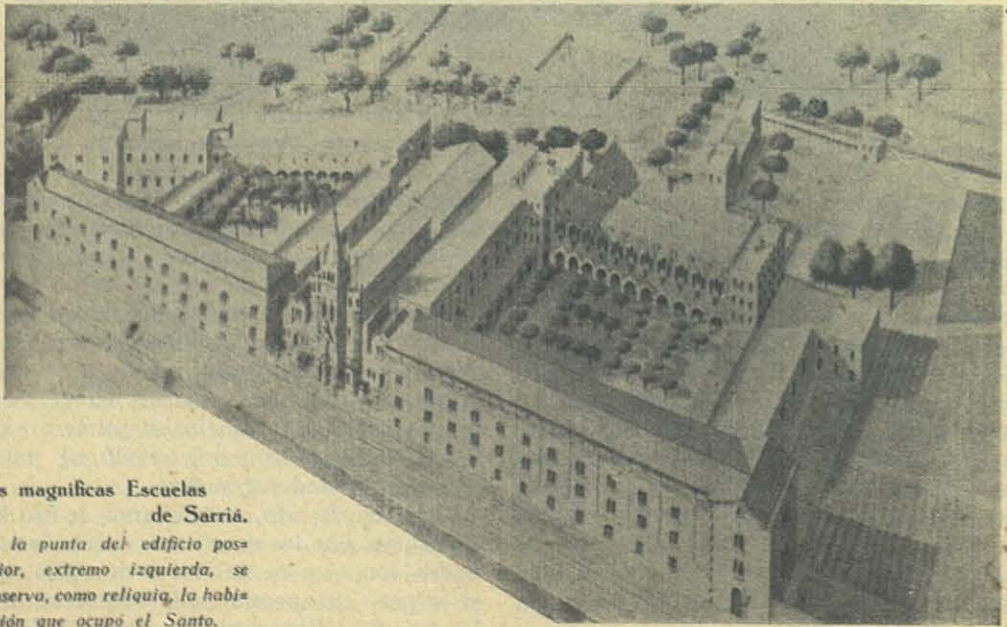
Y antes de que, el 7 de mayo, traspusiese los Pirineos, presintiendo acaso que bien pronto volaría a la patria del cielo, quiso, a semejanza de Elías, dejar una prenda de amor en que estuviesen como encarnados su espíritu y su virtud milagrosa; para España, en general, las dos fundaciones salesianas de Utrera y Sarriá, tan prolíficas, que se han convertido en 50, y otra especial para Barcelona, el templo del Tibidabo, objeto de una profecía que hoy está próxima a su feliz y total realización — no podía faltarle a Don Bosco esta otra característica de la santidad — y nos recuerda otra profecía hecha también por él, cuyo cumplimiento terrible

nos ha tocado a nosotros presenciar con inmensa tristeza.

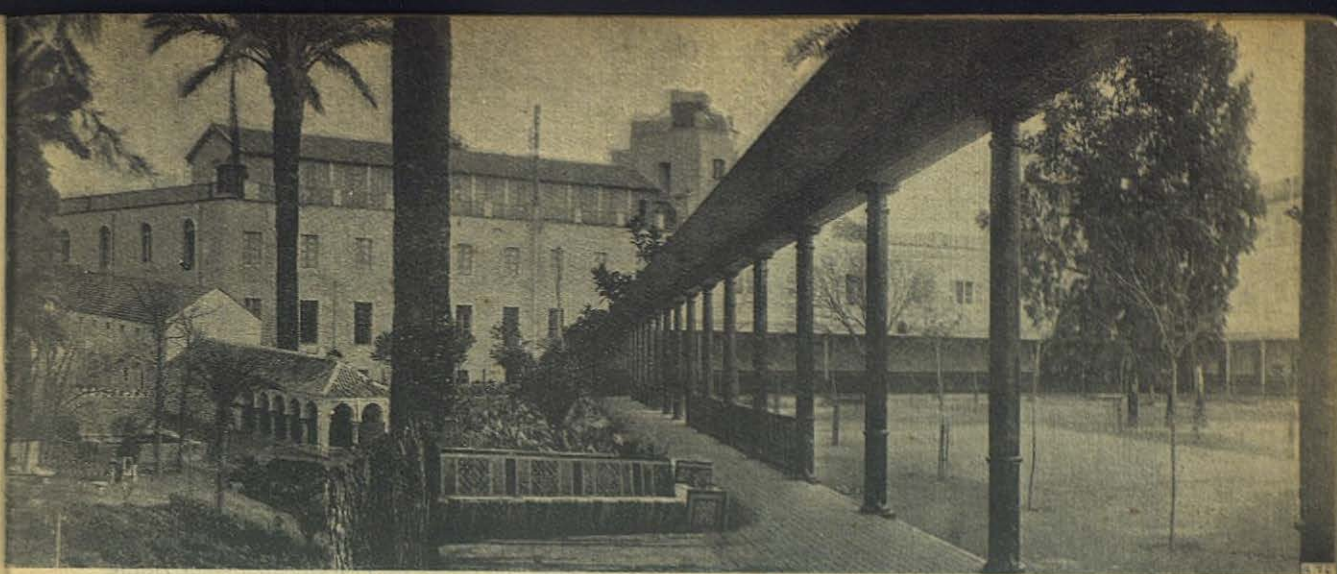
En la solemnidad recién aludida de la Sociedad Católica, dijo el Santo, entre otras cosas: « Hemos limpiado las calles de niños vagabundos, que si siguen encontrando apoyo en vuestra caridad, salvarán vuestra fortuna, con los ojos puestos en Dios; de lo contrario os la exigirán, algún día, *con la pistola en la mano* ».

¿Qué tal? — Entonces no se conocía aún la plaga horrenda del pistolerismo, y nadie pensaba en ella, pero comenzaba a manifestarse de un modo alarmante, la llaga del materialismo, y los ojos del Santo de Turín la vieron seguramente desnuda y sangrante, tal como era. ¿Qué ha sucedido? que debilitada, poco a poco, aquella caridad inculcada por Don Bosco, ha venido de un modo fatal el cumplimiento de la profecía, y ahora miles de niños, vagabundos, que el sacerdote no pudo atraer a su esfera de acción, porque no fué comprendido y ayudado en la proporción que hacía falta, *exijen la fortuna del rico, con la pistola en la mano*.

¡Tremenda lección! — Pero si el dedo profético de San Juan Bosco está aún señalando el castigo, señalando está también el remedio, lo señalará hoy y siempre; el único eficaz e infalible remedio: *¡La caridad cristiana, tal como él la sintió y practicó!*



Las magníficas Escuelas de Sarriá. En la punta del edificio posterior, extremo izquierda, se conserva, como reliquia, la habitación que ocupó el Santo.



El Colegio de Utrera. La primera fundación que San Juan Bosco hizo en España (1881). Aunque la lente que impresionó esta placa debía adolecer de alguna anomalía extraña, los que conocen bien dicho Colegio — ¡y son tantos! — exclamarán en seguida: ¡es él!

RECORDANDO.....

Refiere una piadosa tradición que, en épocas difíciles y calamitosas de aniquilamiento y de poca fe, desciende sobre Barcelona su Hija y Protomártir santa Eulalia, colmada el halda de celestiales flores, y vaciándola sobre su anchuroso llano, besado suavemente por el mar y copiosamente regado con la sangre de los mártires de la fe y de los mártires del patriotismo, lo deja vistosamente sembrado de flores de virtud, de morigera-

on gratitudine tomma
San. Gio. Bosco

La firma que puso el Santo en el álbum de Visitantes ilustres de la iglesia de Ntra Sra de la Merced, Patrona de Barcelona.

ción, de sacrificio, de caridad, de buenas obras, con las que reverdece su fama de religiosa y de bienhechora, temporalmente descaecida.

Uno de estos últimos descendos o apariciones de la Santa barcelonesa debió de efectuarse allá por el año de 1886, cuando holló con sus venerables plantas nuestro suelo el santo Fundador de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales y del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, Don Juan Bosco, cuyos «angélicos obradores», como los llamó nuestro poeta Jacinto Verdaguer, viven en perpetua y bella floración, orgullo de la ciudad que los ve en su seno.

Espectáculo como el de aquellos días, que

podemos llamar de entusiasmo y de locura salesianos, no lo hemos presenciado más, ni lo había visto Barcelona desde la Edad Media, durante las predicaciones del apóstol valenciano San Vicente Ferrer. Las gentes se aglomeraban a su paso, se arracimaban en los locales a que concurría, y se tumultuaban para tocar su hábito, llamándole ya *el Santo*, como anticipándose a los decretos pontificios que habían de elevarlo después al honor de los altares.

Yo, que conocí personalmente al santo Fundador, que fui una gota en la corriente impetuosa que por doquiera le seguía, y que lloré su muerte como llora un hijo la de un padre, hoy, al verle en los altares, canonizado, quiero tomar parte en la glorificación inefable del Padre de los Salesianos, haciendo esta afirmación: que Barcelona no podrá nunca olvidar los beneficios que de San Juan Bosco tiene recibidos, entre ellos especialmente los dos siguientes: el de haber despoblado sus vías de muchachuelos mal criados y libertinos que eran desdoro de la ciudad, dándoles oficio e instrucción en sus Talleres, y el de haber coronado el más elevado de sus montes circunvecinos, el Tibidabo, con un templo al Sagrado Corazón de Jesús, el mejor Faro contra los embates turbulentos del socialismo que nos amenaza.

¡Bienaventurado San Juan Bosco, ruega por nosotros!

LUIS CARLOS VIADA y LLUCH,
 Académico de Buenas Letras,
 Director de La Horniga de Oro.



¿Mi opinión sobre Don Bosco?

Es muy sencilla. Creo que no hay en todo el siglo XIX un hombre tan grande como él.

¿Buscamos cultura? El es tan culto y erudito que ha escrito una de las mejores Historias de Italia.

¿Caridad? Don Bosco es todo amor; amor a los niños, a los hombres; amor a los caídos y a los no caídos; amor al prójimo, tan profundo, tan acendrado, que no descansa un instante su pensamiento caritativo, y el trabajo de todas las horas de su vida es una pura ebullición amorosa.

¿Actividad? Es asombrosa. No para, no reposa, no vive. Cuando no opera en el exterior de sus obras, trabaja intensamente en su corazón, meditando, interrogando siempre a su alma y a Dios, para ser siempre suyo, siempre del Corazón de Jesús, y de María Auxiliadora.

¿Fecundidad? No creo que hombre alguno haya existido en nuestro tiempo, fundador de una obra tan extensa, tan útil, tan humana, como las escuelas y talleres del incomparable sacerdote y maestro. Ni que fundada la obra haya tenido la asistencia constante de su actividad y sus desvelos, en los términos en que Don Bosco trabajó sus fundaciones.

¿Pureza, conducta, santidad? Su vida es immaculada; su conducta de absoluta, indiscutible y perfecta adhesión a la Santa Sede, y su santidad tan grande, tan taumatúrgica, tan sobrenatural, que es muy difícil encontrarle parecido.

Por todas estas cosas creo que es Don Bosco una de las rosas más bellas del rosal de la Iglesia.

Por todas estas cosas también le tengo yo, al formidable fundador, admiración, que pasa los límites terrenos, y devoción calurosa.

¡Santo admirable, pídete al Señor por mí y por mis Escuelas!

Huelva.

M. SIUROT.

Las tres grandes iglesias que edificó el Santo. La *Basilica de M. A., Turín.* La *Iglesia de San Juan Evangelista, Turín.* La *Basilica del Sgo. Corazón, Roma.*



D. Bosco y la cuestión romana

Coloca los primeros hitos en el camino que felizmente ha conducido a la "Conciliación"

Hay cosas en la vida de Don Bosco que, a primera vista, se dirían contradictorias.

Tal ocurre cuando se le considera en relación con la política de su tiempo. A buen seguro que no había en todo el Piamonte, un hombre más herméticamente apolítico que él.

Y no obstante, le vemos metido a veces en cuestiones delicadas que afectaban a la entraña de su nación, y estaban sólidamente trabadas con la política.

Don Bosco comprendió, con claridad meridiana, que si quería hacer algún bien a las almas, tenía que evitar los climas políticos, y así hubo de manifestárselo, en 1848, a Mons. Bonomelli, el célebre obispo de Cremona: «Cuido mucho de no mezclarme en la política y, gracias a esto, he podido hacer alguna cosa sin mayores dificultades, y antes bien, hallando protecciones donde menos me lo podía esperar» (BONOMELLI, *Questioni religiose, morali e sociali del giorno*).

Esta norma de conducta era fruto de su experiencia, y no hay por que comentarla.

Ello no era obstáculo, sin embargo, para que, cuando se hallaba en peligro la salud de las almas, arrostrase, si era preciso, las situaciones más arriscadas y las arrostrase con gallardía, inspirándose en la que él definía: «política del Padrenuestro», política de las almas.

Entonces «el objeto material», que dirían los escolásticos, era, si se quiere, la política, pero «el objeto formal» era la extensión del Reino de Dios. Y lo asombroso de su vida es cabalmente esto, que el hombre que, por determinación expresa de su voluntad, vivía alejado de la política, cuando se ofrecía ocasión de hacer el bien en grande escala, mostraba tener de la situación de su patria una visión tan certera y tan nítida, que se imponía a la admiración general. Don Bosco tenía la rara habilidad de saber aislar las cuestiones religiosas, separándolas de la ganga infecta de los partidos.

A nadie segundo en el más fervoroso acatamiento a la *Potestad de las llaves*, dióse cuenta, sin embargo, inmediatamente, de que el movimiento iniciado para conseguir la unidad de Italia, con Roma por capital, lle-

garía a hacerse incontenible, y en este punto no cuidaba de recatar su pesimismo.

Vaya un ejemplo, entre mil. El marqués de Scarampi había sido portador de una carta suya a Pío IX. El Papa, después de recorrer sus líneas, exclamó: «¡Qué cosas me escribe Don Bosco! No esperaba yo una carta como ésta».

Refirióle el aristócrata a Don Bosco el resultado de la misiva y, picado por la curiosidad, deseó saber qué es lo que había en aquella carta. «He escrito al Papa — díjole el Santo — que no se fíe de engañosas apariencias de paz y se prepare a hacer el sacrificio de su amada Roma, pues está destinada a ser presa de la revolución».

En medio de la niebla de confusionismos que nublaba el cerebro de muchos buenos servidores de la Iglesia, él veía claro y tenía, además, el valor y la franqueza de decirlo.

Los Santos son así. No entienden de eufemismos ni de cobardías; y hacen resonar la verdad tal como la sienten.

La marcha sobre Roma era en efecto cosa decidida, pero en tanto que Víctor Manuel, coincidiendo con Cavour, quería una Italia única, con Roma por capital, pero sin vejar y hostilizar demasiado al catolicismo, una gran corriente de opinión, impulsada por la masonería, anhelaba diabólicamente ver mezcladas con las ruinas del poder temporal las del espiritual, y si fuera posible la extinción misma del Papado.

Don Bosco vigilaba, desde un plano muy superior al de la política, todos esos zigzagueos viscosos de las sectas. En 1865 había en la península nada menos que 108 obispados vacantes, y el Santo creyó oportuno escribir al Papa, para hablarle de este grave asunto, y proponerle un cambio de negociaciones con el Gobierno.

Conmovieron no poco al anciano Pontífice las reflexiones que le hacía Don Bosco, llenas de una tierna preocupación por las almas, y conforme con su punto de vista, envió una carta al palacio Pitti de Florencia, sede entonces de la corte del rey Víctor Manuel II. Este, como si se le hubiese quitado un gran peso de encima, exclamó, al recibirla: «Fi-

nalmente! hace ya siete meses que esperaba esta carta del Papa ».

Las negociaciones entabláronse, sin dilación, pero naufragaron bien pronto entre las intrigas de los corsarios de la pluma y los tumultos del Parlamento. El horizonte se ennegrecía de un modo alarmante y los hombres de gobierno oponíanse a todo arreglo



El Conde Camilo de Cavour, director de la revolución italiana, que mantuvo siempre relaciones cordiales con el Santo.

que no empezase por el reconocimiento formal del nuevo reino, por parte del Papa.

En esto sobrevino la guerra con Austria y, una vez terminada, Pío IX hizo llamar de nuevo a Don Bosco, a quien gustaba de consultar en las situaciones más intrincadas. El humilde sacerdote fué a Roma y apenas llegado, dióse cuenta de lo difícil que era navegar en aquellas aguas. El cardenal Antonelli había roto por completo con el Gobierno, muchos de los miembros del Colegio Cardenalicio querían que las autoridades italianas dejaran a la prudencia del Papa el asunto de las sedes vacantes, y Pío IX fluctuaba, sin saber qué partido tomar.

Fué entonces, cuando, interrogando a Don Bosco, dióse éste la tan conocida respuesta: « Santidad, mi política es la política del Padre nuestro » y la explicó de este modo: Hay que colocarse netamente en el terreno del *Adveniat regnum tuum*; esto es, no hay que hacer mención ninguna de cuánto ni remotamente siquiera huele a política, pues de lo contrario, los de la acera de en frente se negarán a toda concesión.

En la provisión de sedes vacantes no se hable de provincias piamontesas ni lombardo-venetas, ni de los estados anexionados. Ninguna distinción. Que el Gobierno de Italia proponga, para obispos, a los eclesiásticos que le sean gratos y la Santa Sede proponga también los suyos. Cotejadas ambas candidaturas, el Papa podrá elegir, en el acto, sin

el menor obstáculo, a los que cuenten a la vez con su beneplácito y el del Gobierno.

Esta solución agradó al Papa y nuestro Santo tuvo que aceptar nuevamente el papel de amigable componedor. Durante algunos días, se le vió ir y venir, de Antonelli al Papa, de éste a Tonello que era el apoderado del ministro y de Tonello al Vaticano, saliendo al fin airoosamente de su difícil empeño.

El hombre que había adoptado por divisa el *Da mihi ánimas*, veía las cuestiones religiosas con singular nitidez, a pesar de la atmósfera caliginosa en que la política procuraba envolverlas, y en los Consistorios del 23 y 27 de Mayo de 1867, quedaron nombrados 34 nuevos obispos.

A pesar de que la anexión de Roma, con todas sus consecuencias morales, políticas, jurídicas, vino a complicar aún más la cuestión de las sedes vacantes, una nueva intervención de Don Bosco, cerca de las dos potestades, civil y eclesiástica, dió por resultado, en 1871, el nombramiento de otros 40 obispos.

En 1874 lo hallamos empeñado en negociaciones de mayor envergadura, con Vigliani, Guardasellos del ministerio Minghetti, obteniendo que quedara sin efecto la supresión de 6 casas generalicias de otras tantas Ordenes Religiosas, y de 3 grandes conventos de monjas, y si en esta ocasión no se hubiese cruzado en su camino el temible Bismarck, que quería encender las llamas del Kulturkampf más allá de las fronteras del Imperio Germánico, la estela que Don Bosco hubiese dejado en el camino de la Conciliación, habría sido acaso más profunda y más extensa, pese a los ataques virulentos que le venían, tanto de la izquierda como de la derecha, pero que a él le tenían sin cuidado.

El *da mihi ánimas* era el guión luminoso que dirigía sus pasos y le hacía pasar sobrenaturalmente por las ciénagas de la política mundana, sin mancharse lo más mínimo. Había intuído de un modo admirable que la Unidad Italiana llegaría a ser un hecho consumado, de larga duración, contra lo que opinaban los más, ilusionándose con que el Papa, después de un breve alejamiento, volvería a Roma, como ocurrió cuando lo de Gaeta.

Casi todos los duques y príncipes desposeídos por la revolución habíanse refugiado en Roma. La nobleza del ex-reino de Nápoles, especialmente, que había seguido a su monarca en la expatriación, contribuyó no poco a

crear, en la ciudad eterna, una fuerte corriente legitimista, propicia a la creencia de una próxima restauración del reino de las dos Sicilias.

Don Bosco no compartía semejantes optimismos, y consecuente siempre con su carácter franco y abierto, dijo a algunos príncipes que le consultaron, que no volverían a sus Estados; que el paso que había dado la revolución era definitivo y no haría marcha atrás; que en la historia de Italia se estaba abriendo una nueva época.

Después de la Brecha de la Puerta Pia, el acongojado Pío IX volvió nuevamente los ojos a Don Bosco. Estaba perplejo, no sabía que orientaciones tomar, una vez derribado el árbol añoso del principado civil de los Papas.

Muchos le instaban a que estableciera su Sede fuera de Roma, pero él no quería resolver, sin oír antes a su gran amigo, el Santo de Turín. « Esperemos — decía — a ver lo que dice Don Bosco ». Este consultó detenidamente con Dios Nuestro Señor y sirviéndose de persona de su confianza, hizo llegar al Papa la siguiente misiva, de un fuerte sabor bíblico: « El Centinela, el Angel de Israel debe permanecer firme en su puesto, para guardar la Roca de Dios y el Arca Santa ».

El Papa no salió de Roma, pero ocho años más tarde, al morir Pío IX, resurgía entre los cardenales la misma veleidad; 22 de ellos, en la Congregación General Preparatoria del Conclave que debía elegir a León XIII, expresaron su opinión de que éste debía celebrarse fuera de Italia. No faltaba razón a los dignísimos purpurados, desde el punto de vista puramente humano, pero habría sido una nueva desgracia para la Iglesia, y Don Bosco dispúsose también a intervenir, deseoso de evitarla; hízose una vez más diplomático el Santo que abominaba de la diplomacia, y en esta ocasión utilizó con excelente resultado la buena amistad que mantenía con Crispi, desde los tiempos aquellos en que el célebre estadista, para evitar la pena capital fulminada contra él en Sicilia como revolucionario, había refugiado en la corte de Turín y acogido algunas veces a la caridad del humilde Apóstol de Valdocco.

La marea de los acontecimientos encargóse también de facilitar la solución que Don Bosco venía propugnando, pues las Nunciaturas de Madrid, Viena y París hicieron saber, por telégrafo, que sus respectivas Cancillerías

deseaban que el Conclave tuviese lugar en Roma, asegurando que el Gobierno de Italia garantizaba la libertad del mismo. Así se lo había prometido también Crispi a Don Bosco y así ocurrió, en efecto.

Si, a raíz de la caída del poder temporal, el Papa hubiese abandonado a Roma, si el Sacro Colegio hubiese llevado el Conclave fuera de Italia, sólo Dios sabe el cariz que habrían tomado los acontecimientos; en vez de haberse laborado por la conciliación, se habría abierto un periodo de lucha terriblemente enconada.

Hemos visto, por el contrario, como en poco más de cincuenta años, la obra de la conciliación ha triunfado, y, como cada Pontífice ha venido a poner en ella su piedra.

Ya León XIII, inmediatamente después de su nombramiento, quiso bendecir al pueblo desde el balcón exterior de la plaza de San Pedro, y si no lo hizo fué por naturales reparos de prudencia, ya que las heridas recibidas por la Iglesia eran aún demasiado sensibles. Muerto él, se dió un paso más con la abolición del *Non expedit*; Benedicto XV, en su Encíclica *De pacis reconciliatione christiana*, levantó el veto que pesaba sobre los príncipes católicos de ir a Roma a visitar a los soberanos de Italia.

Finalmente, Pío XI y Benito Mussolini, con el Pacto de Letrán, han liquidado feliz y definitivamente la lucha entre la Iglesia y el Estado que, por muchos años, se había considerado por todos como insanable.

La acción y los métodos ejercitados por Don Bosco, en momentos en que la pasión partidista privaba a los espíritus del juicio sereno que ahora ha prevalecido, son prueba concluyente de que la política inspirada en el bien de las almas, « la política del Padre-nuestro » es siempre la más eficaz de todas.



La firma de "El Pacto de Letrán".

Don Bosco sonríe.

El Santo de la pobreza emprendedora, que con su fe trasporta unas veces, y allana otras, las cordilleras de dificultades; el Santo del optimismo providencialista y del milagro constante, guarda el secreto de un superior encanto, para atar con alegría las voluntades al servicio del Señor. Un corazón generosamente abierto y el dulce imán de su sonrisa, eran toda su pedagogía; por eso mereció ser el Santo de la pobreza juvenil, cantera de alegrías y tesoro de esperanzas.

 Bendita sonrisa la de Don Bosco, rayo de luz celestial que perfora las nubes de nuestro siglo, empachado de ciencia vana y empenachado de insondables melancolías!

Todo en su Obra es familiar y acogedor. Sus casas, ruidosos enjambres de muchachos, que juegan o trabajan, cuando no hacen de sus tareas un juego más; llenas de albañiles, ocupados siempre en ampliar locales; de m sicas y... de deudas, que nunca acaban. Sus hijos humildes y simpáticos; sencillos hasta cuando llevan las borlas de doctor, o la Cruz pectoral, o la púrpura cardenalicia. Sus métodos, condensados en el «sistema preventivo» que mejor pudiera llamarse *sistema-corazón*; del que son una muestra las inolvidables *Buenas Noches*, inventadas por aquella santa mujer del pueblo, digna madre de Don Bosco, Mamá Margarita.

Para todos, no sólo para los que nos gloriamos de ser Antiguos Alumnos Salesianos, la sonrisa de Don Bosco es, a un tiempo, disculpa y comprensión, suave ironía pia-



Hermoso retrato del Santo pintado al óleo en 1888 por su discípulo Rollini.

montesa, tierna condescendencia paternal, y sobre todo, invitación a la santidad. Por esto, sonriendo, San Juan Bosco venc  al mundo.

FRANCISCO CERVERA, *ex-alumno salesiano, Registrador de la Propiedad, Presidente de la Junta Diocesana de Acción Católica de Ciudad Real. Ex-Director de "Don Bosco en España."*



La plaza de María Auxiliadora en la que acaba de apearse una peregrinación. (Visia desde la Basilica).

La confianza que San J. Bosco tenía en Dios.

Cosa fácil es llenar cuartillas, alabando a Don Bosco. Cualquiera de sus virtudes; cualquiera de sus fundaciones; cualquiera de sus escritos, llenos, todos ellos, de saber bien nutrido, y de arte abundante en encantos; cualquier detalle de su admirable vida, donde *lo sobrenatural es lo natural, y lo extraordinario es lo ordinario*, según frase del Sumo Pontífice, dan sobrado asunto para muchos volúmenes. Lo prueban los varios libros, sustanciosos y amenos, publicados, en distintos idiomas, por literatos y pensadores de fama mundial justamente adquirida, para dar a conocer a Don Bosco y su obra.

Es muy difícil compendiar, en pocas palabras, concisas y claras, lo que es, mirado desde el punto de vista elegido, el varón eximio, cuya santidad, altísima y sorprendente, se manifiesta y brilla en facetas tan múltiples y diversas.

A mí lo que más me impresiona y admira en la santidad de Don Bosco, es *su esperanza sin límites en el amor de Dios*. Esperanza que no es jactancia vanidosa, ni presunción atrevida, sino *confianza santa* y bien cimentada en una fe inmensa, tan firme, robusta y arraigada que jamás tuvo dudas, titubeos, ni vacilaciones.

Esta sublime y absoluta *confianza en las ternuras y tesoros del Corazón Divino* es la base de la grandeza que inmortaliza a Don Bosco. Ella le hizo providencia de los tiempos modernos, por su apostolado; honra y orgullo de la Casa de Dios, por su santidad; luz del mundo, por su ciencia; maestro de pedagogos, por su método de enseñanza; admiración de las gentes, por su taumaturgia; padre de la niñez abandonada, evangelizador de la juventud; regenerador y dignificador del proletariado; fundador y aliento vital de una familia numerosa, generación esclarecida, bella y pura, en la cual se junta la castidad más delicada con una fecundidad inexhausta que va llenando el mundo de obras, religiosas y sociales, que son amor, luz, progreso, vida, pan y cultura para millones de necesitados.

Porque si Don Bosco, pobre, de prosapia humilde, sin el crédito del dinero y sin el prestigio del blasón, careciendo de los poderosos resortes de las influencias políticas y de las relaciones con las altas clases sociales, se atrevió a concebir, planear y comenzar, con seguridad de concluir las tantas obras estupendas, difíciles y costosas, que a la prudencia humana parecieron utopías irrealizables, sueños y locuras de un enfermo visionario; esto se debe a que estaba persuadido de que, en la realización de tan arriesgadas empresas, hijas de una caridad de muy subidos quilates, no había de faltarle el auxilio de la Providencia Divina, que acudiría en el tiempo oportuno, con las maravillas de su Poder, y las dádivas inagotables de su Bondad Infinita.

Y los hechos históricos demuestran que esta persuasión, — acto hermoso de confianza en las promesas del Verbo Eterno — nunca salió frustrada. Toda la vida de Don Bosco, cuyo corazón fué, en todo momento, una brasa encendida en el fuego del amor a Dios y a la Humanidad, — por eso es tan gran santo, — es el cumplimiento de estas palabras del Discípulo Amado de Jesús: *Dios es amor: y el que vive en amor, vive en Dios, y Dios vive en él*.

Por vivir siempre en el amor de Dios, tuvo la dicha de que Dios permaneciera siempre en él; y pudo, en virtud de esta permanencia divina, usar, en cierto modo, del poder, de la gracia, de los prodigios de la Omnipotencia. Y éste es el secreto de las maravillas con que asombró y sigue asombrando al mundo. Estaba plenamente convencido de que, puestas por el hombre las condiciones debidas, se cumplen infaliblemente las promesas de Cristo: *Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, todo cuanto pidiéreis se os otorgará... El que cree en mí hará las obras que yo hago, y aún otras mucho mayores*.

Las Palmas. — Enero de 1934

El Magistral de Canarias.

DON BOSCO

Y LAS MISIONES

Las Misiones Salesianas constituyen una de las páginas más interesantes y más gloriosas de la vida de San Juan Bosco.

Apenas hubo obtenido de Roma la aprobación de la Pfa Sociedad, lanzóse a la evangelización del mundo, como San Francisco Javier, aquel « Divino Impaciente » que ahora lleva en triunfo la actualidad española, lleno de ímpetus de celo, tan extraordinarios, que difícilmente podrían ser superados.

La idea misionera fué en él una obsesión, desde muy joven. Novel sacerdote y en tanto que los caminos de su vocación se iban deslindando, solía consultar con el Beato Cafasso que era su director espiritual, y aunque éste al principio no comprendió el verdadero alcance del empeño que ponía don Bosco en el estudio de las lenguas francesa y española, cuando le vió engolfarse también en la gramática inglesa, díjole estas tajantes palabras: « Vd. no puede ir a las misiones ».

— ¡Cómo, don Cafasso! repuso él todo alarmado.

La razón que le dió el Beato no podía satisfacer a Don Bosco, y sin embargo, en su profunda humildad, creyó ver en ella un aviso del cielo y desde entonces trató de reprimir en su pecho aquellos santos hervores.

No debía ser sin embargo tarea muy fácil, cuando en 1848, leyendo un día los Anales de la Propagación de la Fe, le vemos exclamar con fervida exaltación: « ¡Oh, si tuviese a mi disposición muchos clérigos y sacerdotes, cómo iría con ellos a evangelizar la Patagonia y la Tierra del Fuego! ».

Nuevamente, en 1855, delatábanse aquellas llamaradas de celo misionero que él trataba de tener ocultas.

Y es que resulta imposible sofocar la respiración de un volcán, cuando el fuego hierve en sus entrañas.

La inquietud misionera, lejos de languidecer, crecía más y más pujante, pero los Santos conocen muy bien el arte de sofrenar los propios impulsos, hasta que suene la hora de Dios, y esta hora le fué prevenida

por medio de ilustraciones proféticas, que el lector puede ver detalladamente narradas en el tomo II de su vida (Lemoine).

El mandato era ya claro y preciso, pero el Siervo de Dios aún se debatía en el febril deseo de saber, si la voz que le llamaba era para que fuese a evangelizar la China, o Australia o América o la India y este detalle, al fin, también hubo de ser aclarado.

En Diciembre de 1874, el cónsul italiano de la República Argentina, Sr. Gazzolo, fué a Turín, en nombre del Arzobispo de Buenos Aires, para ofrecer a Don Bosco la evangelización de las inmensas regiones sudamericanas, que se dilatan hasta la Tierra del Fuego. Era la anhelada orden de marchar que, como un clarín del cielo, estremeció de santa alegría a todo el Oratorio de Valdocco.

El Santo, que ya lo había todo prevenido, no tuvo más que llamar al héroe de la expedición, al sacerdote Juan Cagliero, ardiente coteráneo suyo, alma de conquistador, que vivía ligado al corazón del Padre con vínculos de afecto semejantes a los que unían a San Pedro con el Redentor Divino: *Tecum paratus, et in carcerem et in mortem ire.*

Fué él quien inició esa serie magnífica de « Pionniers » del Evangelio, que gozan ya el premio de la inmortalidad, y se llaman: obispo Costamagna, obispo Lasagna, Fagnano, Beauvoir, Rabagliatti, Rota, Giordano, Bálzola, Milanese, Unia, Scavini...

A estos héroes representativos de las Misiones Salesianas auténticas de la América del Sur, siguieron otros y otros, sin interrupción, que, como los Apóstoles, se han ido repartiendo el mundo, llenos de juventud y de brío incontenible.

En la misma América, al alborear el siglo XX, corriéronse más al Norte, ocupando la Patagonia y Pampa Central, estableciendo posiciones de peligro en las selvas vírgenes del Ecuador, Registro de Araguaya y Mato Grosso (Brasil).

En 1906, el sacerdote Mederlet, hoy Arzobispo de Madrás, hizo rumbo hacia la India.

En 911, Versiglia y Olive (obispo, el primero, más tarde y mártir del Evangelio) plantaron sus tiendas en China. Contemporáneamente, en Octubre del mismo año, seis misioneros belgas llevaban la gloriosa enseña de Don Bosco al Africa Central, metiéndose en una de las regiones más recónditas del Continente negro, los territorios de Katanga. En 1914, el ya citado P. Bálzola, curtido en la reducción de los indios Bororos, afronta los terribles misterios del Río Negro.

En 1925 le toca al Chaço Paraguayo, lleno hoy de horrores y de sangre, y siempre pródigo de las terribles insidias de sus hediondos fangales y erizadas florestas.

Don Vincente Cimatti siente la fascinación de las huellas que dejó impresas en el Japón el gran Apóstol de las Indias, y se interna en el formidable imperio regado con tanta sangre de mártires, para renovar allí las proezas de David, cuando solo e inerme, luchó con el gigante Goliath.



Cuadro representativo de las misiones Salesianas de América.

En 1916, el obispo Abraham Aguilera llega a la extremidad sur de las tierras habitadas, echando pie en las islas Malvinas.

El año siguiente, mientras el mundo se debatía en las convulsiones de la Gran Guerra, una gruesa expedición de misioneros marchaba a reforzar las posiciones de China, en Shiu-Chou, desafiando el poder mortífero de los submarinos y las traidoras minas flotantes, que infestaban todos los mares.

En 1922, es una nueva y fértil región de la India la que ofrece a Mons. Mathias su rica cantera de almas.

En 1923 ábrese una nueva Misión en Porto Velho (Brasil) y el obispo Mons. Coppo se dirige a la lejana Australia, donde pondrá por vez primera al servicio del apostolado las alas de la navegación aérea

En 1927, los Hijos de Don Bosco llaman a las puertas de Siám, y en 1928 Mons. Bars deja su misión Assamesa, en la que había ya adquirido reputación de indianista, e inicia con entusiasmo la difícil conquista de Krishnagar, resuelto a convertir lo que fué y sigue siendo feudo de Krishna, en reino de Cristo.

Y estos son actualmente los núcleos del gran Sistema Misionero Salesiano, alrededor de los cuales se agrupan, como en los sistemas siderales, multitud de elementos, que en el cielo del apostolado, forman constelaciones. Es en extremo interesante, por su sabor de profecía, hoy cumplida en todas sus partes, el sueño que sobre las misiones tuvo don Bosco la noche del 9 de Abril, hallándose en Barcelona.

Restábanle entonces al buen Padre dos años de vida, y la Sma Virgen no quiso permitir que llegase a la felicidad eterna, sin haber visto antes, como en un cuadro panorámico, los nuevos reinos que sus hijos habían de engastar en la corona de Cristo.

Apareciósele la Auxiliadora en hábitos de pastorcilla, apacentando un rebaño casi infinito de corderos y ovejitas.

tú quien lo haga; serán tus hijos y los hijos de tus hijos, si siguen cultivando las virtudes de María.

La dulce Madre del cielo, que había guiado los pasos de Don Bosco, durante su vida mortal, quiso colmarlo de gozo en sus últimos días.

El hijo obispo, su amantísimo Cagliero, presintió la muerte del Padre, allá en el



El Santo despidiendo a la primera expedición de misioneros salesianos. A su derecha el que luego fué cardenal Cagliero; a su izquierda el cónsul de la Argentina en Italia, Sr. Gazzolo.

— ¿Ves todo esto que tienes ahí delante?

— Sí, lo veo.

— Bien, pues acuérdate de aquel sueño que tuviste a la edad de diez años... Vuelve los ojos hacia esta parte ¿Qué es aquello?

— Montañas, y mares; después colinas... nuevamente montañas y mares...

Oigo voces de niños que dicen: Valparaíso, Santiago.

— Mira hacia allá!

Don Bosco volvió a ver lo mismo, y escuchó nuevas voces infantiles que gritaban: Pekín.

— Bien. Ahora tira una línea, desde Pekín a Santiago, haciéndola pasar por el centro del Africa, y tendrás una idea de lo que harán tus Salesianos.

Pero... esto... no es posible.

— No te alarmes. Desde luego que no serás

fondo de su desolada Patagonia, y voló a abrazarlo llevándole un regalo viviente, una indiecita fueguina

— He aquí, querido Don Bosco, las primicias que le ofrecen sus hijos, *ex ultimis finibus terrae*.

El corazón del Santo se estremeció de alegría mientras la indiecita de color tabaco, arrojándose en tierra, exclamaba en italiano, con marcado acento bárbaro: « Padre, os doy gracias por haber enviado a vuestros misioneros a salvarme a mí y a mis hermanitos ».

El amable anciano, que ya no cabía en sí de gozo, al ver realizado de modo tan feliz el ideal de toda su vida, dominado completamente por la emoción, posó sobre la pequeña sus dulces ojos y dejó correr las lágrimas.

Fué aquél el *Nunc dimittis* del Santo.

LA GRATITUD POPULAR

El 8 de Abril de 1934 visto a través del 9 de Junio de 1929.

Nunca, mientras yo viva, se me borrará el recuerdo de aquella tarde en que, desde Valsálce a Valdocco, a través de las inmensas avenidas de Turín, ví trasladar, en una carroza de gala y dentro de una urna de cristal, entre velludos y oro, un pálido esqueleto.

No era, como pudiera creerse, una comitiva fúnebre, era la más gozosa de las apoteosis, era un cortejo triunfal, en que, bajo la gloria del sol, desfilaban doscientas mil personas.

El paso de aquel esqueleto, como si por sus huesos circulara un filtro mágico, era saludado continuamente con vivas explosiones de afecto. Las calles sonreían alegres, a un lado y otro, en las motas encendidas de los geranios en flor que festoneaban las ventanas humildes, y en los ricos tapices polícromos que lucían, colgados al viento, los anchos balconajes marmóreos de los palacios.

Era una alegría profunda, espiritual y santa la que se expandía por el ambiente, pero empapada toda ella de cadencias armoniosas, de plegarias, y de litúrgicos aromas de incienso.

Y por encima de la ciudad, como si el cielo quisiera también asociarse a los festejos de la tierra, una bandada de aeronaves que reverberaban al sol, formaban un entoldado fantástico y se movían magestuosamente a la par del cortejo, arrojando lluvias de flores sobre el dorado féretro

No eran estas cosas, sin embargo, las que más impresionaban. No era el número ni la fastuosidad brillante de las autoridades. No era el imponente espectáculo que ofrecían a los ojos las seis púrpuras romanas, rojeando magníficas en medio de los uniformes solemnes de los Caballeros de Malta y del Santo Sepulcro.

No, no era nada de esto.

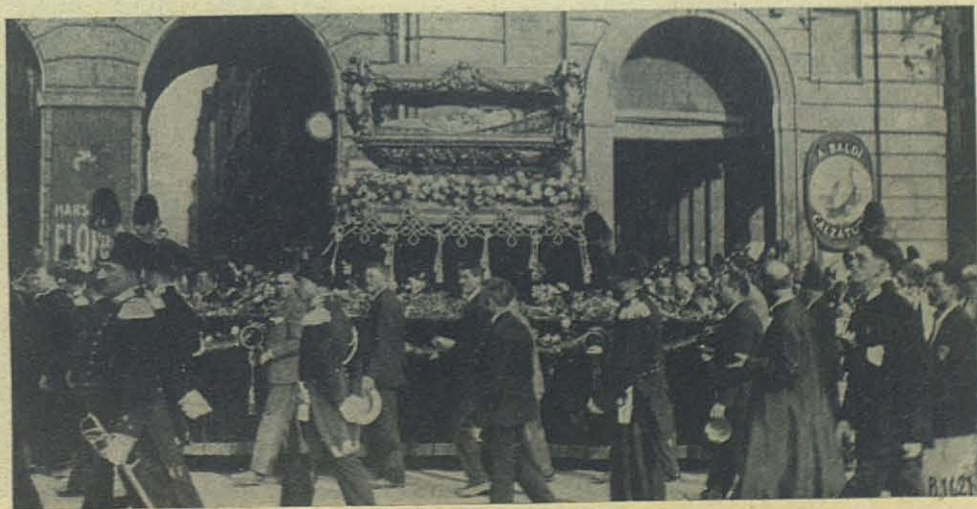
Lo que más conmovía era el fervor del pueblo, cuyo corazón se veía allí palpar. Eran las masas anónimas que se deshacían en vítores y palmas. Eran los hombres del trabajo que vestían sus trajes de fiesta. Eran las madres proletarias que lloraban. Eran los niños pequeñuelos que con sus lindas manitas tiraban besos a la urna. Eran las juventudes, en fin, la flor del pueblo, vibrando estremecidas y cantando estrofas, tan llenas de sentimiento, que parecía como si celebrasen el retorno de algún ser querido y muy deseado.

Y es que en aquella urna de cristal, entre velludos y oro, pasaban, camino de la gloria de los altares, las inmortales reliquias del que, en el pasado siglo, fué el mayor amigo del pueblo.

¡Las reliquias de Don Bosco!

FRANCISCO DE AQUINO CORREA

Arzobispo de Cuyabá. (Brasil)



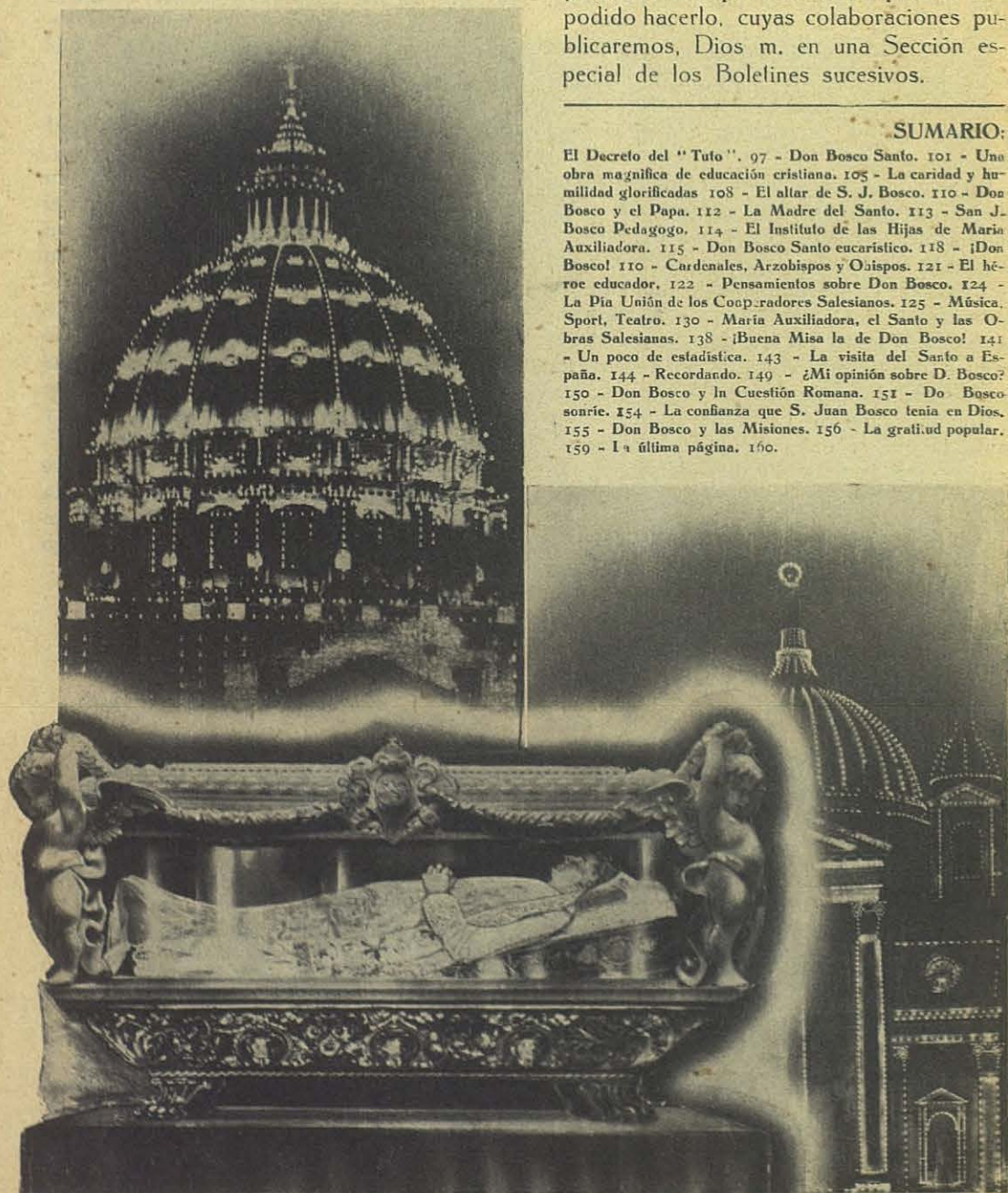
D. Bosco ha sido quizá, con S. Vincente de Pául, el hombre más abrasado de amor para con los niños desvalidos - Huysmans. 159

LA ULTIMA PAGINA

Queremos, lector, que sirva para exteriorizar dos sentimientos que, en este momento, presionan nuestro espíritu. Uno es el de nuestra propia insatisfacción, por haber dicho muy poco de Don Bosco y casi nada de su Obra, ya que uno y otra van creciendo desmesuradamente, cuanto más de cerca se les estudia. Otro es el de nuestra gratitud más efusiva, para con los insignes y bondadosos amigos nuestros que se han dignado avalorar este número extraordinario, con el prestigio de su firma, y los que, por falta de espacio o de tiempo, no han podido hacerlo, cuyas colaboraciones publicaremos, Dios m. en una Sección especial de los Boletines sucesivos.

SUMARIO:

El Decreto del "Tuto". 97 - Don Bosco Santo. 101 - Una obra magnífica de educación cristiana. 105 - La caridad y humildad glorificadas. 108 - El altar de S. J. Bosco. 110 - Don Bosco y el Papa. 112 - La Madre del Santo. 113 - San J. Bosco Pedagogo. 114 - El Instituto de las Hijas de Maria Auxiliadora. 115 - Don Bosco Santo eucarístico. 118 - ¡Don Bosco! 110 - Cardenales, Arzobispos y Obispos. 121 - El héroe educador. 122 - Pensamientos sobre Don Bosco. 124 - La Pía Unión de los Cooperatorios Salesianos. 125 - Música. Sport, Teatro. 130 - Maria Auxiliadora, el Santo y las Obras Salesianas. 138 - ¡Buena Misa la de Don Bosco! 141 - Un poco de estadística. 143 - La visita del Santo a España. 144 - Recordando. 149 - ¿Mi opinión sobre D. Bosco? 150 - Don Bosco y la Cuestión Romana. 151 - Don Bosco sonríe. 154 - La confianza que S. Juan Bosco tenía en Dios. 155 - Don Bosco y las Misiones. 156 - La gratitud popular. 159 - La última página. 160.



NUEVA ICONOGRAFIA DE SAN JUAN BOSCO

El Hombre de Dios, a quien la Iglesia acaba de declarar Santo, proponiéndolo a la devoción de la cristiandad como júbilo modelo de virtudes, el educador irresistible, el Apóstol de la juventud ha sido representado con líneas inspiradas, en dos magníficos cuadros debidos al pincel de Rollini, de cuya reproducción la Editorial S. E. I. ha conseguido la exclusiva.

De estos dos modelos, saturados de piedad y de un dulce realismo, que representan al Santo con parecido auténtico y en actitudes en él habituales, han sido tomados todos los objetos de devoción que hoy tenemos el gusto de ofrecer a sus devotos. Uno de los modelos representa a San Juan Bosco, de rodillas, en actitud de orar ante una estatuita de María Auxiliadora, y el otro es un medio busto tomado de frente y en el habitual modo paterno del Santo.

OLEOGRAFÍAS

Para que la imagen de San Juan Bosco entre en todas las casas.

OLEOGRAFIA en tela recia.

«San Juan Bosco arrodillado» a colores, cuerpo entero, 72 por 102 Liras 20
«San Juan Bosco» de medio busto, visto de frente, 72 por 102 » 20

1) REPRODUCCIONES EN ROTOCALCO.

a) tamaño cm. 17 por 24 - 1 asunto, cada uno L. 0 40
b) tamaño cm. 25 por 35 - 1 asunto, cada uno » 0 75
c) tamaño cm. 35 por 50 - 1 asunto, cada uno » 1 50

2) ESTAMPAS.

a) en rotocalco, sin oración - 6 asuntos, el ciento L. 2 50
b) en rotocalco con bordes dorados sin oración - 6 asuntos, el ciento » 4 —
c) en fotolitografía, con oración - 2 asuntos, el ciento » 4 —
d) en imitación fotografía, sin oración - 6 asuntos, el ciento » 15 —
e) en opalina con orlas, sin oración - 1 asunto, el ciento » 25 —
f) en opalina con bordes dorados, sin oración - 1 asunto, el ciento » 50 —
Hoja de 4 páginas, a colores - 3 asuntos, el ciento » 5 —
Postales en rotocalco - 6 asuntos, el ciento » 7 —
Cartulinas en rotocalco - cm. 6,2 por 10 - 2 asuntos, ciento » 4 50
Cartulinas en rotocalco - cm. 7 por 11 - 2 asuntos, ciento » 5 —
Cartulinas en rotocalco - cm. 9,5 por 11 - 6 asuntos, ciento » 6 —

3) MEDALLAS, con las imágenes de San Juan Bosco y María Auxiliadora.

a) de aluminio, el ciento L. 3 - 4 - 4 - 50 - 5 - 6 - 11 - 27 - 50 - 32.
b) de metal patinado, el ciento L. 13 - 30 - 35 - 45 - 48 - 75.
c) de alpaca plateada, el ciento L. 26 - 27,50 - 30 - 35 - 36 - 45 - 50 - 60 - 65 - 67 - 50 - 75.
d) fantasía doblé, cada una L. 6,25 - 6,50 - 7,50.
e) fantasía doblé y madreperla, cada una L. 11 - 16.
f) fantasía extra, cada una L. 20 (tres asuntos).
g) de oro, cada una L. 10 - 12,50 - 45 - 60.

4) CUADRITOS con estampa o plaquita y la imagen de San Juan Bosco.

a) de metal L. 0,70 - 1 - 1,75 - 2 - 2,50 - 3,50 - 4 - 4,50.
b) de piel L. 1,75 - 3,25.
c) de galanita L. 7 - 9 - 9,50 - 15.
d) de alabastro L. 6 - 8 - 10 - 17 - 20.

Hay también alfileres, brazaletes, sortijas de plata, etc. a precios sumamente módicos.

VIDAS DE SAN JUAN BOSCO

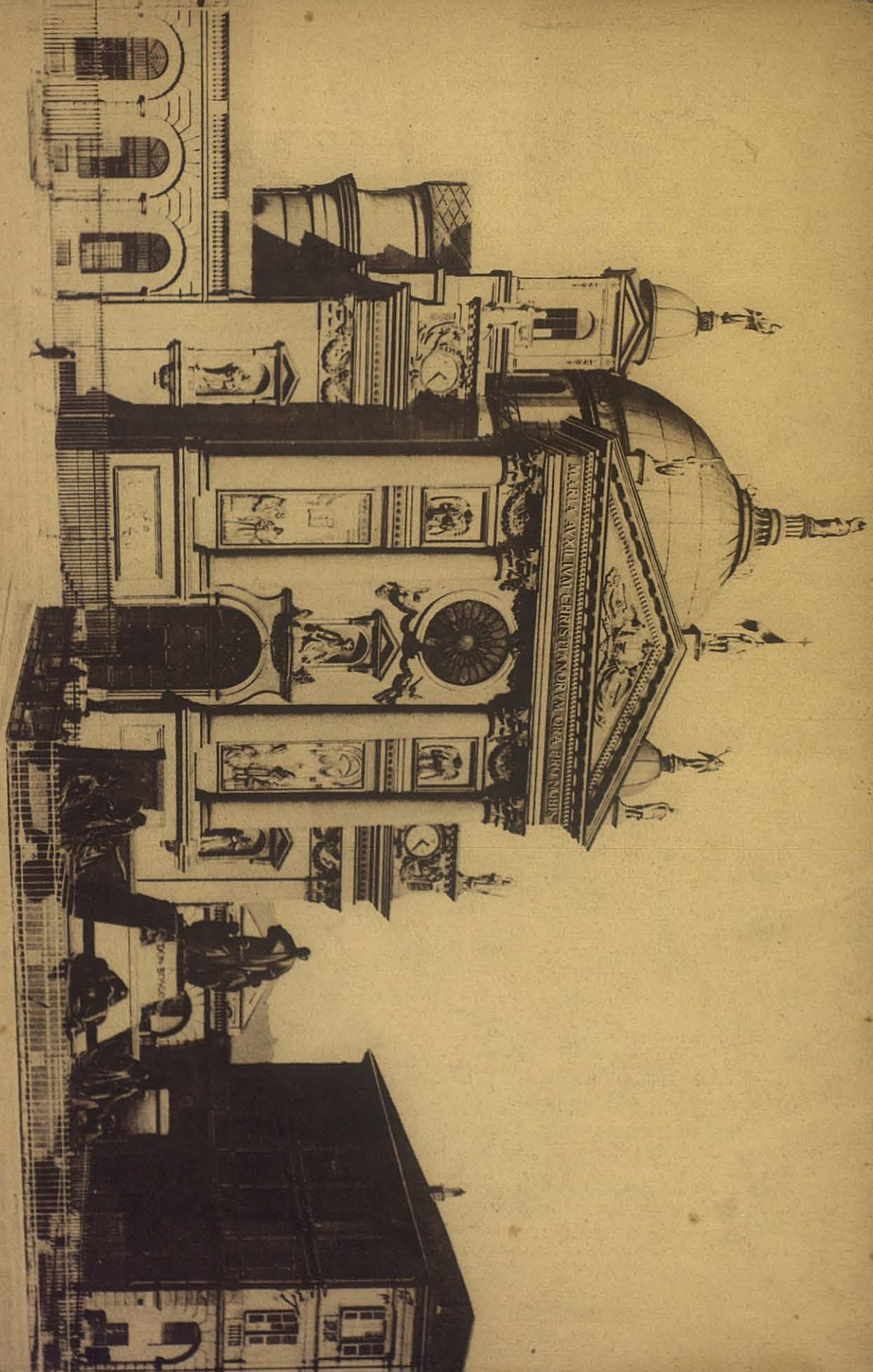
SAN JUAN BOSCO del Dr. J. B. CALVI, con 25 cuadros del pintor Conrado Mezzana. Un tomito elegantísimo, impreso en fototipia, papel superior y cubierta artística. Edición española L. 4 —

Tenemos todavía disponibles varios ejemplares de la VIDA DEL B. J. BOSCO escrita por J. B. LEMOYNE. Un tomo de 635 pág. con ilustraciones magníficas. Rústica L. 20 —

Tela » 27 —

Para encargos, dirigirse a la Sede Central de la S. E. I. Corso Regina Margherita 176, Turin.

- Topografia Vincenzo Bona - Torino -



- S.E.I. - TORINO -

ANNO MCMXXI
-MCMXXI-



BOLETÍN SALESIANO

CATOLICOS, inscribíos en la Pía Unión de Cooperadores Salesianos

Es un medio práctico y facilísimo de salvar muchas almas, de regenerar la juventud, y enriquecerse de méritos para la otra vida.

La *Pía Unión* es una libre Asociación de fieles, de cualquier clase y condición, que se obligan, de un modo especial, a hacer bien a la sociedad, por medio de obras de beneficencia, en favor de la juventud pobre y abandonada.

Ingresando en ella, no se contrae ninguna obligación de conciencia, y pueden, por lo mismo, ser cooperadores, familias enteras, Comunidades Religiosas, Colegios, etc.

El número de Cooperadores pasa, actualmente, de 400.000.

Condiciones requeridas.

- 1 — Tener 16 años cumplidos.
- 2 — Gozar de buena reputación religiosa y social.
- 3 — Hallarse en condiciones de poder apoyar y promover, por sí o por otros, con oraciones, donativos, limosnas o trabajos, las Obras de la Pía Sociedad Salesiana o de la Hijas de María Auxiliadora.

Centros de inscripción.

Cualquier Casa Salesiana o Decurión autorizado puede recoger inscripciones de nuevos cooperadores y enviarlas para su registración y aprobación a la Casa Central (Cottolengo, 32, Turín (Italia) a la que podrá cualquiera dirigirse también directamente.

Suscribíos al Bolefín Salesiano, propagadlo, aconsejadlo.

Es una Revista mensual ilustrada, amena, instructiva, muy propia para cultivar en las almas el espíritu de apostolado.

Es el órgano oficial de las Obras de San Juan Bosco y de la Pía Unión de Cooperadores Salesianos.

No tiene fijado precio de suscripción, estando confiado su sostenimiento a la caridad y generosidad de sus lectores, que hasta el presente, no le han dejado faltar su apoyo.

Se publica en 17 lenguas.

Centros de suscripción.

Cualquier Casa Salesiana o Decurión de Cooperadores Salesianos. También directamente a Sr. Rector Mayor de los Salesianos, Cottengo, 32, Turín (109) Italia.

Inscribíos a Juventud Misionera.

Preciosa Revista mensual ilustrada.

Propaga el hermoso ideal misionero.

Instruye, explicando en sus páginas, de modo ameno, los usos y costumbres de países exóticos, los monumentos, leyendas, etc.

Emociona y entretiene con la narración de las más extraordinarias aventuras y con entretenimientos, historietas, etc.

Precio de suscripción anual - 5 ptas o bien 0,50 dolar u otra moneda equivalente.
Centros de idem - los mismos del Bolefín.